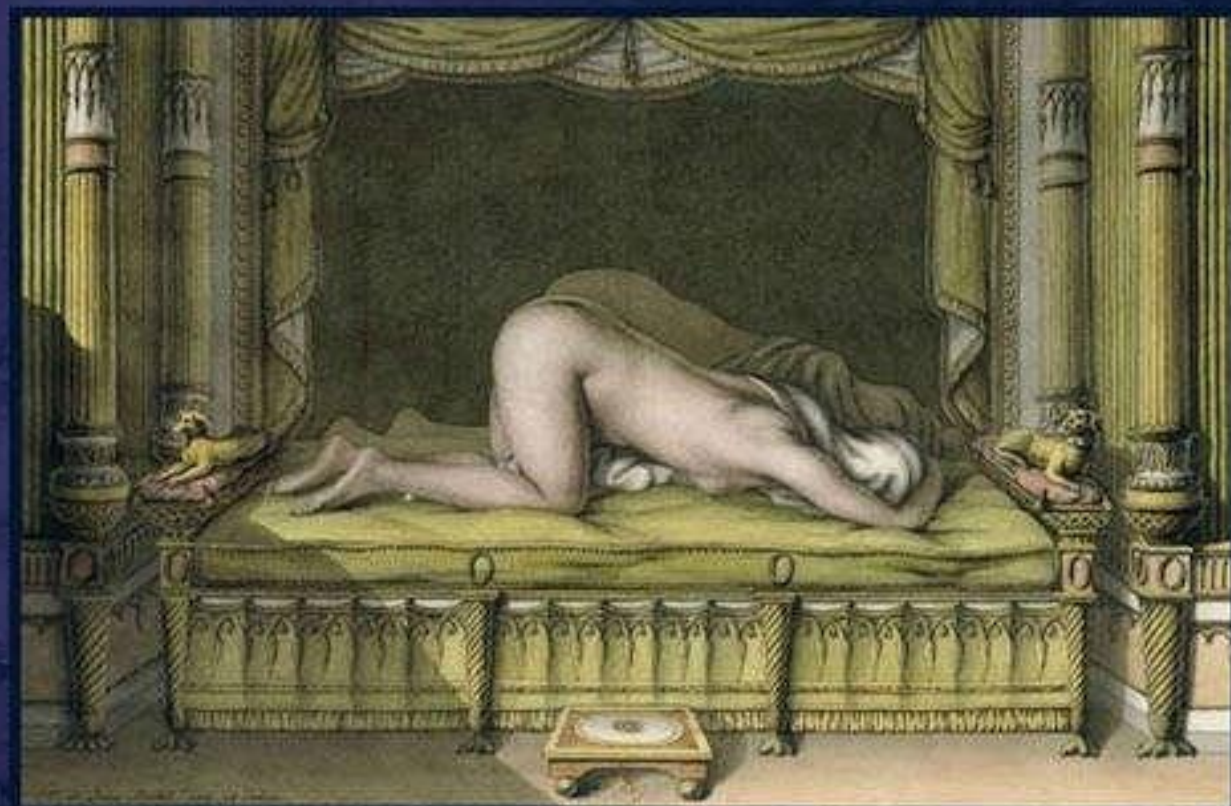


Conde de Mirabeau
**EL LIBERTINO
DE CALIDAD**



Lectulandia

Las falsas memorias que el conde de Mirabeau novela en *El libertino de calidad* trazan la intensa vida de un seductor que, salido de la aristocracia y cargado de cinismo, va a utilizar sus poderes amatorios para conseguir dinero; la ironía que el autor presta al relato distancia al lector de ese personaje dedicado a la depredación amatoria. Como Don Juan, busca el placer a cualquier precio para convertirse en ejemplo de una situación apenas descrita en la literatura de la época: la prostitución masculina. La habilidad narrativa de Mirabeau pone el foco de manera especial en episodios concretos, iluminándolos de una forma tan intensiva que sugieren y muestran con todo detalle una serie de momentos de placer extremado, sin renegar del lenguaje que realmente utiliza el erotismo ni convertirlo en tabú. Escrita en la prisión de Vincennes, Mirabeau intentaba, a través de su personaje, persuadir, divertir, sorprender, provocar, utilizando una prosa enérgica, llena de colorido, que más tarde le serviría para desarrollar la oratoria que le mereció el sobrenombre de «Tribuno de la Libertad».

Lectulandia

Conde de Mirabeau

El libertino de calidad

ePub r1.0

Titivillus 06.02.16

Título original: *Ma conversion. Le libertin de qualité*

Conde de Mirabeau, 1967

Traducción: Mauro Armíño

Editor digital: Titivillus

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

El conde de Mirabeau: un político salvado por el libertinaje

Pocas vidas tan ajetreadas y llenas de peripecias como la de Gabriel Honoré Riquetti, conde de Mirabeau (1749-1791), nacido en una época de efervescencia ideológica y muerto en otra de convulsión revolucionaria. En esa azarosa existencia entraron todos los elementos que ya configuraban el esquema de la novela libertina, y que, a mediados del siglo siguiente, harían populares las novelas de folletón: encierros paternos, fugas, amores depravados, condena a ser quemado en efígie, orgías con incesto incluido (su hermana) confesado por el protagonista, rigor y ambigüedad en política, vehemencia oratoria, exaltación popular, contubernio secreto con el rey, muerte en la que se presume el envenenamiento, entronización, y, poco después, desentronización, por traidor, de sus restos en el Panteón de Hombres Ilustres de Francia. Todo ello en apenas cuarenta y dos años. Son muchos los puntos de contacto que esa existencia mantiene con el denostado marqués de Sade y con sus ficciones; aunque parientes, ambos se profesaron un odio visceral con enfrentamientos directos en el propio patio de Vincennes —cárcel de Estado para prisioneros de alta cuna, a ocho kilómetros del centro de París—, donde ambos estaban encerrados a petición de sus respectivas familias.

Si fue inhumado en loor de multitudes y aclamado como tribuno del pueblo, la lámina del tiempo ha desgastado la figura y los textos políticos del conde de Mirabeau, para dejar vivos únicamente tres o cuatro títulos que siguen la corriente de los *voluptuosos* (así los calificó Baudelaire). La posteridad cubrió pronto con el silencio, si no con el rechazo, el avatar político del último decenio de su existencia, para interesarse más en su etapa anterior, marcada por unas reclusiones que entretuvo con la escritura de dos textos libertinos *Erotika Biblion*, *Mi conversión*, o *El libertino de calidad*, con unas *Lettres à Sophie*, únicos testimonios que hoy mantienen su nombre en los catálogos editoriales, y dos ensayos de carácter político. El viento de la historia en el último tercio del siglo XVIII fue arrasador en Francia, de manera especial a partir del período que se inicia en 1789, cuando la toma de la Bastilla toca a rebato de lo que se convertiría en la Revolución Francesa. Si en esos momentos el conde de Mirabeau desempeñó un papel decisivo en la acción política, no tardó mucho su memoria, junto a los elogios, en ser públicamente rechazada, si no vilipendiada, por un profuso acompañamiento de panfletos que cuestionaron su ambiguo comportamiento como dirigente de una parte de la Asamblea; la tormenta revolucionaria no tardó en devorar a sus hijos, sobre todo a los que se habían dejado ver en los inicios, sacudió con movimientos convulsos a sus progenitores, elevó y derrocó figuras de la noche a la mañana por medio, en muchos casos, de la máquina

ideada por el doctor Guillotin para «humanizar» el acto de ajusticiar a las personas. Mirabeau no tuvo, como otros, una última frase ingeniosa para alguno de los miembros de la familia Sanson que, de 1688 a 1848, manejó en exclusiva el resorte que dejaba caer la hoja de acero de ese aparato. Su prematura muerte se atribuyó al enorme desgaste físico exigido por el incesante trabajo al que se dedicó en sus últimos años, y «a sus depravaciones», que al decir de la época habían extenuado su cuerpo; también paseó por esa muerte la sombra del envenenamiento: entre atroces dolores, el 2 de abril de 1791 pidió opio para calmarlos; esa substancia le dijeron que contenía el vaso que se llevó a los labios; pocos instantes después moría en medio de la conmoción generalizada de París, que le llamaba el «Orador del pueblo», y al que se sigue definiendo como símbolo de la elocuencia parlamentaria francesa.

Curiosa transformación, porque, cuando Mirabeau ve la luz el 9 de marzo de 1749, el médico que acompañó el parto auguró a su padre, tras ver el frenillo mal unido a la lengua: «Le costará mucho expresarse». Nació deforme, con dos grandes dientes, una cabeza desproporcionada (hidrocefalia) y el pie torcido, hasta el punto de que la criatura fue presentada a su progenitor con una advertencia: «No se asuste». Para colmo, a los tres años, una viruela mal curada dejó en su rostro largas cicatrices que lo volvían «feo como Satán», según comunica a su propio hermano el padre. El conjunto lo describió Victor Hugo como «de una fealdad grandiosa y fulgurante», frase con la que el poeta parece querer subrayar la energía de su espíritu, la «belleza» de su palabra, sin ocultar el espantable físico que la emitía.

Esa deformidad inicial fue el origen del rechazo y de la severidad rayana en el odio que hacia él manifestó su padre, Victor Riquetti, marqués de Mirabeau (1715-1789), un pensador ilustrado y economista célebre que, tras las heridas de su paso por los campos de batalla, se retiró a sus posesiones para aplicar a sus tierras las teorías de los fisiócratas. De su matrimonio(1743) con una joven de diecisiete años, viuda ya del marqués de Saulvebœuf, Marie-Geneviève de Vassan (1725-1794), nacerían nueve hijos, seis de ellos varones que murieron en baja edad salvo dos: Gabriel Honoré y André Boniface (1754-1792). El matrimonio, pese al número de hijos, se manifestó una aversión profunda que terminó en ruptura y en continuos enfrentamientos judiciales en los que Mirabeau y su hermana fueron utilizados como armas arrojadas. El ilustrado marqués, autor de un célebre ensayo, *El amigo de los hombres o Tratado sobre la población* (1756), que planteaba nuevas teorías para la época, no fue amigo de su hijo, en quien cifró en repetidas ocasiones, siempre decepcionadas, la gloria de un apellido para el que se iba quedando sin descendencia masculina. Las cartas a su hermano el *bailli* Riquetti de Mirabeau rebosan de virulentos insultos contra la constitución física del niño, cuya deformación atribuye el marqués a la estirpe de su esposa: es «un loco, casi invenciblemente maníaco, además de todas las cualidades viles de su tronco materno».

Sometido casi desde su nacimiento al régimen despótico del «amigo de los hombres», se vio privado incluso del apellido y fue inscrito como Pierre Buffière

(nombre de una comuna francesa del Lemosín, cuya baronía ostentaba la familia materna), con la advertencia de que si quería el apellido Mirabeau tendría que ganárselo. La inteligencia natural del niño y del adolescente sirvió de poco ante la ferocidad de un padre a quien esas capacidades importaban menos que la rigidez moral que le inculcaba. Siguiendo la tradición de la nobleza, con 17 años Gabriel Honoré sería enviado al ejército, a Saintes, con el grado de teniente de caballería; pero el marqués de Mirabeau había cerrado el grifo del dinero, y el joven se vio «obligado» a contraer deudas llevado por su afición a la vida licenciosa. La irritación paterna no vio más que un camino: encerrarlo mediante una *lettre de cachet*, singularidad francesa que, firmada por el rey, ordenaba en sustancia la detención y encierro de las personas, no sólo sin intervención de juez alguno, sino sin justificación del motivo por el que se firmaba. Instrumento del poder absoluto del monarca, no era éste quien dispensaba (salvo en casos de interés personal directo, como Luis XIV contra su superintendente de finanzas Fouquet) esas *lettres*, sino el aparato administrativo, que intervenía secundando en la mayoría de los casos iniciativas de las familias aristocráticas contra sus vástagos licenciosos o díscolos. El caso del marqués de Sade es también emblemático a este respecto: el 4 de julio 1772, mientras Sade, condenado a la hoguera por envenenamiento y sodomía, se refugia en Italia acompañado por su cuñada y amante, su suegra, la presidenta de Montreuil, elabora un plan para salvar lo que merecía serlo: envía a su marido al parlamento de Aix para conseguir la ejecución en efígie de Sade, lo cual suponía su muerte civil; de este modo, tanto sus hijos como sus bienes pasaban a manos de la esposa, que había delegado en su madre, ante notario, la gestión de todo; sin esa «muerte civil», los bienes de los condenados pasaban íntegramente a la corona. Tras salvar lo que podía ser salvado —la fortuna y la descendencia—, la presidenta de Montreuil pide y consigue las *lettres de cachet*; no darán fruto de inmediato, porque la muerte Luis XV las deja sin poder efectivo; pero la tenaz suegra, dispuesta a todo en nombre de la honra y del prestigio familiar, del patrimonio y su prole, consigue reactualizarla y consumir su misión salvadora: el 13 de febrero de 1777 el tiempo se detiene casi definitivamente para el marqués de Sade, enclaustrado en el torreón de Vincennes, donde se entregará a la escritura de su abundante obra libertina.

Ese mismo destino era el que el marqués fisiócrata buscaba para su hijo a fin de evitar con ello la ruina familiar; Mirabeau se le adelantó, pero por poco tiempo; tras desertar del ejército y ser devuelto a sus cuarteles, Gabriel Honoré Riquetti fue encerrado por orden del padre en la isla de Ré, en el litoral Atlántico, aunque su idea primera había sido expedirlo a la colonia holandesa de Surinam, donde la muerte de los colonos era una certeza casi absoluta. Cuando sale de ese encierro, en 1768, es sólo para unirse a la legión de Lorena, movilizada para someter las sublevaciones de Córcega, donde Mirabeau alterna la voluptuosidad con el estudio. Dos años más tarde es su padre quien lo reclama y pone fin a su carrera militar para utilizarlo como pieza en la partida de ajedrez que juega contra su esposa; rápidamente lo envía al Lemosín

para reclamar la herencia de su abuelo materno, el conde de Vassan, que acaba de morir: no le está esperando el cariño materno que cabría suponer; es su propia madre la que no duda en disparar contra él. Regresó ileso a la casa del padre, con el que pasa una breve etapa de calma, entregado a la aplicación de las ideas fisiócratas en su hacienda y a conseguir, junto con la mano de Émilie de Marignac —a la que había comprometido—, una dote que resultó mucho más menguada de lo esperado: no bastaba para enjugar las deudas del manirroto que, desde su vuelta, han gastado de forma desmesurada hasta deber 150 000libras.^[1]

La reacción del padre no se hace esperar: consigue que sea condenado a detención domiciliaria en Manosque: un duelo en el que defiende el honor de su hermana, Louise de Mirabeau, duquesa de Cabris, es la gota que colma el vaso de la paciencia paterna, que ahora lo envía a prisiones más severas: primero al castillo de If (septiembre de 1774), y seis meses más tarde al fuerte de Joux. Pese al rigor de esos lugares, la nobleza gozaba de unos internamientos muy laxos, cuyas posibilidades Mirabeau supo aprovechar tras ganarse la confianza de sus «tutores». Por ejemplo, cerca este último fuerte, en Pontarlier, Mirabeau disfrutaba de una libertad de movimientos que le permitía frecuentar la vida social de la pequeña ciudad, donde disponía de un piso en el que podía pasar días y noches; y sólo se verá privado de esos privilegios cuando a conocimiento del gobernador del fuerte llegue la noticia de que su preso está escribiendo un folleto anónimo, *Ensayo sobre el despotismo*, que socava las bases mismas del régimen absolutista. Se cierran entonces para Mirabeau los portones del fuerte, aunque no tarda mucho en abrirlos: acababa de conocer a Sophie de Ruffrey, joven de veinte años casada con el marqués de Monnier, de setenta, y a la que el amor salva de un festino fatal: «Sophie habría perecido por el veneno si yo no hubiera volado a su llamada; estaba decidida a no sufrir la privación de su libertad, ni siquiera momentánea», afirma Mirabeau en una de sus cartas; en las de Sophie puede leerse que «preferiría el cadalso», antes que volver con Monnier, un hombre viudo que en 1771 había mantenido con su única hija un proceso que apasionó a la opinión pública por sus rasgos «románticos»; la joven se había empeñado en casarse con su seductor, el señor de Valadon, quien, según el padre, había comprometido el honor de la familia por seducirla cuando aún era menor de edad. Se sospechó, por otra parte, que el matrimonio con la joven Ruffrey fue un recurso de Monnier para desheredar a esa hija rebelde.

A esa relación con Sophie se une la noticia de que Mirabeau padre ha vuelto a solicitar otra *lettre de cachet* con la exigencia de un encierro más riguroso todavía para su vástago; será un ministro de Turgot, Lamoignon de Malesherbes, que había intentado abolir sin éxito las *lettres de cachet*, y a quien va dirigida la solicitud, el que aconseje al detenido huir del fuerte y salir de Francia;^[2] poco tarda en unírsele la joven y ambos terminan en Holanda, aunque también por poco tiempo: el poder de ambas familias consiguen la extradición de la pareja (mayo de 1777); Mirabeau, acusado de rapto y seducción, y condenado en Pontarlier, de acuerdo con la ley para

esos delitos, a ser quemado en efigie, irá a parar al temible torreón de Vincennes, mientras Sophie es enviada a una casa de corrección, donde, tras dar a luz, fue separada de una hija recién nacida, e internada a continuación en el convento de las hermanas de Saintes-Claire, en Gien, a orillas del Loira, en la región Centro.

A los tres años y medio que Mirabeau pasó en Vincennes, de mayo de 1777 a diciembre de 1780, debemos, además de las interesantes *Lettres à Sophie*, varios libros que, como los de Sade, se centran en el erotismo —aunque en el caso de Mirabeau siempre, a diferencia de su pariente, siempre tienen por límite la crueldad—, como *El libertino de calidad*^[3] y *Erotika Biblion*, ambos publicados de forma anónima en 1793. Junto a sus trabajos de estudio y erudición como la traducción de las elegías del poeta latino Tibulo o de cuentos de Boccaccio, Mirabeau empieza a redactar textos políticos que arrancan de su experiencia como víctima de la arbitrariedad paterna. El *Ensayo sobre el despotismo*, «escrito sin plan, sin orden, más como una profesión de fe del ciudadano que como una obra literaria», recibe la influencia de las teorías roussonianas sobre la bondad natural del hombre, que las instituciones estarían obligadas a reforzar. Mirabeau denuncia, en el seno de esa bondad natural, la existencia de una pasión violenta, la del poder, de la que se deriva el despotismo, enemigo principal de la libertad; la única institución que puede desarrollar un social libre sería la monárquica, que, desprovista de sus veleidades tiránicas, podría convertirse en garantía de justicia, siempre que comparta su ejercicio del poder con los representantes de la nación. En su ensayo *Les lettres de cachet et des prisons d'État* exige la eliminación de ese instrumento del poder absoluto al que había recurrido su padre, denunciando además las formas tiránicas de la vida interna de las prisiones.

Por los textos de marchamo erótico corre el mismo pensamiento liberador: sobre todo en *Erotika Biblion*, donde su vasta erudición reflexiona sobre las instituciones y costumbres de los pueblos antiguos, exhumando de la Biblia pasajes donde quedan explícitos «el onanismo, el tribadismo, etc., etc., las materias más escabrosas que hayan ideado nunca los casuistas, y hacer todo esto legible a la cabeza más sensata y saturada de ideas hartamente filosóficas» (carta a Sophie, 2 de septiembre de 1780). Ese cotejo de las costumbres de la Antigüedad y del momento en que escribe sirve a Mirabeau para ensalzar los progresos realizados por la humanidad en materia de moral, «explicándolos por la razón infinitamente sencilla de la depravación del hombre y del escaso desarrollo de sus cualidades intelectuales», según expone un prólogo anónimo a la edición de 1832 del libro.

Las *Cartas a Sophie* (publicadas en 1792) revelan un Mirabeau de cuerpo entero que deja al descubierto su temperamento sensual y licencioso, su cultura enciclopédica y un carácter dispuesto al combate en medio de las adversidades; en ellas se perfila como un vehemente enamorado y un compungido padre que derrama ardientes lágrimas al recibir la noticia de la muerte, a los dos años de vida, de la pequeña Sophie-Gabriel: «Yo vivo en esa niña». Con el paso del tiempo, la efusión

amorosa va diluyéndose en las cartas para dejar paso a un abanico de temas diversos, desde cotilleos sociales hasta la confesión de su amor por otras mujeres. En ellas se mezclan un cinismo que exalta la depravación y la defensa de los valores tradicionalmente atribuidos al sentimiento amoroso: honor, lealtad, decencia, pudor, con fundamentos sacados, cuando no directamente copiados, de la *Nueva Eloísa*, de J.-J. Rousseau.

Mientras esas cartas enamoradas salvan la distancia entre Vincennes y el convento de Gien, Mirabeau mantiene otro idilio con Julie Dauvers, esposa de La Fage, secretario de un compañero de cautiverio, Boudoin de Guémaudec; las cartas a ésta no contienen tantas efusiones amorosas; más bien se adivina en ellas todo un plan de seducción basado en la mentira por parte de Mirabeau, a la que responden perfectamente las ambiciones de la mujer: para conseguirla, no duda en prometerle, presumiendo de altas influencias, un empleo en casa de la duquesa de Lamballe, princesa italiana de la casa de Saboya, a la que Mirabeau ni siquiera conocía, casada con un biznieto de Luis XIV; viuda a los diecinueve años, la duquesa acababa de heredar una de las mayores fortunas de Europa, además de ser amiga íntima (y prima) de la reina María Antonieta, y, desde 1777, miembro de la logia femenina de la masonería. Pero no todo el contenido de las cartas es embuste: a Mirabeau no parece costarle gran esfuerzo confesar, como ya había hecho a su «otra mujer», Sophie, el enredo amoroso que también estaba enhebrando con Mme. de Rougemont, esposa del gobernador de Vincennes.

En materia de enredos, Mirabeau era digno hijo de su padre: el marqués, temiendo perder su fortuna, recurre a todos los medios imaginables en su intento por ganar el proceso de divorcio (que terminaría perdiendo) contra su esposa. Como imagina que Gabriel Honoré puede serle de ayuda, solicita y consigue su puesta en libertad, pero a condición de que el hijo quede bajo su vigilancia y acepte la existencia de una nueva *lettre de cachet*, que el padre conservará en su poder para encerrarlo de nuevo en caso de mal comportamiento; el marqués tiene, además, la obsesión de la «posteromanía», como se la califica en las noticias biográficas recogidas en 1834-1835 por Lucas de Montigny, hijo adoptivo y probablemente natural de Mirabeau: fallecidos los dos hijos de Honoré —el que había tenido con su esposa Émilie y la niña habida de Sophie—, al «amigo de los hombres» no le queda más descendiente capaz de llevar su apellido que ese hijo. Mirabeau sale del torreón de Vincennes en diciembre de 1780; a partir de esa fecha no volverá a la práctica de la escritura libertina.

En los poco más de diez años que aún le quedan, Mirabeau vive de expedientes para liberarse de la presión paterna. En 1784 se establece en Londres por un tiempo, donde publica escritos que datan de sus encierros, como el antiguo ensayo sobre las *Lettres de cachet*, y hace editar *L'Épion dévalisé* (Suiza, 1782), texto panfletario escrito en realidad por su compañero de Vincennes, Baudouin de Gémaudec, que a veces se le ha atribuido. Dos años más tarde da sus primeros pasos en la carrera

política: por encargo del ministro Calonne, en 1786 realiza durante seis meses una misión secreta en Prusia, desde donde mantiene una correspondencia cifrada con distintos personajes de la corte, entre otros con el abate de Périgord, el futuro Talleyrand,^[4] que sería publicada bajo el título de *Histoire secrète de la cour de Berlin* (1876-1877); a través de ellas da cuenta de hechos cotidianos de la última etapa de Federico II, su muerte y los inicios del reinado de su sucesor. A su regreso, al ver rechazada su petición de un cargo diplomático, se siente abandonado por Calonne, contra quien escribirá una *Dénonciation de l'agiotage* (1787): con ello se gana una nueva *lettre de cachet* y tiene que huir a Lieja.

A su regreso a París al año siguiente, Mirabeau se sube al carro del hervor prerevolucionario; rechazado por la nobleza, consigue ser elegido en 1789 por el Tercer Estado, y se convierte en uno de los parlamentarios más enérgicos de la Asamblea con unos *Discursos* (escritos por él mismo o por sus colaboradores, y publicados en cinco volúmenes en 1791) que esbozan los planteamientos de lo que podría llamarse su ideario político; trató de centrar los principios de la incipiente Revolución y de templarlos con los de la facción conservadora; contra él, sus opúsculos y sus panfletos, tuvo a todo el arco de la Asamblea: la corte, la nobleza y el clero, mientras los representantes del Tercer Estado desconfiaban de él por la dudosa reputación que le precedía. La enérgica oratoria de los discursos le permitió, por ejemplo, defender al rey frente a los jacobinos, y a éstos frente a los partidarios realistas, en un juego que pretendía ponderar las distintas fuerzas sociales. El mayor logro histórico de esos discursos consiste en la definición de los electos como «representantes del pueblo francés», y en la afirmación de la inviolabilidad de la Asamblea. Su retórica apuntaba siempre a un futuro en el que se acabarían los privilegios, «pero el pueblo es eterno»: esa idea, que fue oportunamente expuesta en una frase, el 23 de julio de 1789, le haría célebre: cuando la Asamblea decreta la inviolabilidad de sus miembros, el marqués de Dreux-Brézé, gran maestro de ceremonias de la corte, se presentó con una orden de disolución de la Asamblea firmada por el rey; la respuesta de Mirabeau fue la primera en cambiar el asiento de la jerarquía de poder: «Id a decir a vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo y sólo saldremos por la fuerza de las bayonetas».

Cuando este «Hércules de la libertad», como llegó a llamarle el abate de Sièyes, vio la degradación de la monarquía, que para él debía ser el fiel de la balanza, se volvió en secreto hacia Luis XVI, cobrándose ese apoyo en oro contante y sonante con el que pagar la vida fastuosa que llevaba; además, ya se veía ministro de una próxima monarquía constitucional cuando ésta levantara la cabeza. La capacidad de Mirabeau para el enredo se multiplica en esas fechas, se enzarza, con vistas a ese futuro, en ficciones y mentiras con un objetivo claro: entablar lazos de connivencia con todas las figuras notorias del momento. Pero tanto a Mirabeau como a Luis XVI se les había acabado el tiempo.

Cuando en noviembre de 1792 se descubrió y abrió el «armario de hierro» donde

el rey guardaba su documentación confidencial, quedó al desnudo la red de complicidades, encubrimientos y corrupciones de ministros y parlamentarios; entre ellos figuraba Mirabeau, que negoció, a cambio del oculto servicio prorealista en la Asamblea, el pago de sus deudas por la reina María Antonieta, además de recibir seis mil libras mensuales, y dos pagarés de doscientas cincuenta mil libras cada uno, firmados por el rey, y que como Luis XVI desconfiaba de la ambigüedad del personaje, sólo le fueron entregados a Mirabeau una vez que cumplió ante la Asamblea lo que había prometido al monarca. Cuando se descubrió el doble juego, considerado alta traición, de un Mirabeau ya panteonizado, los jacobinos rompieron su busto y la Convención decretó retirar sus restos del Panteón; fueron los de Jean-Paul Marat los que ocuparon el hueco de su tumba, pero por poco tiempo: no tardó también en ser despanteonizado.

* * *

La autoría de Mirabeau sobre *Mi conversión o El libertino de calidad y Erotika Biblion* queda confirmada, a diferencia de otros textos de carácter libertino que se le adjudican sin pruebas, por las cartas escritas desde el encierro de Vincennes; el 26 de marzo de 1780, por ejemplo, anuncia a Sophie el envío del manuscrito del primero de esos títulos para que la joven se solace con la «vívida pintura, e incluso bastante moral de nuestras costumbres, y las de todos los estados». La crítica no compartió esa afirmación de moralidad, calificando la novela de *pendant* de *El portero de los cartujos*, la narración más osada de la primera mitad del siglo XVIII (1741), atribuida al abogado Gervaise de Latouche; pero no dejó de reconocer la sutileza con que el autor mueve a su protagonista, hombre de acción directa que no repara en confesar página tras página su cinismo. Sólo le interesa el dinero, y, si su libertinaje se produce a través del sexo, no es erotómano más que por conveniencia pecuniaria. Este primer retrato narrativo de la prostitución masculina permite al libertino pasar por distintos ambientes sociales con la frialdad de un contable y denunciar las costumbres y los espacios cortesanos por los que le lleva su pasión por el dinero. Mirabeau pone el relato bajo la advocación de Satán, rasgo de estilo de un malditismo que quiere ser un guiño cínico al lector, al que pretende guiar en la búsqueda del placer como meta de la naturaleza humana, más con una risa rabelesiana que con una jerarquización moralista de costumbres.

Mauro Armiño

Nota de edición

Para la traducción sigo *Ma conversión [Le libertin de qualité]*, preparada por Jean-Pierre Dubost, que figura en la antología *Romanciers libertins du XVII^e siècle*, bajo la dirección de Patrick Wald Lasowski, La Pléiade, t. II, Gallimard, 2003. A ella soy deudor de la guía que me ha servido para la anotación del texto. Respeto la singular forma que Mirabeau adopta para las palabras «malsonantes», que escribe con la inicial seguida de tantos puntos como letras contiene el término.

Carta a Satán

Señor Satán:

Vos habéis dirigido mi adolescencia, y es a vos a quien debo multitud de juegos de manos que me resultaron útiles en mis primeros años. De sobra sabéis si he seguido vuestras lecciones, si he sudado noche y día para engrandecer vuestro imperio y proporcionaros nuevos súbditos.

Pero, señor Satán, todo ha cambiado mucho en este país, os hacéis viejo; os quedáis en casa; ni siquiera los monjes pueden arrancaros de ella. Vuestros diablillos, pobres infelices, no saben tanto como nuestros aprendices de rufián; sólo os cuentan relatos infieles, porque nuestras mujeres los atrapan y los engañan.

Encuentro, pues, una ocasión para saldar mi deuda con vos; os ofrezco mi libro. En él leeréis la gaceta de la Corte, las novedades, de la mano de putas, financieros y devotas. Quedaréis informado de ciertos trucos maliciosos, ante los que, pese a ser un diablo muy astuto, os habríais quedado con un palmo de narices. Pero que vuestra casta esposa no meta aquí las suyas, porque inmediatamente se incorporarían a vuestra seráfica frente unos cuernos de unicornio. Desconfiad, sobre todo, de esos grandes nobles de gruesa polla, y no dejéis ir a la cofradía a vuestra mujer sin cinturón. Pero que los celos no turben vuestro reposo, porque habéis de saber, señor Satán, que si ella quiere, seréis cornudo, y aunque la metierais en el bolsillo, ella jodería por el ojal.

¡Ojalá que los cuadros que tengo el honor de poner ante vuestros ojos puedan reanimar un poco vuestra antigua lascivia! ¡Ojalá que esta lectura haga tambalearse todo el universo!

Dignaos recibir estos votos como testimonio del profundo respeto con el que soy:

Señor Satán,

De Vuestra Alteza diabólica,
el muy humilde, muy obediente
y muy devoto servidor,

Coño-Deseoso.^[5]

Mi conversión

Hasta ahora, amigo mío, he sido un canalla: he corrido tras las mujeres bellas; he hecho lo difícil; ahora la virtud vuelve a mi corazón; ya sólo quiero joder por dinero; voy a exhibirme como semental garantizado de mujeres a cambio de dinero, y les enseñaré a menear el culo a tanto por mes.

Ya me parece estar viendo a una jamona, a la que sólo le faltan seis meses para cumplir los cuarenta años, ofrecerme el blando espesor de unos amplios despojos. En su breve cuerpo rollizo aún tiene frescura; sus tetas, enrojecidas por una sustancia demasiado abundante, están concertadas con sus ojillos para expresar cualquier cosa salvo pudor; me soba la mano, porque la financiera, como su marido, soba todo constantemente; me sonrojo; ah, ved qué bien me sienta eso, cómo se animan mis ojos, cómo mi virginidad me sofoca; porque notaréis que conservo mi virginidad y trato de que me eduquen. Me ofrecen más de lo que quiero; los arrumacos son verdaderas orgías... Maldita sea, no me empalmo... Me pongo triste, mis desgracias me atormentan; acreedores ávidos... Mientras tanto, mi mano vagabundea; ella se anima; ¡qué ligereza! ¡Qué cadencia tan brillante! Mi voz expresa el adagio, mi arco es el órgano de un *presto* vigoroso y sostenido. ¡Ah!, amigo mío, mirad cómo palpita el culo de mi jamona... Su pecho silba, su garganta se cierra, su c... se corre, está furiosa, quiere arrastrarme... Eh, eh, más despacio... El dolor vuelve a embargarme... Me hacen propuestas: ¡ay!, ¡cómo decidirse a aceptarlas de una mujer a la que uno querría testimoniar el sentimiento más puro! Insisten; yo lloro: el oro aparece... ¡El oro! ¡Rediós!, me empalmo y la follo.

Pero mi casta jamona paga a más de uno; por eso, poco después de mi fácil victoria, me hago presentar en casa de la señora Honesta (familia casi extinguida). Todo respira en ella humor y honestidad, todo predica la abstinencia, hasta su semblante, cuyo aspecto, aunque bastante picante, no tiene sin embargo ninguno de esos detalles que inspira el amor. Pero tiene unos ojos, una fisonomía, una cintura que sería demasiado delgada si toda la hechura del cuerpo no estuviera en justa proporción. No alabaré sus senos aunque una gasa en desorden me haya permitido vislumbrarlos de lejos; sus brazos son un poco largos, pero flexibles; sería deseable una pierna más regular; tal como es, un lindo pie la remata. Tenemos *aires de grandeza, nervios, jaquecas*, un marido al que sólo se ve en la mesa; gente discreta, de espíritu extravagante, caprichoso, pero vivo; aunque a veces sólo se parecen a sí mismos... ¡Pardiez!, ¿vais a decirme que ésa no os pagará?... ¡Oh, claro que sí!, porque es vanidosa, porque se precia de generosidad, porque quiere destacar.

En primer lugar, como podéis suponer, somos respetuosos, tenemos ingenio, utilizamos sutilezas, juegos de palabras; cuánta razón tiene la señora, en su casa todo es lo mejor posible... ¿Iré a verla en su tocador? ¿Por qué no?... Le colocaré un lunar postizo; sacaré de ese rizo todo el partido de que es susceptible... Llega un sombrero... ¡Santo cielo!, lo han inventado las Gracias; el mismo Dios del gusto le ha

arreglado las flores, y todos los céfiros juegan en las plumas que lo cubren. ¡Qué bien va esa gasa *ciruela de Monsieur* con ese *verde inglés!*...^[6] Pero ¿quién lo ha enviado?... Como suponéis, yo soy el culpable; ¿y por qué un culpable no se sonrojaría?... He sido traicionado, estoy desconcertado, enfurruñado... Victoria, a quien su empleo de doncella, algunos besos muy apasionados y un luis, han puesto de parte de mis intereses, los defiende en mi ausencia... «Ah, señora, ¡si supierais lo que me dice de vos! ¡Qué adorable es ese caballero! Vale mucho más que vuestro galán, y estoy segura de que sólo os costaría una miseria... No es jugador, lo sé por su lacayo, es un corazón totalmente virgen.

—Pero ¿crees que soy lo bastante atractiva para...?

—¡Dios mío, señora, qué bien os sienta el sombrero! Con él parece que tenéis veinte años.

—Calla, loca; ¿no sabes que he pasado de los treinta?...». (Pardiez, y tanto que *pasado*, hace diez años que todo el mundo lo sabe)... Vuelvo por la tarde; está sola; ¿por qué no iba a estarlo? Pido perdón ofendiendo más aún; se enternece, yo me apasiono; nos... (joder, esperad un poco... Esta mujer es de una rapidez que me hará perder el gasto del sombrero). Como bien suponéis, mi lacayo no es tan estúpido como para no advertirme que el ministro (¡ah!, pardiez, ministro por lo menos) me espera. Lanzo una mirada asesina; beso esa mano que tiembla en la mía... Me levanto y me voy.

Durante ese tiempo, conozco a una de esas mujeres que, cansadas de todo, buscan placeres a cualquier precio. Me hace insinuaciones, porque su honor, su reputación, las conveniencias... Todo eso queda tan lejos como su juventud. Pronto llegamos a un acuerdo; ella me paga, pero yo me limito a montarla, porque, rediez, no quiero correrme... Mi infanta lo adivina; llegan las quejas. ¡Ah, dulce dinero! ¡Siento tu augusta presencia!... Por fin, toma su decisión; ya hace quince mortales días que languidece. Modestamente le doy a entender que el agradecimiento me une a ella, que tengo cierto tipo de obligaciones... ¿Sólo es eso?... Me pagan el doble; y desde ese momento estoy en paz con mi mesalina: vuelo a los brazos que me han colmado de nuevos beneficios, y disfruto... no del placer... sino de la satisfacción de demostrar que no soy ingrato.

—¡Ay!, ¿qué queréis? Cuando se ha engordado a la gallina, deja de poner huevos; los honorarios disminuyen, y yo duermo.

—¡Cómo! ¿Duermes?

—Sí, de noche, y, lo que es más, por la mañana... Esa adorada mañana que anima la esperanza, que alumbra los combates amorosos. Se quejan, yo me enfado; se habla de comportamiento, de ingratitud, y yo demuestro que se equivocan; y por eso me marchó.

Dios Pluto,^[7] ¡inspírame!... Se me aparece un dios; pero no viene cargado con sus felices atributos; es el dios de los consejos, el diligente Mercurio; él me consuela, me halaga y me envía a casa del señor Dulzón. A buen seguro que no le conocéis; por

eso, escuchadme.

Una cintura que una sotana y un manteo largo hacen parecer ancha; un rostro que reúne la madurez de la edad, la abundancia de carnes y la lozanía; unos ojos de lince; una peluca refinada, cuyo corte ha trazado el *espíritu*; su fisonomía, abierta, pero decente, derrama el brillo de la beatitud; sólo se permite una sonrisa; pero esa sonrisa deja ver unos hermosos dientes... Así es el director espiritual de la moda; los rebaños de devotas abundan; nunca se acaban las consultas.

Pero existen privilegiadas, mujeres sepultadas en un perfecto quietismo de conciencia, y cuyas articulaciones son todavía más móviles por eso. El hombre de Dios esconde bajo su apariencia hipócrita un alma ardiente, y bellísimas cualidades ocultas... Como bien habéis sospechado es a esas mujeres a las que hay que llegar. Me introduzco, pues, en la intimidad del buen hombre, le descubro que casi soy tan tartufo como él: me pone a prueba; y cuando ha tomado todas sus medidas de seguridad, me presenta en casa de la señora de ***.

En su casa, la santidad lo perfuma todo, el lujo es sólido y sin fastos, todo es cómodo, rebuscado sin afectación... Pero ¡cómo!, un joven en casa de una mujer de la más elevada virtud... Precisamente por eso: para no perder la mía; porque ya notaréis que debo tenerla; al menos tanta como desvergüenza. Mis visitas se multiplican, la familiaridad interviene; y he aquí una de las conversaciones que mantendremos, estoy seguro.

A la salida de un sermón (porque iré, no con ella, pero me situaré muy cerca, con los ojos bajos, lanzando hacia el cielo miradas que no son para Él), a la salida de un sermón al que ella me ha llevado, empezaré a criticar a todas las mujeres reunidas a nuestro alrededor. Nótese que las preguntas proceden de mi beata. «¿Qué os ha parecido Fulana?

—¡Ah, Dios mío!, llevaba un dedo de colorete.

—Sin embargo es guapa.

—Tendría algo de vuestros rasgos si no los desfigurase; pero el colorete... Pero se lo perdono; no tiene ni vuestra tez, ni vuestros colores (¿no creéis que ante estas palabras esos colores aumentarán?). Además, la condesa no iba vestida como es debido.

—Completamente ridícula.

—¡Enseña un escote!

—¡Y qué escote! Sólo conozco una mujer que tenga derecho a exhibir semejantes desnudeces. Por lo menos veríamos bellezas (observad esa ojeada sobre un pañuelo cuyos pliegues dejaban pasar mi mirada... Otra mirada me castiga, y me vuelvo tímido, desconcertado). ¿Qué pensáis del sermón?

—Debo confesaros que estuve distraído, desatento.

—Pues la moralidad era excelente.

—Lo admito, pero presentada de una manera muy fría; una boca hermosa es mucho más persuasiva. Por ejemplo, ¡qué efecto no causan en mí vuestras

exhortaciones! Me siento más animado, más fuerte, más valiente... ¡Ay!, vos me hacéis amar la virtud porque os am...». (Ah, querido amigo, vedme trémulo, sobrecogido; la palidez cubre mi rostro... Pido perdón... Cuanto más me lo conceden, más exagero mi falta, para no ser culpable a medias...). Mi devota se recobra enseguida; sin embargo, todavía está emocionada, me propone que leamos, y es un tratado del amor de Dios. ¡Qué conmovedora es mi voz! Situado frente a ella, mis miradas de fuego la recorren y la espían; parafraseo, invento; ya no es un sermón, es un Rousseau lo que le declamo... Aprovecho el momento, un oratorio es mi tocador, y soy feliz.

—Pero el dinero, el dinero.

—Un momento, joder; dejad que descarguemos... ¡Qué goce, una devota! ¡Cuántas encantadoras naderías! ¡Cómo trastorna esto! ¡Qué blandura! ¡Qué suspiros! ... ¡Ah, mi buena Virgen María!... ¡Ah, mi dulce Jesús!... Amigo, ¿sientes esto como yo?

—¿Pero el dinero?

—¡Eh!, ¿me creéis lo bastante necio como para ir a cerrar un trato?... Ni hablar... ¡sólo un necio!

Vuelvo a ver a mi beato, le cuento todo; es discreto; perdería demasiado si no lo fuera, y es él quien va a ayudarme; tendrá, por supuesto, su derecho a comisión.

Desde hace tres días, mi devota en abstinencia no tiene otro recurso que su consolador. El hombre de Dios llega: «¡Ay, este pobre joven! ¡Ha vuelto a caer en el vicio! Lo arrastran mujeres perdidas. (¡Qué puñalada!)».

—¡Ah, padre mío, qué lástima! Tiene un fondo tan bueno.

—Señora, no es culpa suya, hay en él incluso una especie de virtud, porque es sincero. «Señor, me ha dicho, tengo deudas de honor, mi *conciencia*^[8] me atormenta; tal vez voy a perderme; seré la víctima de mi deber... ¡Ay!, lo que me traspasa el alma es dejar a la señora ***. (Aquí ella baja los ojos). Esa mujer es adorable; es la dueña de mi corazón... No importa, debo huir de ella... ¡Estrella desgraciada! ¡Deplorable destino!». Eso es, señora, lo que me ha dicho con lágrimas en los ojos». Se me compadece; se habla de otras cosas, se vuelve al asunto... «Pero ¿a cuánto ascienden esas deudas?

—A trescientos luses...». Y creéis que una mujer que conoce mis caricias y mis riñones, que está segura del secreto, que no me considera un cernícalo, que le gusta sobre todo la variedad, ¿no me los enviará al día siguiente?...

Desde aquí os veo hacer el papel de moralista: «Pero eso es algo odioso; el amor puro es generoso, sois un granuja...». Joder, estáis de broma; echaríais a perder el oficio; ella tiene treinta y seis años, yo veinticuatro; ella todavía está bien, pero yo estoy mejor; de su parte tiene el temperamento y el dinero, yo el vigor y el secreto... ¿No hay ahí compensación?

Además, ¿queréis que yo me absuelva? Le hago el honor de exhibirla. Ella abandona su devoción; yo la devuelvo a la sociedad, a ella misma; por fin cambia de

estado... No, me equivoco, sólo cambia de vestido y de peinado.

Ahí tenéis a mi devota en sociedad, y eso gracias a mis esfuerzos.

—Pero más valía dejarla en su oscuridad; vais a perderla, os la quitarán.

—Tal vez tengo otros proyectos; su dinero se ha consumido, sus diamantes se han vendido, mi capricho ha pasado... Veréis sin embargo que, para hacerme rabiar, se le ocurrirá serme fiel; tendré que hacer el esfuerzo de cometer errores con ella.

—Los tendréis muy pronto.

—No, porque ésta es mi conclusión: «Señora, no voy a recordar vuestras bondades, que estimo mucho, y mi corazón está encantado de tener con vos obligaciones que ninguna otra me hubiera hecho contraer; pero compadecedme, porque mi gratitud me costará la vida; es el cuidado de vuestra honra lo que va a destruir mi felicidad. Debo dejar de haceros unas visitas que os comprometerían: ¡ay!, de sobra sé que al pronunciar esta funesta separación, dicto mi sentencia de muerte». ¡Potestades del Cielo, cuánto os invocan! A fuerza de carantoñas, consigo enternecerme; mi dulcinea derrama alternativamente las lágrimas del dolor y las del placer: mi huida va acompañada de puntos de parada en todos los sofás de los aposentos, y consigo escapar en su último éxtasis.

—Pardiez, vaya unos modales.

—¡Pobre necio!, no te das cuenta de que esa mujer garantiza mi reputación por toda la eternidad; ya no tengo necesidad de presumir, basta con que le deje a ella ese cuidado, y soy el fénix de los pájaros de esos bosques. Además, no he perdido la cabeza, es amiga íntima de la presidenta de ^{***}, y hace mucho tiempo que le tengo echado el ojo a esa rica viuda; no dejará de ser la confidente de mi abandonada, y no me creáis tan novicio como para no haber persuadido a ésta de que sería un medio de seguir viéndonos; y a la otra de que sólo por sus bellos ojos abandono a la señora Fulana.

Todo sale a pedir de boca... pero tengo que enemistarlas... vamos, discordia, vuela a mi llamada... Se enfadan, se enfrían, las dos inseparables no vuelven a verse; la presidenta exige que secunde su resentimiento: yo me hago valer, me vuelvo a mi vez exigente. ¡Qué poder no tiene el deseo de venganza! ¡Se entrega a mí para jugarle una mala pasada a su buena amiga!

La presidenta tiene treinta y cinco años, aunque sólo aparenta veintiocho; está bien conservada, pero si afectación. Sería una petimetra, si la jerga no la aburriese. Muestra ingenio con las mujeres, gentileza con los hombres, mucho recato en público, un tono de mujer de calidad, y una presencia imponente.

En la intimidad, apenas si he conocido temperamento más vivo, más equilibrado y al mismo tiempo más variado. Sus caricias son seductoras, porque son espontáneas, y veinte veces he sentido la tentación de amarla. Por lo demás, no deja de tener defectos: siente una profunda veneración por sí misma; sus decisiones son oráculos, sus preceptos, leyes; no he visto nada tan despótico. Cierto que une a eso habilidad, y que a menudo creéis hacer vuestra voluntad cuando no hacéis otra cosa que seguir la

suya.

La sociedad que la rodea no tarda en adivinarlo todo y en halagarme, soy el santo del día; ella tiene confianza en mí: nada está bien si yo no se lo he aconsejado. Así pasamos seis mortales semanas. Se me olvidaba que quiere ser la confidente de mis negocios. Un día llego a su casa... Mi mirada está agitada. «Pero ¿qué te pasa, amigo mío? Estás muy sombrío.

—¡Cómo!, le digo (esforzándome por sonreír), ¿podría yo traer mi mal humor a vuestra casa?». Me acosan a preguntas, yo me empeño en callar, tengo distracciones que la gente que ha venido a la cena no podría destruir: me proponen una partida, la rechazo, y a media noche me escapo.

Eso es muy simple, diréis; ¿quién no haría lo mismo?... Os apuesto lo que queráis. Escuchad un momento.

¿Es que no ha tenido mi lacayo, que es un Crispín^[9] de los más espabilados, la inteligencia de tirarse a la doncella para evitar el aburrimiento? Pero ese día está casi tan triste como yo, su bella le acosa tanto como la mía a mí; y como es de natural confiado, confiesa que la noche anterior yo he cenado en casa de la duquesa de Tal, que me han hecho tallar un faraón.^[10] Que el juego era diabólico, que he perdido una enorme cantidad de dinero, y que, como no soy demasiado rico, me siento extrañamente incómodo; pero lo que me atormenta es haberme visto obligado a dejar en prenda el diamante que me ha regalado la presidenta. ¡Ay!, esa preciosa sortija no ha sido suficiente, junto con el resto de mis joyas, para liberar mi palabra, y estoy sin un céntimo.

Él vuelve luego a perder, porque el truhán es tan granuja como yo: también le han obligado a jugar, y su reloj está con mis efectos en la casa de empeños. La pobre Adelaida, que ama al tunante, saca de su armario cuarenta escudos, toda su pequeña fortuna, y que son incluso el fruto de mis regalos. El malvado se los guarda; pero hay otra maniobra.

He notado cuchicheos entre la presidenta y su doncella, idas y venidas: es que le han contado todo eso a la señora, y la señora ha hecho repetir todo a mi bandido e inmediatamente le ha entregado quinientos luises.

—¿Doce mil francos?

—En oro, os digo, para ir a desempeñarlo todo y proporcionarme un complemento... Cuando salgo, encuentro a mi bribón en mi carroza, y nos llevamos el botín triunfalmente a mi casa. —¿Cómo, todo eso no era verdad?

—Pero ¿de dónde sales? Es increíble; no aprendes; a ver si aguzas tu inteligencia.

Al día siguiente a las siete, con un picante desaliño, corro a casa de la presidenta; una dulce alegría brilla en sus ojos; tengo su diamante en el dedo... quiero hacerla hablar (porque habéis de saber que mi lacayo no debe haberme confesado nada, so pena de la vida), me dice una mentira con todo el tacto, toda la nobleza de la generosidad; pero ve enseguida por la vivacidad de mis caricias que la gratitud las inflama, y que no me engaña. Algo recuperado de mis transportes, hablo de

beneficios; se me impone silencio, diciéndome que si hubiera sido lo bastante afortunada para prestarme un servicio, mi agradecimiento lo arruinaría todo.

—¡Como, monstruo!, ¿tanto amor y generosidad no te conmueve?

—Claro que sí, pardiez, y para demostrarle mi gratitud (y un poco también para librarme de ella), la caso con un conocido mío que la hace la mujer más feliz de París. De amantes que éramos, nos hemos vuelto amigos, y yo vuelo, no hacia nuevos laureles, sino hacia nuevas bolsas.

Asqueado del amor perfecto, del goce metódico de la devota y de la presidenta, languidecía yo tristemente cuando mi ángel bueno me llevó a casa de la señora Saint-Just (famosa alcahueta de diversiones exquisitas, en la calle Tiquetonne); le anuncio que estoy vacante, y sobre todo que estoy sin un céntimo; ella me presenta su lista; recorrámosla:

1.º. La señora baronesa de Coñobostezo. «Joder, qué hermoso nombre. ¿Quién es esta mujer?

—Es una pequeña provinciana que ha venido a París a gastarse los cincuenta o sesenta mil francos que ahorra desde hace diez años.

—¿Y le queda mucho todavía?

—No.

—Dejémoslo; ¿por qué a esa zorra se le ocurre tomar un nombre de Corte?».

2.º. La señora de Culoágil. «¿Cuánto da?

—Veinte luises por sesión.

—¿Paga por anticipado?

—Nunca, y además no es para vos: es demasiado grande».

3.º. La señora de Fuertediablo. «Ved: esta es la que necesitáis. Es una americana, rica como Creso; y si la satisfacéis, no hay nada que no haga por vos.

—Bueno, tendrás que presentármela. —Mañana, si queréis.

—¿Aquí?

—En su propio palacete.

—Su nombre tiene algo infernal que me divierte». Devuelvo la lista cuando, con cierto aire misterioso, la buena de Saint-Just me dirige esta exhortación: «Mi querido amigo, habéis visto a mucha gente joven; ¿qué habéis ganado con ello? La sífilis. ¿Por qué no escuchar los consejos de la sabiduría? Tengo en mi mano una verdadera fortuna, una vieja.

—Que el diablo te joda.

—¡Eh!, ojalá se cumpla vuestro deseo. Más vale algo que nada; pero no se trata de eso, os estoy hablando de un tesoro; confiad en mí, y la desplumaremos.

—De acuerdo entonces, me remito a tu prudencia».

Al día siguiente me dirijo a las siete de la tarde a casa de una americana. Encuentro magnificencia, un gran lujo, mucho oro dispuesto sin gusto, fardos de café, muestras de azúcar, facturas; en fin, un tufo a salmuera que por desgracia he reconocido de sobra en muchas ocasiones.

Lo que me atormentaba era oír en un gabinete vecino una voz de hombre cuyas carcajadas me preocupaban; por fin se abre la puerta, ¿quién será? Mi diosa... Pero ¡joder!, ¡qué mujer!

Imaginad un coloso de cinco pies y seis pulgadas;^[11] cabellos negros y crespos sombrean una frente breve, dos anchas cejas dan más dureza a unos ojos ardientes, su boca es enorme; una especie de bigote se eleva contra una nariz embadurnada de un color rojo claro; sus brazos, sus pies, todo eso tiene forma hombruna, y era su voz la que yo tomaba por la del marido.

«Joder, le dice a la Saint-Just, ¿dónde has pescado este lindo niño? Es muy joven; pero ¡qué pequeño! No importa, hombre pequeño, cola grande...». A manera de saludo, me abraza hasta asfixiarme... «Rediós, es tímido.

—Oh, es un chico completamente nuevo.

—Nosotras lo enseñaremos... Pero ¿eres mudo acaso?

—Señora, le digo, ¡el respeto! (Yo estaba estupefacto).

—Y te burlas de mí con tu respeto... Adiós, Saint-Just. Me quedo con mi jodedor; cenaremos y nos acostaremos juntos».

Nos quedamos solos, mi bella se deja caer en un sofá; sin entretenerme con bagatelas, salto sobre ella y, en un abrir y cerrar de ojos, la dejo lista para el pillaje. Encuentro unos pechos de un rojo marrón, pero duros como mármol, un cuerpo soberbio, un monte abultado y la más hermosa de las pelucas... Durante la inspección, mi bella suspiraba como si mugiera, igual que una yegua en celo; su culo respondía a la llamada y el c... le palpitaba... Rediós, un santo furor me arrebató, la agarro con brazo vigoroso, la miro un momento, me precipito... ¡Oh prodigio!... Mi zorra es estrecha... Con dos golpes de riñón, entro hasta los cojones... La muerdo... Ella me araña... Corre la sangre... Unas veces encima, otras debajo, el sofá cruje, se rompe, cae... La bestia está debajo; pero yo sigo montado; la presiono con redoblados golpes... «Sigue, amigo mío... sigue... joder... ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Más fuerte!... ¡Ah!..., granuja!... ¡Ah!, qué bien lo haces... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... Rediós, no me abandones; no me abandones... Oh, oh, oh... sigue... sigue... Ya me viene... A mí, a mí... ¡hasta el fondo, hasta el fondo!...». ¡Maldita zorra!, su jodido culo que se agita como granizo me hace desencoñar... Corro tras él... Mi p... arde... La agarro por la mata de pelo (no es la del cuello)... vuelvo a entrar como vencedor... «¡Ah!,

dice ella... Me muero...

—¡Jodida zorra! (Me rechinan los dientes). Si no me dejas correrme, te estrangulo...». Por fin, jadeante, sus ojos se debilitan, pide gracia... No, joder, no voy a darle cuartel... Pico espuelas... vientre a tierra... Mis cojones furiosos echan fuego; ella se desmaya... No me importa, y sólo la dejo cuando los dos soltamos la leche y la sangre juntas...

Ya es hora, creo, de volverle a poner los calzones.

Una vez que nos recuperamos, mi húsar me felicita *congratulándose*; mientras ella va a lavarse, yo levanto el sofá lo mejor que puedo. «¿Qué haces?, me dice ella al volver. Amigo mío, mis criados están acostumbrados a hacerlo, y tengo un ayuda de cámara tapicero que pasa revista todas las mañanas». Como bien supondréis, no hablamos de sentimientos. ¿La ponen en un aprieto ese tipo de tonterías? Vemos su casa, su almacén, que es oro al contado; los tesoros de las tres partes del mundo se reúnen allí... Por fin llegamos a un gabinete; abre un cofre... «Toma, me dice, coge esta cartera. (Yo hago melindres). Venga, joder, cuando se folla tomo tú, hay un modo de agradecer estas menudencias...». Me la guardo en el bolsillo, no sin haber observado que contiene quinientos luises en buenas letras de cambio... Esto es lo que se llama complacencias.

Cenamos; palabra que lo estaba necesitando. Es ella la que me sirve: colmenillas, trufas con coulis de jamón, champiñones a la marsellesa; de postre, los bombones más estimulantes, sin olvidar los licores de Madame Anfou... De la mesa nos lanzamos a la cama, y creo que nunca en la vida se ha visto una escena semejante.

Concertamos cita para dos días después. Llego... «La señora está enferma. ¡Ay!, es muy sencillo, sufría unos calores excesivos; por más que le dije, se empeñó en que yo abriese la ventana en el mes de enero». Una angina de pecho la entierra en tres días... ¡Oh dolor!... voy a dedicarle un *De profundis* a casa de la Saint-Just.

Después de haber enjugado sus lágrimas y sus quejas (porque me asegura que mi princesa era una de sus mejores parroquianas), le aseguro que, muy conmovido por este funesto accidente, he reflexionado, y que, por haber honrado siempre a la vejez, vengo a solicitar sus buenos oficios para dedicarme al servicio de la viuda de la que me habló. Concertamos día, y en una semana consigo el favor de ser presentado en casa de la señora *In Æternum*. Me habían advertido que era muy rica, de modo que las dimensiones de su palacete, la belleza de las libreas y del mobiliario no me causaron ningún efecto; al contrario, devoraba por anticipado su sustancia... ¡Eh!, vive Dios, ¿no iba el hada a alimentarse de la mía?

El encuentro había sido previsto en privado, me aguardaban, yo había realzado mis encantos; a fuerza de querer reparar los suyos, mi vieja todavía estaba en su aseo, asilo impenetrable; mientras espero, me introducen en un tocador lila y blanco; unos paneles artísticamente colocados reflejaban de mil maneras todos los objetos y unos amorcillos cuyas antorchas encendidas alumbraban aquel delicioso lugar. Un sofá ancho y bajo expresaba la esperanza con los cojines verde inglés que lo cubrían; la

vista se perdía en la lejanía que formaban los espejos, y sólo la cortaban unas pinturas lascivas que mil posturas diversas volvían más interesantes; dulces perfumes hacían respirar a largos sorbos la voluptuosidad; mi imaginación empieza a inflamarse enseguida, mi corazón palpita, desea; el fuego que corre por mis venas vuelve más activos mis sentidos... La puerta se abre, una joven se ofrece a mis ojos; un modesto *négligé*, una sencillez ingenua, unos encantos que sólo esperan para eclosionar los homenajes del amor; detalles deliciosos... Así es como aparece la sobrina de mi viuda, la bella Julia; me presenta excusas de parte de su tía, a la que un asunto retiene, y me ruega que acepte que ella me haga compañía. Respondo a ese cumplido con las cortesías habituales, y nos sentamos en dos sillones en un rincón de la sala; Julia se alejaba del sofá (¡ay, cuánto más de temer era para mí!); mis ojos vagaban sobre ella, sentía toda la timidez de un amor naciente, todos los combates de mi razón contra mi corazón; el fuego de mis miradas infundía respeto a Julia, nuestra conversación languidecía en apariencia; pero nuestras almas ya se entendían.

«Seguramente la señorita hace la felicidad de su tía, ya que es su compañera.

—Señor, mi tía siente aprecio por mí.

—La multitud de gente que acude a su casa tendrá sin duda motivos para agradaros, y vuestros placeres... (Julia suspira)... Mil pretendientes... (el fuego sube a mis mejillas).

—¡Ay, señor!, cuántos pretendientes de esos merecen, una vez valorados, lo que son en realidad.

—¡Cómo! ¿No habéis encontrado ninguno cuyo homenaje haya podido interesaros...? (Ella se turba). Perdón... ¡Dios mío!... iba a cometer una indiscreción... Pero, señorita, ¿me condenaríais por desearlo?». Oímos ruido; una mirada suficientemente expresiva es toda la respuesta de Julia.

La tía había terminado de acicalarse; avanza... Imaginaos, amigo mío, una fea niña de unos sesenta años. Su cara es un óvalo invertido; una peluca artísticamente mezclada con un resto de cabellos reteñidos de negro, con la punta sombreada, unos ojos enrojecidos y que bizquean tratando de mirar de reojo, una boca enorme, pero que Bourdet^[12] ha amueblado perfectamente, blanquete, rouge, bermellón, azul, negro, dispuestos con mucho arte; una simetría que sólo unos ojos expertos y un olfato avezado pueden descubrir.

Un vestido a la inglesa parduzco y blanco se cierra con unos nudos de gasa, de donde escapan *pasadores de perlas*, que, cayendo en ondas, terminan en borlas de un gusto exquisito; un dril cubre el sitio donde, hace cuarenta años, podía haber unos pechos; esto fue lo que descubrí en la primera ojeada... ¡Qué feliz si no hubiera visto ni sentido nada más!

«Dios mío, querido corazón, me dice haciendo melindres y dejándose caer sobre el sofá al que me arrastra; qué disgustada estoy por haber dejado que os aburrieseis con una niña (Julia había desaparecido); es mi sobrina, y conoce tan poco mundo.

—¿Cómo, señora, vuestra sobrina? Nadie lo diría por la edad que aparenta.

—Es cierto, pero su madre es muchísimo mayor que yo...». Luego, cogiendo una de mis manos: «La Saint-Just, querido, me ha hablado de vos; pero de una forma extraordinaria; cuenta unas cosas... ¡Oh!, increíbles.

—Esa clase de mujeres nos alaban en ocasiones; pero si alguna vez le debo agradecimiento por algo es por haberme dado la oportunidad de ofreceros mis respetos.

—Bueno, corazón, dejemos de lado las ceremonias, tu aspecto me predispone en tu favor, eres guapo, pórtate bien, y seguro que no te arrepentirás. Ya es hora de pasar a mi salón, tengo invitados, cenarás...». Una reverencia es mi respuesta, un beso me cierra la boca... (¡Ah!, vive Dios, es puro barniz). «No juegues, sigue diciéndome, charla con mi sobrina, fingirás que eres su amante... (¡Ah, encantadora vieja! ¡La aurora del amor brilla para mí! ¡Con cuántas ganas te beso!... Pero ¡joder!, ¡la pintura!). Y nosotros nos reuniremos cuando estos pelmas se hayan marchado».

Así pues, mi suplicio se aplaza... Entramos en el salón, donde se halla reunida una numerosa compañía; y mientras Julia y su tía organizan las partidas, yo reflexiono.

¡Amor, amor! ¡Una vez más vienes a decepcionarme, a perderme, a traspasarme! ¡Dios cruel! ¿No he sido ya suficiente tiempo tu víctima? ¿Quieres vengarte? ¿Qué papel vas a imponerme?... Objeto del capricho de una repugnante vieja, ¡la belleza y sus encantos serán mi tormento! ¡Ay!... ¡niña demasiado adorable! Si alguna vez he sabido conquistar corazones, sométeme a tu imperio; si he sabido exhalar en tus altares un incienso que te haya agradado, ¡protégeme!... Soy escuchado: me inflama un ardor nuevo, Julia, la bella Julia, recibirá mi corazón, mis transportes, y su tía, engañada, sólo tendrá de mí un tributo pagado a alto precio.

El juego hace reinar el silencio; todo el mundo está ocupado. En un extremo del salón, Julia trabaja en una labor para mostrar aplomo, y yo permanezco a su lado; está inquieta; yo soy tímido. «Vaya, me dice, ya os han asignado vuestro personaje.

—¡Ay!, señorita, si os dignaseis leer en mi corazón, veríais cuánto me gusta.

—Lo confieso, señor, por más acostumbrada que esté a esas palabras y al motivo por el que se dicen, me dolería más soportarlas de vos que de cualquier otro.

—¿Me las prohibís entonces, señorita?... Ah, lo veo de sobra, me confundís con la multitud de seres infames que vuestra tía mantiene a su costa; me creéis revestido de una máscara engañosa; ¡bien merecido lo tengo!... No importa, hay que liberaros de un ser que os desagrade; quizá me hiciera estimar por vos... ¡Ah, bella Julia!, un día sabréis que no me he expuesto a vuestro odio... pero no querréis escucharme; me aborrecéis, me despreciáis... y yo no podré soportar mucho tiempo vuestros desdenes... (Me levanto).

—¡Dios mío!, señor, me dice muy asustada, ¿qué vais a hacer? Estaría perdida, mi tía me acusaría... ¿Qué sé yo?... Quizá de haberla traicionado.

—No, no, se equivocaría, la servís demasiado bien... ¡Servirla, vos!... ¡Julia! ¡Dioses, qué idea!... ¡Y con vuestro enamorado! (Julia se turba y hace un esfuerzo

por sonreír).

—Mi enamorado, ¿eso pensáis? Sin embargo habéis llegado bajo unos auspicios...

—Os entiendo, señorita... Y si ese medio hubiera sido el único para llegar hasta vos, ¿me encontraríais tan abominable? Hace seis meses que os adoro (como sospecháis, mi querido amigo, no sabía ni una palabra de su existencia), sigo por todas partes vuestros pasos, ardo en secreto, me informo, me previenen sobre el carácter de vuestro argo, y me veo obligado a cubrir con el velo más deshonesto el sentimiento más puro que jamás haya existido. (¡Pobre pequeña! ¡Con qué dificultad respira! ¡Cómo se alza su seno! ¡Y qué seno, gran Dios!... ¡Maldita vieja, tendré que adjudicarte esta conquista!). No respondéis... Por favor, Julia, sólo tenemos un momento, decidid mi destino. ¿Por qué hacerme la doble víctima de vuestros rigores y de los favores de vuestra tía? (La palabra *favores* fue pronunciada con un tono tan triste que resultó persuasivo, la pequeña sonrió).

—Pues bien, os creo, me dice ella, ¿por qué ibais a engañarme?... ¡Soy ya tan desgraciada! ¡Ay!, sólo de vos depende que lo sea mucho más...». No os detallaré el resto de una conversación que los observadores importunaban; pero, para decirlo en una palabra, acordamos que yo sería el amante de la tía, y que aprovecharíamos todos los momentos favorables para vernos, fingiendo la pequeña y yo mucha indiferencia el uno por el otro.

Cenamos. Después de la cena juego una berlanga^[13] con mi querida tía; todo el mundo se marcha. Julia se había retirado a medianoche; me quedo solo. Es entonces cuando la vieja me muestra con sus tiernas caricias todo el rigor de mi destino; sin embargo respondo a ellas con gesticulaciones; ella sale para dirigirse a su dormitorio, y yo para hacer mi aseo nocturno. Al fin suena la hora del amor, la hora fatal; una doncella me llama; voy, buscando por todas partes lo que tú sabes, pero no encuentro nada.

—¿Nada?

—Nada, o que el diablo me lleve; adivina adónde había ido a esconderse. Al lado de una gran bolsa bien repleta, colocada entre dos velas sobre la mesilla de noche de la señora; la recojo al pasar. Mi diosa se había puesto una cofia... Rediós, ¡qué encantos los suyos! Su cama a la turca, de damasco color narciso, parecía a juego con su color (porque el de día estaba esparcido en diez pañuelos que invocaban a la lavandera); una sonrisa que ella gesticula me hace ver que no muerde. Por fin, trepo al altar.

—¿Estás empalmado? —¡Ay!, había que empalmarse como fuera, o renunciar a Julia, y a aquella bolsa que se había vuelto necesaria; porque la maldita berlanga me había dejando sin los últimos luses que estaban en mi posesión.

¿He hablado de posesión?... Rediós, tengo otra delante. Mira, amigo mío, si no bajo el telón es por ti.

Recorro con las manos y los pies los viejos encantos de mi dulcinea... los

pechos... podría yo prestárselos en caso necesario... Unos brazos largos y descarnados, unos muslos delgaduchos y secos, un monte abatido, un c... marchito, cuyo olor natural apenas debilita el ámbar que lo perfuma... Al final, no importa, me empalmo; cierro los ojos, espoleo a mi penco, y me meto. Sus dos piernas han pasado por encima de mis hombros, con brazo vigoroso la calzo en mi p... Una joroba de bastante buen tamaño que acabo de descubrir me sirve de punto de agarre para la otra mano. Su cuello tendido me alarga un rostro desagradable que, con la boca abierta, me ofrece una lengua gruesa, que evito mediante una fuerte contracción de todos los músculos de mi cabeza. Finalmente, empiezo a galopar... Mi vieja suda en su arnés; sus oxidadas articulaciones se electrizan, y me devuelve casi golpe por golpe, sus brazos pierden rigidez, sus ojos dan vueltas, los cierra a medias y realmente se vuelven soportables... Rediós, estoy furioso, no me viene; la sacudo... y de pronto la zorra se me escapa... Joder, me pongo furioso, me caliento; con el talón apoyado contra una columna, presiono sobre ella, la levanto; y todo se pone en marcha... «¡Ay, amigo mío!, ¡mi pequeño! ¡Ah, corazón mío!... me muero... ¡Ah!, no creí ya que nunca... Hace tanto tiempo... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... me co... co... rro... querido amigo, me corro...». El diablo me lleva, sus convulsiones me mantienen durante cinco minutos en la ilusión; la vieja pícara gozaba como a los treinta años; tardó mucho tiempo en recobrase, estaba extenuada en toda la dimensión de esa palabra. Yo sudaba a mares... Pero aquí tienes otro lance. Al secarme, encuentro una doble peluca; era la de mi furcia, que, por estar sólo pegada, se unía a la mía por espíritu de simpatía. El desorden de la buena señora era ridículo; su gorro de dormir y las greñas que le servían de cabellera, todo estaba maltrecho... Parecía avergonzada. «Mira, querida, le dije, entre nosotros nada de ceremonias; te quiero más al natural, y, para probártelo, quiero volver a empezar». Tras estas palabras, vuelvo a asaltarla, y llevo la aventura hasta el final. Esta vez, ya no tenía dientes, gracias a Dios, porque me hubiera devorado.

Tras esta segunda repetición, llama... La señorita Macao, que nos servía de eunuco negro, le arregló la ropa. Mientras me visto, la buena vieja no paraba de elogiarme. «Dos veces, querida... Dos veces. ¡Oh!, este angelito es un prodigio; con los otros se me hacía la boca agua, pero él... Pon la mano ahí, estoy llena».

Eran las cuatro de la mañana, me acerco para despedirme; la vieja, besándome (joder, no era eso lo agradable de la historia), me ofrece dos bolsas en lugar de una, y me insiste en que contienen doscientos luses, mientras que no suele dar más que cien. «No, señora, le digo con generosidad, si he tenido más suerte que otro, no aspiro a una recompensa doble; acepto el testimonio habitual de vuestras bondades, pero no quiero privarme ni de la posibilidad de volver más a menudo, ni privaros a vos de contentar un gusto que parece satisfaceros». Palabra que yo hubiera aceptado.

—Estúpido, ¿no sabes que así es como se arruina a estas zorras?... Aquí tienes la prueba: transportada, se quita del dedo un hermoso brillante (lo vendí, pardiez, por dos mil escudos) y lo pone en el mío; entonces me retiro con un permiso indefinido

para cualquier hora del día y de la noche, y la consigna de fingirme enamorado de Julia a fin de ocultar nuestra intriga... Me hago el duro; pero la sublime tía me demuestra con tanta claridad que es preciso que me rindo por amor a ella.

De vuelta en casa, ¿voy a encontrar reposo? No, Julia... ¡Julia!, tu imagen me turba; te veo: ¡ay!, en ese instante, preso de unos deseos desconocidos hasta entonces, me acusas y gimes; hasta yo suspiro... ¡Infame sed del oro! ¿A qué horrible divinidad me obligas a sacrificar la sangre?... Mucho más aún: es la sustancia más pura la que se derramará sin fruto sobre ese odioso altar... Pero ¿no tengo recompensa? ¿Dónde encontraré una niña más bonita? Julia, ¡que el amor me pinte en tus sueños, y que el atractivo de un sueño te prepare para el encanto de la realidad!... Vamos, valor, ven en mi ayuda, ¿dónde estás?... Oro, diantre, oro; es el nervio de la guerra; adelante por todas partes; que los fuegos del amor, abrasando mi coraje, me devuelvan ese vigor primero que hizo caer bajo el cuchillo ensangrentado a tantas vírgenes en Israel... ¡Y tú, Príapo, patrono de los jodedores!, yo te invoco; ¡que una ebriedad lúbrica se apodere de mí junto a la vieja! Te ofrezco el sacrificio de todas sus perfecciones... ¡Que reviente jodiendo!... Es un holocausto digno de ti.

Es fácil imaginar que no transcurrió la madrugada sin que yo me dirigiese a casa de mi amiga. Me hicieron pasar al despuntar el día. La fiel Macao me da consejos para agradar a la señora, y yo le sacrifico una pequeña parte de mi oro para ganar un montón. Mi vieja me recibe con todas las gracias posibles... Pero ¡oh sorpresa!... ¿Habéis visto alguna vez una manzana colocada sobre el recipiente de una máquina neumática? Cada golpe de pistón parece devolverle su frescura; su piel arrugada se vuelve lisa, y los rayos del día que se reflejan en ella le devuelven el color escarlata que había perdido... Ése era el estado de mi vieja; sus ojos ya no estaban enrojecidos; parece alucinada, y si tuviera pelo, pecho y dientes, se la podría joder... Mi mano retoza, una sonrisa infantil la reanima... Pero me despide muy seria para poner orden en sus asuntos.

La señorita Macao es el aya titular de mi Julia; su nombre de feliz presagio no queda desmentido por su carácter; esta mujer, que en su juventud frecuentó a los señores en lugares donde todo es igual, siente compasión por la inocencia; incluso ha proporcionado a Julia los elementos de un juego de manos; entretenimiento heredado de los griegos y muy útil incluso a las francesas.

En resumen, le hago comprender que Julia está llamada a cambiar de estado, y le demuestro con un argumento irresistible que he caído del cielo expresamente para poner en práctica esa gran labor: se convierte, pues, en mi confidente, y entro en los aposentos de Julia, a la que encuentro en su aseo.

Palabra que no sé por qué, pero la timidez vuelve a dominarme... Qué bella es, amigo mío... Largos cabellos de un rubio ceniza, unos ojos negros y muy rasgados, unos rasgos que amaría menos si fueran más regulares... Nos quedamos solos; y, para empezar, me arrodillo y abrazo al ídolo.

—¡Joder, qué timidez!

—Por supuesto, ése es el truco... Cuando tengo mucho miedo, me lanzo a la desesperada en medio del peligro.

—Pero ¿no ha de enfadarse Julia?

—Sí, si tuviera tiempo... Y además, Julia es sincera, su pudor siente sin duda repugnancia ante mis caricias; pero está encantada de recibirlas. Finalmente, tras algunos melindres, quedo en posesión de mi plaza a sus rodillas y de todos los pequeños hurtos que me proporciona el desbarajuste del aliño y el desorden de una bata, única prenda que oculta dos hemisferios encantadores, por los que aún sólo me atrevo a viajar con la mirada.

Nuestros días transcurren así pacíficamente durante algún tiempo. Avanzo poco a poco con Julia. La tía me colma de beneficios: eso quiere decir que he trabajado para merecerlos. Por fin, un sábado santo voy a comer. Mi querida tía me anuncia que se ve obligada a salir, que no volverá hasta las ocho y media; que una reunión de caridad, un sermón, una colecta y toda esa comedia son para ella una obligación indispensable (porque, para mantener las apariencias, la buena dama pone el arca en el templo de Dagón)^[14]. Yo echo pestes, me enfado... Uno espera un día de felicidad... Se ve cruelmente engañado... La dama me consuela enternecida... «Bueno, pequeño, no te enfades; me las arreglaré para cenar contigo, y luego... ¿eh? ... Contéstame, granujilla... Pero no quiero que salgas. Julia se quedará contigo, y haréis música... Señorita, espero que no permitiréis que el señor se aburra.

—No, tía» (y el apuro y el rubor); yo frunzo el ceño, tengo cosas que hacer... En resumen, la señorita Macao queda expresamente encargada de encerrarme; la vieja se marcha, y Julia y yo nos quedamos solos en el bonito tocador.

¡Potencias celestiales! Vosotras, de las que emana ese fuego celeste que nos eleva por encima de los mortales, ¡vosotras visteis mi felicidad!... ¡Curioso, indiscreto amigo! ¿También tú quieres penetrar los misterios de Pafos^[15]?... Pues bien: lee, devora y menéatela.

Todo favorecía mi ardor: la belleza del día, cuyos rayos mitigados por una gasa diáfana enternecían para nosotros los objetos, la primavera, su influencia, la inocencia de Julia, mi experiencia que la calienta para destruirla, los cuadros lascivos que le describo de una manera más lasciva todavía; votos pronunciados a sus pies, recibidos por su cariño... Los deseos nos animan a los dos; un tacto seguro, y que no me engañó nunca, redobla mi audacia; la boca de Julia ya es presa de mi boca, que la oprime; su seno demasiado agitado se irrita contra las cintas que lo retienen... ¡Desapareced, nudos odiosos!... De sus ojos corren las lágrimas, se las seco con mis besos, su aliento arde; el fuego de nuestros corazones se exhala y se derrama en nuestros ardientes pechos; nuestras almas se funden... Me atrevo a más, los brazos de Julia no parecen rechazarme sino para atraerme con más fuerza; ha dejado de defenderse, sus ojos se cierran a medias, sus párpados vacilantes apenas se detienen... ¡Cuántos tesoros descubro y recorro!... «¡Detente!... ¡Temerario!, exclama la tierna Julia... ¡Querido amante!... ¡Dioses... me... me... muero!...». Y la

palabra expira en sus labios de rosa... Suena la hora en su Citerea;^[16] el amor ha sacudido su antorcha en el aire; vuelo en sus alas, lucho, se abren los cielos... He vencido... ¡Oh, Venus, cúbrenos con el cinturón de las Gracias!...

¿Pintaré esos éxtasis voluptuosos en los que el alma sensible parece gozar del reposo en el momento mismo en que más se derrama al exterior?... No, no, esas delicias no pueden expresarse.

Lejos de nosotros los reproches, Julia no me los hará; me quería por dueño, deseaba la felicidad, renace para disfrutarla otra vez... Pero ¡qué prodigio! ¡Nuestro sofá se anima! Una multitud de movimientos combinados con arte hace eclosionar en la sensible Julia mil emociones más vivas, si es que eso es posible; finalmente, extenuados por los placeres, por las caricias, nos detenemos... (Y también detengo el endiablado resorte que me había prestado su ayuda de una manera tan poco esperada). Yo no conocía el sofá, y Julia me atribuye todos sus placeres... Me guardo mucho de desengañarla.

No me quedo más tiempo; mi aliño está terriblemente desordenado, además, mi vieja no conseguiría más que una sosa ofrenda... Para no repetir detalles monótonos, nuestra intimidad duró tres meses: Julia sigue amándome; la tía perdió la cabeza por mí hasta el punto de desbaratar sus negocios. Una reunión familiar consiguió inhabilitarla y fue recluida en un convento. Arrancaron a Julia de mi amor, y como sospecharon que podía haber recibido ciertas lecciones en casa de su tía, hubo explicaciones en las que se habría mezclado el Parlamento de no ser por una protectora que yo encontré en su misma familia. La señora marquesa de Pollaenchoño, bien situada en la Corte, solventó todo el asunto. Es de mis apaños con ella de lo que debo hablaros.

Un compromiso sentimental va más lejos de lo que se piensa. Tuve la suerte de interesar a la señora de Pollaenchoño; me pidió los detalles de mi asunto; yo le describí mi aventura de buena fe; ella era mujer, ¿podía ser muy severa con un crimen que, en el fondo, no era más que un homenaje a la belleza? Amaba el placer, y mi doble empleo le pareció una prueba de solidez digna de estima: «Dios mío, me dijo, podíais haber muerto». La modestia hubiera estado fuera de lugar. Respondí simple y llanamente que mi salud, lejos de debilitarse, exigía un servicio igual de fuerte por lo menos: sus ojos se abrieron, los míos se extasiaron, volvimos a encontrarnos; ella no era novicia; yo tenía hacia ella ciertas obligaciones que era dulce pagar, es decir, suficiente para que nos entendiésemos.

Su servicio la retenía a menudo en Versalles; el mío, que en esa época empezaba, me volvía asiduo: ¡está uno tan desocupado en la Corte! El marido de la marquesa estaba en su regimiento; le dejaba un vacío. Yo me ofrecí a llenarlo.

En los primeros días de nuestra amistad fui a pasar algunos momentos con ella mientras esperaba a que el rey se acostase. Entre los hombres que formaban el círculo de la marquesa, me fijé en un gran caballero de Malta muy delgado, muy pálido, pero que se daba aires de intimidad; el tono áspero de la marquesa me convenció de que

era mi antecesor, y de que iba a ser despedido. Para ayudar a expulsarlo, le atacé, me burlé de él, él se defendió mal. Yo salí, él me siguió. Después de que el rey se hubiera acostado, me rogó que fuese con él a la sala de los suizos, asegurándome que tenía algo que confiarme. La noche era hermosa, paseamos; una vez llegados a un lugar bastante solitario, él echó mano de pronto a la espada; yo la agarré, se la quito y la lanzo a veinte pasos, con la mayor sangre fría del mundo; mi hombre, muy sorprendido, se enfada, y yo no hago sino reírme más. Finalmente le digo: «Mi querido caballero, creo vislumbrar vuestros motivos; vos estáis bien con la marquesa, ella os rechaza, pensáis que soy vuestro sucesor, y no os equivocáis; queréis que nos cortemos el gaznate, y yo soy muy sensible a esa muestra de amistad; pero francamente os diré que no me batiré hasta después de haber comprobado si ella merece la pena; tengo una reputación, no sospecharán de mí, ambos tomaremos, vos tiempo para reflexionar, yo para acostarme con ella; luego, si el corazón os lo dice, nos divertiremos...». Corro a recoger su espada, se la ofrezco, le doy las buenas noches y voy a acostarme.

El caballero se presentó en mi casa al día siguiente, admitió sus errores, nos abrazamos, y yo me dirigí a casa de la marquesa, quien, ya informada del fondo de la aventura, no me puso mala cara porque ignoraba los detalles.

Finalmente, los días se sucedían, la marquesa hacía el papel de coqueta, parecía querer excitar mis deseos y darme un verdadero amor. Estábamos en la estación de las pequeñas excursiones; sólo nos veíamos algunos momentos, y esos momentos eran tiempo perdido para mis proyectos. Todo aquello me aburría; estaba sin hacer nada, la acosé; conseguí una cita para el día siguiente, y algunos gestos muy significativos de ambas partes me anunciaron que sería lo que yo deseara que fuese. Me dirijo a la cita a la hora señalada; el rey estaba de caza; todo el mundo fuera; el castillo parecía un desierto. Pero ¿no estaba suficientemente poblado el aposento de la marquesa? Éramos dos: los deseos acudían en tropel, llevaban a los placeres... Palabra que no sé dónde se habría podido encontrar mejor compañía.

Los fuegos del mediodía abrasaban la atmósfera. Una luz bastante amortiguada reinaba en el tocador: se respiraba frescura, perfumes y voluptuosidad. Imaginad sobre una pila de cojines una mujer alta y bien hecha, con buena planta todavía; unas cuantas cintas galantemente anudadas son el único lazo que retiene la ligera gasa que la cubre: su pecho es bello, su figura bastante vulgar; pero sus ojos dicen lo que quieren; dientes bastante bellos, cabellos de un negro admirable, todo me invitaba: empiezan los preliminares; el recato habría sido enojoso. Aparto de ella y de mí unos velos importunos; con dos movimientos de mano preparo a la marquesa; me lanzo... ¡Dioses!... *La ola que me trajo retrocede asustada.*^[17]

—¡Eh!, ¿qué te pasa?

—Es que me... quizás el diablo... Me persigno y creo que el señor Satán ha venido a plantarse ahí en persona...

—Pero... ¿no es una ilusión?

—Joder, júzgalo por ti mismo... Un sable de ocho pulgadas alzaba su altiva cresta y prohibía el acceso. El granuja había pensado destriparme. La marquesa, sin desconcertarse lo más mínimo, lloraba de risa. Por fin me tranquilizo, examino y luego, dirigiendo la palabra al farisaico: «¡Ay!, le digo, yo había venido con la intención de metérsela a vuestro señor hermano; pero, bello caballero, a tal señor, tal honor...». Entonces me vuelvo, y le presento con toda humildad lo que Berlín reverencia y lo que el italiano inciensa... Rediós, en mi vida escape tan bien. La marquesa me atrae hacia ella... Un momento después...

—¿Qué?...

—Sí, pardiez, lo estaba, y completamente vivo.

Mientras, mi asombro cesa, y después de haber rendido ese tributo de admiración, coloqué a Pollaencoño de la forma que nos convenía a los dos. La marquesa era activa sin ser tierna: un temperamento ardiente la dominaba, la arrastraba; creía amar al objeto que tenía en sus brazos y, una vez apagadas las sensaciones y satisfechos los deseos, su corazón se agotaba. Diez años de Corte forman bien a una mujer; era intrigante, astuta, disimulada; tenía, en fin, el carácter de su estado. Por eso gozaba de una consideración que el temor a su carácter malicioso y maledicente le había ganado. Por lo demás, levantando descaradamente la máscara en el capítulo de costumbres, me exhibía con una falta de pudor que me hubiera hecho ruborizarme si aún fuera capaz de ruborizarme. Fingí discreción, reserva. «Vamos, me decía ella... Pero qué niño eres; todo es normal, amigo mío. Cuando empecé a vivir en este país^[18] todo me sublevaba. Salía del convento, era joven, bastante guapa; era pudorosa y de una torpeza inconcebible. Las mujeres me adiestraron; a los hombres les parecí mejor por eso; he ganado por todos lados».

Yo vivía en su casa como en la mía; nos acostábamos juntos; y como le parecía vigoroso, ella mantenía la situación. Pero el dinero no llegaba; pues ¿cómo sacarle dinero a una mujer de Corte todavía joven y guapa?... El diablo proveyó. Un día que, en el delirio de los sentidos, habíamos hecho, palabra, todas las locuras que el buen Aretino describió en su libro tan religioso,^[19] ¿no se enamora la marquesa súbitamente de mi trasero? Mi broma y el cumplido que yo había hecho a su señor animan esa idea. Quiere ejecutarla por las bravas... ¿Has visto alguna vez, amigo mío, a un loro defender su cola frente a un gato astuto y maligno?... Ahí me tienes, hago el salto de la carpa, corvetas, pedorretas... La diablesa no pierde el rumbo... Lo siento... ¡Ay, ay! «Pero, señora, es mi virginidad, palabra de cristiano.

—Pues bien, la pagaré con cien luises.

—¡Oh!, no, por todos los diablos, doscientos...». ¡Eh!, Joder, ya estoy... (me muero de vergüenza), ya estoy ensartado.

Tras esta bella hazaña, la marquesa me apostrofa...: *Rodrigo, ¡quién lo hubiera creído!*... Y yo, llevando la mano al pobre herido y haciendo una mueca lamentable: *Jimena, ¿quién lo hubiera dicho?*...^[20] Sus besos, sus caricias, sus locuras, el triunfo que se jactaba de haber conseguido, le comunicaban una alegría a la que no pude

resistirme: «Mira, malvada, le dije, me has hecho un daño horrible, pero te perdono». Sellamos la reconciliación de tal manera que no quedase la menor sombra de rencor.

El buen rey Dagoberto^[21] tenía mucha razón, no hay compañía tan buena que no haya que abandonar; mi intriga con la Pollaencoño duraba ya seis mortales semanas; además, me aprovechaba de su gusto heteróclito, y le costaba montones de oro. «Querido, me dijo un día, creo ya no nos queremos. Sigues pareciéndome adorable, quiero conservarte como amistad íntima; pero evitemos el hastío; a ti no te faltarán mujeres: eres joven, no quiero hacerte perder un tiempo precioso, y pretendo ser tu guía. Mira, te lo digo con franqueza, las mujeres de Corte, empezando por mí, son peligrosas más allá de toda ponderación, no les falta nada para agradar; y los hombres encuentran en nosotras la sociedad de la buena compañía y todos los vicios de la mala: vicios que, comunicados y prestados, facilitan entre los dos sexos una circulación cuyos efectos, infinitamente variados, casi siempre tienen por base, por motivos y por meta, la perfidia.

»Somos coquetas por tono, viciosas por carácter, el placer tiene para nosotras atractivo, pero gozamos por costumbre. Un amante nuevo puede estar seguro de gustarnos; hasta el punto de que todos los inviernos resulta que recibo a mi marido con una alegría increíble, y durante veinticuatro horas le prodigo las caricias de la pasión: cesa la ilusión, la venda cae, le reconozco, me reconozco a mí misma y nos separamos.

»El sentimiento es considerado entre nosotras como una quimera, hablamos de él con énfasis, con ingenio, con refinamiento incluso, precisamente porque nunca nos ha rozado. Tú debes triunfar aquí gracias a tu complacencia, a tu vigor y, sobre todo, a tu ciencia en el arte de la voluptuosidad. Conozco a veinte mujeres que se arruinarán por ti; les crearás un temperamento, o reanimarás el que les quede.

»Pero, amigo mío, ten cuidado con ciertos percances; menos honestas que las putas, damos sin delicadeza lo que nos han comunicado sin escrúpulo, y a menudo no valemos el arrepentimiento que causamos. Para evitar esos precipicios, que *las flores*^[22] que los cubren vuelven más peligrosos, deja a un lado la timidez, la delicadeza, porque te perderían, y aquí sólo se les darían nombre ridículos.

»El pudor es mueca, la decencia hipocresía, las cualidades se desnaturalizan, las virtudes están pintadas con los colores del vicio; pero la moda y las gracias lo embellecen todo, y sólo se aprecia el ingenio por la jerga que lo acompaña; en una palabra, de nosotras depende la fortuna, y somos tan ciegas como ella, porque a menudo un necio suelta de noche una opinión importante.

»Adopta, pues, una apariencia audaz, impertinente incluso en la intimidad; fuerza tus aventuras, sólo serás temerario en caso de flaqueza, y la única falta de respeto que no perdonamos es una falta de ortografía. Pero en público cambia de tono, haz tu cortejo asiduamente, prodiga los cuidados y los elogios; no es discreción lo que se te pide. Nosotras no tememos, amigo mío, la revelación de los misterios, salvo cuando no nos convienen...». La marquesa se detuvo. No estaba lejos su sofá, nos

despedimos de forma muy detallada, y al dejarla obtuve permiso de renovar de vez en cuando nuestro trato... salvo el de volver a ser empalado.

Heme, pues, libre; me introduje en los diferentes círculos de la Corte: lanzo sobre las mujeres que los componen una mirada curiosa y penetrante. Pero hice buena aplicación de los consejos de la marquesa. Llega la temporada de los bailes; me gusta la danza con locura, pero al no ser talón rojo,^[23] me estaba prohibida entre los altos poderes; la observación me ofreció compensaciones. Había obtenido permiso para ir a casa de una princesa que une, a muchísima inteligencia, el mejor tono y el corazón más sensible. La consideré idónea para inspirar un afecto duradero; pero demasiado prudente para exhibirse. A su edad, con todos los medios para agradar, ¡comprometerse!... ¡Eh!, ¿qué diría el amor? ¿Le ha confiado sus flechas para dejarlas en el carcaj, o para clavarlas en un solo corazón, como alfileres en el ovillo de su tocador? Consulté mi grimorio, y supe que no se podía reunir más generosidad, talento y astucia. Supe además que, como predicador excelente, sus preceptos no perjudicaban a sus placeres, y creí sentir que un poco de presión podía aumentar el precio.

—Pero ¿de quién se trata?

—¡Oh!, preguntáis demasiado, id al gran teatro cuando se represente *La gobernanta*,^[24] y la veréis representar un papel que su corazón estima mucho, y que le merece todos los aplausos.

Mezclados entre un grupo de hombres, hacíamos nuestra crítica de los bailarines. «¡Eh!, Dios mío, ¿quién esa personilla tan loca, tan extravagante? Está toda desgreñada, su miriñaque cuelga por un lado, todas sus ropas están en desorden... Y a fe que por eso me parece más guapa; todos sus rasgos están animados, sus gestos son violentos, todo bulle en ella.

—Es la duquesa de ^{***}, me responde el conde de Rhédon; ¿no la conocéis? Os presentaré; le gusta la música, le agradeceréis». Al día siguiente requiero al conde para que cumpla su palabra, y partimos.

A las seis de la tarde la duquesa estaba en bata; de un gorro de pliegues atravesado sobre su cabeza escapaban sus largos cabellos. Besar al conde, hacerme la reverencia, plantearme veinte preguntas y cogerme para ensayar el *pas de deux* de *Roland*,^[25] fue sólo cosa de un instante. Estuve frío en los primeros pasos; un movimiento muy lascivo que ella realizó como Guimard,^[26] me enardecí, me calentó, me hizo... (¡Ah, amigo mío, no hay nada más hermoso que un *pas de deux* cuando uno está empalmado!). El conde aplaude emocionado; ella exclama que yo bailo como Vestris,^[27] que tengo una pantorrilla como la de Dauberval;^[28] me hace prometer que iré a ensayar con ella, y me da carta blanca para los horarios; luego mi duende llama a las mujeres. El conde desaparece, yo me quedo; ella se pone un atuendo como para morirse de risa, me pide mi opinión; le retoco su atavío, y le doy un airecillo de granadero que le parece único... Se viste, sale; le doy la mano y me retiro.

«Pardiez, digo para mis adentros, ésta no tiene tiempo para ser malvada»; me acuesto; su cara de pícara me atormenta toda la noche. Me levanto lleno de ardor y corro a casa de la duquesa a las diez de la mañana; ella salía del baño fresca como una rosa. Una levita la cubre de pies a cabeza; traen el chocolate; quedo embadurnado de arriba abajo; ella salta a su clavicordio; su preciosa manita tiene toda la velocidad posible; posee gusto, un hilo de voz, sonidos deliciosos; pero en cuanto a alma... nada. Veo sin embargo que es susceptible. Cantamos un dúo; yo la presiono; la enternezco a pesar suyo; pierde la cabeza, su corazón se encoge; arranco de él un suspiro, la voz se muere, la mano se detiene, el seno palpita, mis ojos inflamados observan todos sus movimientos... ¡Cáscaras!, que se vaya todo al diablo; deja el clavicordio, me da un golpe, me pide perdón, hace un trenzado, se arroja enfurruñada sobre el sofá, y se levanta soltando una gran carcajada.

Por suerte para mí, llega Gardel,^[29] bailamos; observo con placer, sin embargo, que ella se toma interés: me alaba con afectación. Gardel se cuida de no contradecirla; antes de que yo me marche, me pide excusas, implora perdón, me ruega que le imponga una penitencia; mira pues desde aquí, verdugo, esa carita hipócrita; cojo una mano que cubro de besos; la otra me da una bofetada que un beso más osado repara al instante.

Al día siguiente vuelo a su casa en las alas del deseo; me había pedido algunas arietas nuevas, yo se las llevaba; estaba en la cama, una doncella abre su cortina, yo aparezco; a su lado, un sillón me tendía los brazos... Prefiero apoyarme en una consola que está a mi altura.

¿Dónde estás, divino Carraccio^[30]? ¡Préstame tus lápices para hacer el boceto de esta niña!...

Una cofia de aldeana cubre a medias su cabeza; sus rasgos no tienen la menor proporción; son unos ojos negros magníficos, la boca más bonita, una nariz respingona, una frente demasiado pequeña pero deliciosamente sombreada; dos o tres pequeños lunares negros como azabache asesinan a su gente sin remisión; su tez es menos blanca que animada, pero el carmín más puro no iguala el bermellón de sus mejillas y sus labios.

Después de algunas locuras dichas por ambas partes, le enseño mi música, ella me ruega que cante... Desplegaba yo toda la ligereza de mi voz cuando, de pronto, una sábana que se alza me descubre un seno de lirio y rosa... y la *cadencia bala*... Continúo: tan pronto es un brazo redondeado por el amor, como un muslo fresco, carnoso, una pierna fina, un pie delicioso los que, sucesivamente, se pasean sobre la cama e impresionan todos mis sentidos... Tiemblo, ya no sé lo que canto... «Adelante, pues», me dice la duquesa, con una sangre fría de la que no la creía capaz. Vuelvo a empezar, su maniobra continúa; mi sangre hierve, todos mis nervios se excitan y se irritan; pálpito, mi cara se inunda de sudor; la malvada a la que observo sonrío y sin embargo suspira... Un último salto la deja al descubierto por entero... Redió, mis ojos arden; tiro la partitura, hago saltar los botones que me molestan; me

lanzo a sus brazos; grito, muerdo, ella me lo devuelve, y yo sólo suelto mi presa después de cuatro redoblados asaltos.

La duquesa estaba desmayada, eso empezó a preocuparme; empleé un específico que nunca me ha fallado; mi lengua es de una volubilidad increíble; aplico mi boca sobre el botón de rosa que remata un bonito globo; un estremecimiento casi súbito me tranquiliza sobre su estado. «¡Dios! ¡Oh, Dios!, me dice saltando a mi cuello; querido amigo, lo has encontrado.

—¿Cómo? ¿Qué?, le digo totalmente sorprendido.

—Ay, un temperamento que me habían convencido de que no tenía». Y besos para empezar a jugar; las piezas de mi vestimenta cubren el suelo. Por fin, nos encontramos, como dice el precioso ridículo, *el uno cara a cara* con el otro; y os juro que mi duquesita no era de esas mojigatas que tienen miedo a un hombre completamente desnudo. Ella tenía dudas; había que aclarárselas. Cada nueva situación me descubría nuevos encantos. ¡Es desde luego el cuerpo mejor hecho del mundo! Carnoso sin ser gordo, esbelto sin delgadez, una agilidad de riñones que no pedía más que ejercitarse... ¡Eh, pardiez!, se la hice ejercitar de todas las maneras.

Me gusta mucho joder; pero como el buen Dios no ha querido que hallásemos el movimiento perpetuo, hay que terminar deteniéndose, porque *ese juego cansa más de lo que aburre*. Y mi duquesa sólo tenía una jerga, siempre la misma; y como yo había aminorado su fuego, ya no era más que un pequeño ser muy plano, muy monótono. ¡Cómo me gusta ver salir de una hermosa boca esas naderías que vuelven tan sugestiva a una mujer ebria de voluptuosidad! ¡Cómo una palabra bien colocada sabe subrayar el valor de una caricia y volverla más apasionante! Suprimid los preludios del placer, y las palabras mágicas que, haciéndonos salir del éxtasis, ayudan con tanta frecuencia a volver a sumirse en él... *El hastío bosteza con nosotros sobre el seno de las bellas*: el amor huye, el enjambre de placeres echa a volar, y nos dormimos para no despertar nunca.

Ésas fueron las degradaciones que sentí en casa de la duquesa durante quince días: nuestros inicios fueron demasiado vivos, y la saciedad llevó al hastío. En esa situación me encontraba cuando un día, al volver a mi casa, me entregaron un cofrecillo y esta pequeña nota: «Un instante me convirtió en vuestra amante, un instante lo ha cambiado todo; pero estoy agradecida, señor, a vuestras atenciones; os ruego que conservéis este cofrecillo, os recordará la imagen de una mujer a la que parecíais amar y que se reprocha no haber podido hacer más tiempo vuestra felicidad».

Enseguida vi de qué mano había salido aquella nota: la duquesa era incapaz de haberla dictado. Le respondí: «Vuestras bondades, señora, tienen derecho a conmoverme si vuestro corazón se ha dignado apreciar lo poco que valgo. He puesto en nuestra relación procedimientos cuya energía parecía complaceros; no siento despecho ni cólera. Para mí es más que suficiente haber tenido los honores del triunfo sin aspirar a los de la retirada; desde hace ocho días esperaba vuestras órdenes, y la

prueba de mi respeto es no haberlas prevenido. Vuestro retrato será para mí la prenda de la estima que concedéis a *mis talentos*. ¡Ojalá, señora, el afortunado mortal que me reemplace, os los ofrezca *más felices*! Tendré con ambos un compromiso de gratitud muy dulce: el de haberos obligado a sentir todo su valor».

Mi sucesor, hombre inteligente, no pudo aguantar, como yo, más que unos pocos días; ella lo ha sustituido por *un príncipe*, y realmente congeniaban en cuanto a moral; para lo físico, ella tuvo sus lacayos, es el pan cotidiano de una duquesa.

Una vez escrita mi nota, abrí el cofrecillo, donde encontré unos bellísimos diamantes y el retrato de la duquesa con gorro de baño: era impresionante, lo acerqué maquinalmente a mis labios. ¿Admitiré mi debilidad? Sacrifiqué una vez más a aquella linda autómatas, y mi capricho se difuminó con la libación que acababa de derramar en su honor.

Fui a casa de la Pollaencoño, a la que pertenecían mis días libres; además, habíamos contraído una amistad cómoda. ¡Oh, cómo gana esa mujer profundizando en ella! Realmente, por la forma en que me recibió (la recepción duró dos horas largas), creí que no me reconocía. Cuando estuvo en condiciones de escuchar, le conté mi aventura; el conde de Rhédon le había dicho algo; la catástrofe le gustó, la alegró, y estábamos en la crónica escandalosa cuando anunciaron a la señora de Sombreval y a otra mujer en cuya casa había desdeñado hacerme presentar, aunque por su linaje no debía ser olvidada. Me hizo la guerra con energía; respondí interesado, y pedí, por guardar las formas, permiso para cortejarla, que me fue concedido.

Concluida la visita, mi querida Pollaencoño me dijo: «Amigo mío, voy a perderte otra vez; se han decidido por ti. Para ella, eres un hallazgo, pórtate bien... Empuja... empuja.

—Ah, señora, ya sabéis vos cómo empujo; éste es el testigo... (ya supondréis el gesto que hice)». Ella me tomó la palabra, y el testigo se vio en *confrontación*. Nos separamos; mi querida marquesa me deseó buena suerte y yo corrí a prepararme para conseguirla.

Lleno de dorados como un cáliz, pimpante, cardado, perfumado con almizcle, me dirijo a casa de la señora ^{***}. La reunión era numerosa; tras los primeros cumplidos, un minuto de examen me puso al corriente de la asamblea: ocho o diez lechuguinos brincaban sobre sus talones rojos: viles aduladores de la dueña de la casa cuya mirada anhelaban; con sus aires sumisos, algunas sosas palabras procaces y lamentables risas maliciosas, festejaban a una docena de mujeres osadas en su actitud, impúdicas en sus palabras y, por lo que supe, también en su conducta. Mi maestro era un *monseñor*, a quien un buen obispado y dos abadías, arrendadas por cien mil francos, daban el privilegio de predicar la virtud en casa de las fulanas de la capital, o en las casas tituladas de la Corte, lo que viene a ser lo mismo.

«Ved a esa gorda baronesa, me decía él; su cara está iluminada, sus grandes ojos redondos están rematados por unas cejas negras, espesas, duras... Vive Dios que es

toda una mujer. Cocheros, lacayos, se lleva todo a la boca. Sin ser mala ama, los cambia a menudo; pero se preocupa por su futuro. La semana pasada colocó a dos en los Inválidos; también se las apañaba con su marido cuando no encontraba a nadie; lo convirtió en un pobre diablo; está extenuado; y en este momento se encuentra con los incurables.

—¿Quién es esa rubia alta y sosa?

—¿Cómo? ¿No conocéis a la condesa de Minandon?

—No, pero atormenta cruelmente mi abanico.

—Bueno, es que se hace la remilgada, pero, joder (observad que es monseñor el que suelta la palabrota), tonto será quien se fíe; hace seis meses me contagié unas purgaciones... La p... todavía me escuece.

—Ya veis, monseñor, lo que es *salir de su diócesis* (condón)... ¿Y quién es la que le habla al oído?

—La Asaltacuerpos, es la posada de los guardias del rey.

—Terminará en un figón; y cuidado con la sífilis». Estaba a punto de saber más cuando alguien dirigió la palabra a monseñor, y, al generalizarse la conversación, terminó nuestro aparte.

Uno de esos individuos bonitos que, con cara de muñeca, voz aguda y tono chillón juzgan, deciden y zanja, dominaba la conversación; hablaban de espectáculos. Varios autores fueron silbados, menospreciados o alabados de una manera que, os lo aseguro, debía importarles poco.

Finalmente llegan a la música. La señora de *** me increpa: «Señor, esto es de vuestra incumbencia; sé que sois muy aficionado.

—Yo, señora, no soy músico, mi único mérito es *escuchar bien*.

—Pardiez, querido, contesta el marqués de Fatuorgullo, en tal caso escuchadme a mí, y os rendiréis a mi opinión. Yo, yo estoy hecho para la música; tengo un tacto tan *mío* que no me engaña nunca, y sería cosa de fatuo sentir vanidad de un talento dado por la naturaleza. ¿Quién diablos se ha jactado nunca de sus orejas? (Observé que en este punto el marqués era modesto). Pero no me gusta el tal Gluck^[31] en absoluto; no hay nada que provoque la risa en su música, ni una pobre melodía que ayude a beber de un trago un vino de Champaña. Hay que descomponer a ese hombre para encontrar dos o tres frases con las que hacer un rondó. Vuestro Piccinni no entiende en absoluto de armonía, y de no ser por la melodía de *ballet* que baila Guimard yo habría silbado su *Roland* de principio a fin.

—¿Al señor no le gusta la obertura de *Ifigenia*?

—Eh, qué va, querido, no, eso me pone la carne de gallina. Habladme de la del *Desertor*:^[32] eso sí que es una obertura; se canta de corrido como un *Pont-Neuf*. Floquet^[33] os hace unas óperas preciosas, yo le defiendo contra viento y marea, y, pardiez, no comprendo cómo al patio se le ocurrió silbarlo mientras yo aplaudía con el gesto y con la voz; sus bajos siempre hacen un segundo tiple; es cierto que el violín dice lo mismo, pero eso refuerza la armonía... Esos animales de bailarines pretenden

que sus aires de *ballet* no pueden danzarse, pero estoy convencido de que son bailables a más no poder.

—Quizá quieran algo más ligado, más voluptuoso.

—Sí, más aburrido... Pero lo que a mí me apasiona es el *allegro*.

—Señor marqués, eso cansa muy pronto». Una sonrisa de la señora de ***, y un poco de apuro por parte del marqués, me demostraron que el tema estaba agotado. Por mutuo acuerdo de las partes la conversación acabó. Yo me retiré antes de la cena; pero la señora de *** encontró un momento para citarme al día siguiente durante su *toilette*.

He olvidado describiros su figura. La señora de *** tiene treinta y ocho años; no los oculta. Bastante blanca; su piel es singularmente fina y lisa; el óvalo que forma su rostro sería redondeado si tuviera algo más carne; unos ojos bastante bellos dicen sin melindres lo que quiere expresar; su boca está bien, es grande; pero su talle, demasiado largo, no está suficientemente marcado; su pecho es demasiado estrecho, su busto pequeño, colocado como en las mujeres de calidad, es decir, un poco bajo, pero firme y sobre todo de una susceptibilidad que la hace estremecerse; los brazos y las manos son demasiado delgados, la pierna está bien, el pie es delicioso. En público, sus palabras son concisas, concretas y con pretensiones... Eso le dijo el rey... Esta noticia me viene de las señoras... Los ministros son amigos suyos. Algunas veces les da lecciones y siempre consejos. ¿Le contáis un asunto? Ella os descubre los resortes secretos. ¿Que se concierta un matrimonio? Es ella la que presentó a la novia, la que protege al novio: lo sabe todo, domina todo, ha visto todo, adivina todo; promete su favor, ofrece su protección, tiene audiencias, un secretario, oficinas, un tasador, un tesorero y hombres de negocios.

—Pardiez, harás fortuna con una hembra como ésa. Espera favores, pronto los repartirás.

—Apuesto a que vas a pedirme *el honor de mi protección*... De rodillas, rediós, y démonos prisa. Voy a tomar posesión de mi empleo, y te ofrezco mi supervivencia...

Llego a casa de la señora de ***, me reciben como a un hombre esperado; la *toilette* transcurre en medio de galanterías por mi parte, de defensas por la suya; hago volver la cabeza a las doncellas que nos controlan: terminan por echarse a reír, y su ama pierde la seriedad.

Por fin nos quedamos solos... Joder, valor, creo que la timidez se apodera de mí... Un sofá recibe a la señora de ***, yo me coloco a sus pies. (Siento una gran ternura por los sofás). «De veras que doy un paso muy poco frecuente, me dice ella.

—A mí me parece algo muy natural.

—Me creía al abrigo de ciertas debilidades; y el rango que ostento...

—De veras, señora, es un rango muy favorable a ciertos apaños.

—Pero ¿qué pensarán?

—Que os adoro, y que soy lo bastante afortunado para no desagradaros.

—Tengo planes sobre vos, mi querido amigo.

—Mi dicha será cumplirlos.

—Poseéis inteligencia, ardor.

—Ah, señora, ¿podría faltarme a vuestro lado? Vos electrizáis la naturaleza... (Ella se electriza, pardiez, su frente se colorea, sus ojos brillan, su mano tiembla... ¡Amor!... ¡Amor!... Ven aquí, granujilla).

—Tenéis un vestido muy bonito.

—He creído que este color os agradaría; lo llevaré mucho tiempo... ¡Dios mío!, estas cintas son de una novedad (y la hilera de nudos va deshaciéndose).

—¿Qué hacéis? Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Qué dirán mis doncellas?

—Ay, señora, estamos perdiendo un tiempo... Un tiempo que podría emplearse mejor.

—¡Santo cielo!, ¿y si entrase alguien?

—Peor para los curiosos (y las manos siguen avanzando, y la boca se apoya en un seno que brinca bajo los lengüetazos).

—¡Ay!... ¡ah!..., dice ella cambiando de nota, pequeño demonio, me has vencido...». Las grandes palabras ya están dichas; mi pegaso desembrida, la ciudad se ha rendido, y mi encantadora señora está jodida; pero la espero en el segundo polvo. Aprieto, empujo, monto; rediós, se retuerce alrededor de mí como una serpiente; ni un movimiento se pierde. «¡Ah!..., ¡ah!... amigo mío... el... ¡ah!... el duque no lo hace mejor que tú... El príncipe me habría fallado ahora... El embajador nunca me ha hecho correrme tanto...». (Que me lleve el diablo si no pensé que iba a pasar revista a toda la Corte). Cuando quedamos bien convencidos de que no teníamos ya nada más que hacernos, reanudamos la conversación. La señora de *** abandonó aquel aire de dignidad que siempre le había visto... Yo era un amante dichoso; ella me concedió todas las prerrogativas.

Como no podía hacer mi cortejo mejor que hablándole de su influencia, supe hacerle hablar sobre ella. Por otra parte, estaba interesado en descubrir sus secretos, sus estratagemas, sus maniobras; no perdía de vista para nada mi principal objetivo, ¡mi querido dinero!... Mis conocimientos debían guiar las maniobras que podían hacerme sacarle partido. El primer momento de un goce que sé volver impetuoso y brillante a voluntad, había aturcido a mi adorada. Pero las mujeres devoradas por la ambición son insensibles al placer, la vanidad y la intriga absorben todas sus facultades. Entregadas sin cesar a la envidia, al odio, a los venenos de una, a los puñales de otra, apartan a un lado los amores. Por lo tanto yo no debía esperar más que un placer frío, inanimado; no podía preciarme de cautivarla por los sentidos, sino por sus palabras; reconocí en ella suficiencia, mucha estima por sí misma, una vanidad sin límites, y por consiguiente una imaginación limitada, nada de miras, o miras cortas; ningún plan fijo... En ese momento se formó el mío de someterla, de dominarla, de servirme de ella para mi fortuna, o de plantarla allí mismo si no me servía para nada.

Quince días seguidos me bastaron para tener éxito. Logré hacer que la señora de

*** apreciase mis proyectos; adoptó mis ideas, creyendo servir sólo a las suyas; su secreto estuvo en mis manos sin que yo le permitiese disponer del mío. Eso no era todo: ella tenía negocios, era necesario que me convirtiera en su dueño... Me bastaba con quererlo... Todo fue puesto en mis manos. Desde entonces, me volví el árbitro de los contratos; corregí la tarifa (no, como bien comprenderéis, para rebajarla), mis honorarios no fueron olvidados, y mi patrona compartía conmigo además lo que mi conciencia bastante cómoda me inducía a restituírle.

Demasiado sensato para exponerme a plena luz, había previsto que todo esto terminaría mal; que la señora de *** recibiría el castigo a sus exacciones; por eso no quise ningún cargo. Hacer y no aparecer, ésa es la astucia de la gente hábil. Antes de contaros la catástrofe, os debo dos o tres aventuras dignas de ser subrayadas entre la multitud de ellas que pasaron ante mis ojos.

El abate Ricaneau, conocido en toda la tierra, postulaba desde hacía mucho un beneficio. El que tenía era, sin embargo, bueno; pero el querido abate, dotado de virtud prolífica, hacía regularmente cuatro niños todos los años, y, por principio de conciencia, pagaba los meses de nodriza antes de enriquecer la colección de niños abandonados. Le indicaron nuestro despacho, vino a verme, su demanda me pareció sencilla, sus motivos excelentes; le pedí un memorial muy detallado; al día siguiente me lo trajo, y masculló un cumplido para ofrecerme una bolsa cuya raquílica apariencia me hizo fruncir el ceño. «Esto, señor, le dije sopesándola, es para los gastos menudos... Regalos al portero, al ayuda de cámara, al chulo, al secretario». Temblando, el abate no se atrevió a contradecirme... Examiné el memorial; encontré en él dificultades... Me rogó que le ayudase, que lo completase. «En tal caso, abate, tomáis una sabia decisión; queréis una abadía de doce mil libras de renta... Sois amigo mío... mil luises, y es vuestra». Él protesta. «¿Cómo, señor?, pero si eso no es más que una bagatela... Estoy enfadado, no puedo hacer nada por vos; aunque me rompáis la crisma...». (Llamo). ¿No ha preguntado por mí el ministro? Ya supondréis la respuesta... Cojo mi sombrero; el abate me sigue; lo trato mal; él se ofende; hablo más alto que él y le amenazo con informar sobre su conducta en su hoja... [34] Murmuro *cartas de prisión*... Huye; todavía está corriendo, y yo me quedo con la bolsa, en la que encontré cien miserables luises que el bribón imaginaba que debía pagar a una mujer como la señora de ***.

Pocos días después me anuncian a una mujer muy guapa; mis ojos se animan; pedía para su marido el cargo de lugarteniente del rey comprado con veinte años de servicio y de heridas. ¿Creéis que va a hablar en mi pecho la generosidad? Pardiez, no os equivocáis; empiezo con todos los signos que mejor podían marcar mi benevolencia. Al principio fue tímida; luego se acostumbró; nos acostumbramos y nos volvimos tan familiares en menos de una hora que no hicimos más que una sola carne.

—¿Cómo? ¿Te la tiraste?...

—No, a otro se la voy a regalar... Rediós, ¿nunca dejarás de ser necio?... Es una

de las que mejor he visto menearse en mi vida... Para ser provinciana, esa mujer tenía verdadero talento.

—Por lo menos te ocupaste de su asunto sin pedirle dinero.

—¡Oh!, eso era justo y acordamos solamente que escribiese a su marido para que depositase diez mil libras en un notario, que las entregaría a la vista del despacho. A ella le ofrecí una cajita de oro que un granuja que quería unas cartas de nobleza me había regalado por la mañana: valía veinticinco luises. Ya veis que soy generoso. Suponía más que el interés de su dinero.

Nuestros asuntos iban bien. Bajo mi feliz mano el cobre se convertía en oro; la señora de *** me adoraba; se acostaba con el universo; pero yo era el favorito, porque tenía la bolsa. Sin embargo, algunas veces sentía escrúpulos de conciencia; ella me los curaba enseguida; esto habría podido tener consecuencias para su cocina. Me concentré únicamente en ponerla siempre por delante, en no aparecer yo nunca, a fin de lavarme las manos cuando ocurriese algo.

Hice bien... Esto es lo que pasó. Una joven rica tenía un amante.

—¡Bonito principio! ¡Eh!, ¿dónde está la tonta que no tiene más de uno?

—Un marido celoso.

—Vaya, hombre, ¡qué cuento!

—Palabra de honor. Estos originales son raros, pero todavía hay algunos para la conservación de la especie. Al susodicho animal le parecía mal que su mujer se acostase con un representante. Como ella sólo podía suponer que estaba loco, tomó la sabia decisión de hacerlo encerrar; vino a proponérmelo, y sobre todo a evitar algunas pequeñas formalidades embarazosas que habrían podido retrasar, e incluso impedir, un proyecto tan bien planeado. La señora de *** la alaba hasta el infinito, sobre todo porque la mujer hacía bien las cosas; aseguraba a su marido seiscientos francos de pensión y lo vestía muy decentemente.

Le pedí algunos pequeños testimonios hechos por esas manos hábiles que no se ruborizan más que el papel que emplean, y fijamos todos los gastos en diez mil escudos; era desde luego un buen precio. En fin, ocho días después, el despreciable marido fue raptado sin ruido, enjaulado y encarcelado por orden del gobierno. Su mujer lloró, reclamó, armó bulla (pero de lejos). Le hice el favor de imponerle silencio, y no le costó mucho guardarlo.

¡Quién diablos no hubiera creído resuelto el caso! Aquel viejo granuja debía reventar, o al menos volverse loco; tenía el diablo en el cuerpo; no hizo nada de eso. Cierta magistrado (el señor L. N., jefe de policía)^[35] fue a inspeccionar la prisión; yo no le había hecho partícipe del complot. Este hombre chapado a la antigua piensa en ser virtuoso, en tener en el corazón esa humanidad que los demás sólo tienen en la boca; compadece los sufrimientos del culpable, pero daría su vida por salvar la de un inocente. Informó al ministro, y éste, en un momento de indignación, tal vez de temor, pronunció el nombre de la señora de ***, proclamó el engaño. (¿Por qué no lo habría hecho? ¡También yo lo proclamaba!). Ella fue sacrificada, perdió su puesto y

corrió a sepultar en sus tierras su vergüenza y nuestros amores.

¿Pensáis, querido amigo, que tal vez vaya a colgarme?... Ni hablar, voy a contar mi dinero... Veinte mil escudos contantes y sonantes, brillantes, joyas... Palabra que lamento el destino de esa pobre mujer; me habría servido de mucho... ¿Pagaré mis deudas?... Ni hablar, trae mala suerte; además, ¿piensan esos granujas de usureros que voy a darles mi sangre, mi sustancia más pura, para que la devoren?... Que esperen a mi matrimonio o a mi testamento... Pardiez, estas tristes ideas me han dejado sin valor... Vamos, vamos, volemós al Potosí, busquemos alguna mina nueva, ¡y que el oro corone mis pasiones!

Una fiesta de gala había reunido a la Corte y a la ciudad: mis ojos vagaban por los allí presentes buscando un objeto que los atrajese: fueron distraídos unos instantes por figuras pícaras y pesadas... ¡Oh Satán!, *vade retro*... Ya estaba sintiendo que mi corazón se abría y mi bolsa se vaciaba... Por fin llega con ruido la señora de Culoalegre: su condición la obliga a asistir al espectáculo; de no ser por eso, es demasiado honesta para buscar el placer en público. Situado en el palco en el que ella entraba, fui lo bastante afortunado para que mis deferencias no quedaran sin efecto. No es que su figura me tentase... Imaginaos, amigo mío, una cabeza, un cuello, un cuerpo y un culo todo de una pieza; haced de todo eso un paquete vestido como un adefesio; añadidle unos brazos groseros y de color azul púrpura; agregad unos muslos gruesos, unas piernas feas; perforad en su cara unos agujeros extrañamente situados para hacer de ojos; uno de ellos, inmenso, anuncia el enorme tamaño de otro sitio; embadurnadlo de colorete y de tabaco; colocadle una peluca desgredada, y encima unas plumas, gasas, cintas, diamantes... Así era la condesa física.

—¿Y la condesa moral?

—Joder, no hablemos tan alto... Habéis de saber que es una gran dama; es alta como el tiempo (aunque aún no sea tan antigua); ante ella, sus criados se ponen tan cuerpo a tierra como ella ante los poderosos; ella *monseñoriza* a su carroza, a sus caballos, a su marido, a su padre, a su abuelo incluso; pero no se remonta más alto porque teme las caídas. Por lo demás, malvada, agresiva, impúdica con descaro, testaruda hasta el arrebató y siempre con tontería; devota con ostentación... Cada uno de sus criados da en la colecta un escudo que ella les reparte; para ella, el oro siempre brilla en su hipócrita ofrenda...

—Pero ¿qué quieres hacer con semejante monstruo? —¿Que qué quiero hacer? ¡Pardiez, bonita pregunta! Saquearla violentamente, sorberla, y burlarme de ella mientras la follo.

El espectáculo terminó tarde; me invitó a cenar en el tono con que se da una orden. Yo estaba al corriente, la humillé, me confundí; sin ofrecerle la mano, la dejé pasar a la salida; la vi entrar en su silla, que escoltaban cuatro lacayos con la cabeza descubierta, y me dirigí a su casa.

La reunión era ceremoniosa, y, por consiguiente, muy triste; la cena fue de un envaramiento fastidioso; se comió poco; se habló menos; del despertar y del acostarse

del rey, de la caza, de algunas noticias trilladas, recitadas con voz cansina... La sesión concluyó con homenajes a la señora, pero no para mí. Como en casa de la condesa todo se hace de manera ordenada, un ayuda de cámara me había avisado de que la señorita Pajillas tenía que hablarme antes de que me fuese (no os asombréis de ese nombre, es la primera doncella de la condesa).

Después de haber hecho un cumplido a ésta, me dirigí a ver a la susodicha, que sin rodeos me anunció que esa noche yo estaba destinado a los placeres de la señora, y que a ella se le había ordenado prepararme. «Pardiez, encanto, le dije, no me esperaba yo tanto honor; pero hágase lo que queráis». Entramos en un gabinete de baño donde encuentro todo dispuesto. Pajillas cierra la puerta tras de nosotros y me ayuda a desvestirme... Yo vacilaba en quedar absolutamente desnudo ante aquella chica tan hermosa, y que no tenía más de veinte años, cuando ella me dijo: «¡Eh!, señor, démonos prisa, tengo que prepararos.

—¡Ah!, ¡joder, señorita!, y yo que trato de...». La planto sobre la alfombrilla de la bañera y la follo... El juego no le desagradó; y a mí me divertía bastante... Sin embargo, hubo que pensar en la preparación... Pajillas entró en la misma bañera que yo, diciéndome que la había ensuciado y advirtiéndome que se acostaría con nosotros... Ese proceder me pareció nuevo; pero la diablilla guardó silencio ahogándose de risa... Por fin, una vez bien lavados, bien secados y bien perfumados los dos, ella escapó por miedo a una nueva polución, y cinco minutos más tarde vino a recogerme.

Llego al dormitorio; la condesa ya estaba en la cama, me tiende una mano que beso con tanto apasionamiento como si ella fuera hermosa. Me coloco a un lado, Pajillas al otro. La condesa estaba más humanizada; pero el *decorum* persistía... Como prueba: «Corazón mío, le dijo a Pajillas, mirad si está empalmado. (La pequeña me toca... y, rediós, se me levanta en ese mismo instante...).

—¡Ah!, señora, como un ángel», exclama Pajillas. Entonces Culograto da media vuelta a la derecha y me presenta... Adivinadlo.

—¿Qué?

—¡Rediós, qué idiota eres!

—Palabra que no lo sé.

—Su culo.

—¿Su culo?

—Sí, joder, su culo... Un enorme montón de carnes fofas y colgantes... Me desempalmo en el acto... Pajillas, que lo sospechó, me presta con una mano su ayuda y con la otra encuentra el pozo; me meto en él rechinando los dientes... Y ya iba por la mitad cuando aún no me lo creía... *Ô altitudo!*... Pajillas había vuelto a su sitio; su ágil mano masturbaba a la señora con todas sus fuerzas mientras yo la montaba sudando en mi arnés... Se acerca el momento de correrse... ¿Alguna vez os ha despertado el crujido de una puerta mal engrasada sobre sus goznes oxidados?... Así era la pasión de mi beldad, y las dulzuras que me soltaba... Sin embargo, cuando

aquello hubo terminado y se dio la vuelta, me hizo el favor de besarme... ¡Puaf!... Palabra, prefería lo otro. Por lo menos estaba perfumado, mientras que la boca le había robado su sabor.

Tras un momento de conversación, hubo que volver a empezar; la misma ceremonia; sus hábitos eran uniformes, y, que el diablo me lleve, después de joderla ya no la encontraba tan ridícula. Pero hay una historia distinta: me coloca entre ella y Pajillas; me da la vuelta como en Berlín, admira mi rabadilla... Tuve la impresión de estar en el segundo volumen de la Pollaencoño... No, bastó para librarme del miedo... De pronto, por inspiración: «Gatito, me dice, ¿quieres follar a Pajillas?». Pardiez, acepto la proposición... Pero noto que me hurgan... Rediós, la muy zorra estaba metiéndome el dedo en el culo, su infame dedo gordo que me sondaba con energía. Si me dejaba joder a la pequeña era para hacerme tragar esa píldora; y lo cierto es que no me molestaba... Culograto no se cansó hasta que yo quedé rendido de fatiga: empezaba a amanecer; la dejé descansar retirándome. Se me recomendó el secreto de la manera más concluyente, y lo he guardado.

Los días siguientes estuvieron marcados por las mismas aventuras. El oro me compensaba, porque ella lo derramaba en abundancia. Pajillas animaba mi valor y me hacía empalmarme. Por otra parte, la condesa no era menos devota, ni menos impertinente, incluso cuando estaba conmigo.

Mi etapa terminó, ella se fue a las aguas de Barèges tras colmarme de presentes, pero con ese aire que les quita todo el mérito; y yo volví a París.

Una vez de regreso en esa Babilonia que si encierra más corrupción que cualquier otra parte sólo es porque tiene más gente (porque los vicios, al concentrarse, producen otros nuevos), durante ocho días fatigué caballos y lacayos para inscribir mi nombre en las casas de todas las coquetas y granujas de París. Transcurrieron quince días sin aventuras curiosas. Me ganaba el aburrimiento; jugué, perdí, y desde entonces abandoné ese medio de conservación que habría devorado mi oro. Para conservarlo sólo había un medio, la huida. Era un remedio violento, y yo dudaba.

El sol ya doraba las mieses, las gracias se retiraban a los boscajes; todas las mujeres volaban al campo, unas por no saber qué hacer, otras por hábito; y otras por poner en práctica una revolución. Ejemplos tan grandes me decidieron; algunas breves excursiones prepararon mi retiro; revoloteé; pero a menudo no como la industriosa abeja, pues no sorbí más que jugos soporíferos; y el aburrimiento me hizo bostezar sin ayudarme a dormir.

Conocéis, como yo, esos palacios encantados que el Sena contempla en sus orillas a lo largo de su tranquilo curso... ¡Ay!, un arte cruel nos sigue persiguiendo allí; ahoga la naturaleza creyendo embellecerla. La aburrida simetría ha dibujado esos parterres esmaltados de arenas estériles, y esos tristes cuadros de césped despojados de su verdor... Murallas de cenadores no permiten a los céfiros acariciar el seno de Flora, la rosa se marchita sin honor en esos jarrones que la molestan, para reunirla en ramos. Largas alamedas parecen ofrecerme un punto de vista delicioso sólo para

aislarlo y volverlo monótono... Entro en un bosquecillo; en él, unos arbustos fatigados prestan a regañadientes su sombra; cadenas de hierro esclavizan sus ramas curvadas; la madre selva no trepa entre el follaje; el tulipán carece ahí de color; la violeta de perfume... Huyo a un bosque... ¡Cómo!... Siempre la industria, nunca sorpresas... La mano del arquitecto ha decorado estas salas tristemente magníficas; la regla imperiosa ha trazado sus contornos; la podadera y la hoz han mutilado a las dríades gimientes para redondear esas columnas, o formar anfiteatros... Oigo el rumor de las aguas... ¡Ay!, la náyade llorosa ya no hace fluir sus aguas plateadas; mil canales aprisionan su onda; unas formas extrañas, unas bocas de bronce la lanzan al aire; vuelve a caer rota en esos estanques en que se pierde sin poder regar el bosque que la desea... ¡Oh hombres!; vuestro despotismo ¿ha de reducir todo a esclavitud?... Vagabundeo por los recovecos de un laberinto trazado a compás; la ligera curruca y el alegre pinzón no encuentran allí asilo para sus amores. Sólo Filomela deja oír algunas veces los sonidos de su dolor;^[36] y por la noche, cuando Febe^[37] hace reinar la calma y el silencio, el triste cuco presagia al dueño de estos lugares sus altos destinos.

¡Qué lejos estoy, gran Dios, de esa dulce melancolía en que el alma enternecida pierde el sentimiento doloroso de sus penas! ¡En que las lágrimas, involuntarias, pero preciosas, alivian el pecho oprimido y refrescan los párpados!... Estoy triste: mis pensamientos tumultuosos se agitan, chocan entre sí, se confunden; vuelvo con paso lento, aire soñador, la cabeza inclinada... Entro en un salón brillante de oro y de espejos, me reflejan veinte personas que colocan una alfombra verde... ¡Oh, nueva fuente de aburrimiento, de consunción!... Regreso a la ciudad. Toda la velocidad de mis caballos no es suficiente para mi gusto: nada más llegar querría estar en otra parte; busco con ardor objetos nuevos... ¡Ah!, no los hay que puedan curar un corazón hastiado de todo.

Tratemos al menos de distraerlo... Huyamos, huyamos de la perfidia de las cortes, del tumulto de las ciudades. Busquemos un retiro... Lo he encontrado; vuelo hacia él en las alas de la esperanza y del deseo.

En medio de esas ricas comarcas que el Marne indócil fertiliza en su curso, se elevan unos muros contruidos por nuestros antepasados; su magnífico aspecto parece anunciar la morada de los reyes... No, es la tranquila morada de las respuestas preferidas por el dios de la paz... Es la abadía de ***; su abadesa es la tía de un amigo mío... Soy anunciado por él como un hombre adorable. Soy deseado; llego... El ruido de un coche que llega al galope, todavía más el de los lacayos, que creen honrar a sus amos con su alboroto, habían creado expectación. En el convento todo se pone alerta; la Discreta^[38] se prepara para ejercitar su lengua... «¡Un hombre de Corte! ¡Las cosas que va a contarnos!...». La guapa monjita se arregla su ligera toca con arte, con coquetería... Todas quieren agradar; todas vuelan al locutorio. La madre depositaria^[39] es enviada para hacerme los honores: unos cumplidos agradables y generosos me demuestran que las han predispuesto en mi favor.

Por fin la madre abadesa llega a la reja, y el enjambre desaparece por discreción y

por respeto. ¡Rediós, qué deliciosa figura!... Lee su retrato, lee y muere de envidia.

Apenas ha alcanzado su quinto lustro; la flor de la salud se une en su rostro a la de la juventud. Una tez brillante, los ojos más bellos del mundo negros como azabache, una boca agraciada y bordeada de rosas; unos dientes de marfil que una encantadora sonrisa permite admirar... Y además, un tipo de coquetería desconocido en sociedad, reservado para el claustro. Su hábito, hecho de una gasa diáfana, cae en largos pliegues; un cinturón dorado parece ideado menos para señalar su dignidad que para lucir un talle divino. Forma su banda la más blanca de las batistas; su toca se repliega para dibujar las sienes y redondear más un óvalo deliciosamente trazado; escapa luego y vuela al capricho de los céfiros; mil amorcillos que anidan aquí y allá entran, salen, desgreñan todo; y el conjunto no parece sino mejor.

—No estarás pensando en escribir el segundo tomo de Abelardo.

—Palabra que no lo sé... Pero aunque tuviese que cantar con voz clara, joderé a mi encantadora abadesa, ya veremos por qué. Los cumplidos fueron lo que debían ser; muy bien compuestos por parte de la monja, y galantes por la mía. No tardamos en trabar amistad; yo aportaba novedades, y la abadesa era demasiado instruida para no darse cuenta de que mi alma estaba en mis ojos... aunque no estaba muerta en otra parte, rediós, y yo estaba empalmado hasta el dolor. ¡Sublime efecto de la virtud! ¡Vírgenes inmaculadas! Los santos corpúsculos que exhalan de vuestras blancas tetas han agitado y hecho mella en todos mis sentidos... ¡Ojalá pueda reunir todo el vigor de un carmelita en sus primeros años y volver a trazar en vuestros c... penetrados el valor y los asaltos del padre Tapedru^[40]!

No hablaré de las fiestas que dieron en mi honor, de los conciertos en que participé. Mi voz viril y sonora, mis acentos marcados se mezclaron con los de las tímidas muchachas... Como un sátiro desvergonzado deslizándose en medio de las ninfas, comienzo por sorprenderlas; en vano intentan huir; una poderosa atracción retiene sus pasos; si se vuelven más vacilantes es por obra del deseo... Y los gritos que las bellas lanzan después no son de susto.

¡Oh amigo mío! ¡Qué hermoso estar en medio de un serrallo donde veinte monjitas se disputan el premio de la belleza! Sus ojos, menos incitantes que los de nuestras mujeres, respiran una languidez tierna. Varias, incluso, todavía inocentes, sienten impulsos hasta entonces desconocidos... ¡Dioses, qué expresión tan conmovedora!... ¡Follemos, follemos!... ¡Oh p... mía, despliega tus resortes de hierro! ¡Que todo ceda a tu poderoso empuje!... ¡Evohé, amor!... ¡Evohé, Príapo^[41]!

Me acosté rumiando para mis adentros estos grandes proyectos. El muaré tapizaba la habitación, el gusto la había aderezado, la sencillez, la limpieza escrupulosa reinaban en ella, y la indolencia descansaba sobre el plumón más fino. No dormí; estaba encantado, embriagado... Una ligera indisposición, quizá fingida, retuvo en el lecho a la madre abadesa al día siguiente. Tuve permiso para ir a cortejarla a su aposento... ¡Cómo me puse!... ¡Oh, Cielo, cómo me puse! Estaba hermosa como un ángel, y de la belleza más conmovedora... Hasta olvidé el motivo

de mi visita; me tendió la mano, mientras se interesaba por mi salud; besé aquella mano con un fuego, con un ardor... La abadesa suspiró... Otro suspiro fue mi respuesta... Estábamos solos, sus ojos semicerrados, sus largos párpados abatidos; la turgencia, la palpitación de su seno de alabastro que aún cubría un importuno velo, todo parecía enardecerme... ¡Ay, yo era tímido!... ¡Julia, Julia! Así brotaron los primeros transportes de nuestra llama... Me postré a sus rodillas; mis labios ardientes cubrieron aquella mano que yo no había soltado, que no habían tratado de arrancarme... ¡Dioses! Se desmaya... se muere... Me dejo llevar por el primer impulso... Grito... Llegan sus mujeres... Sales, agua... olores... Todo está en mis manos. «¡Son los vapores de la señora!, exclama una ayudante.

—¡Ah, jodido animal! me dijo a mí mismo... Pero, joder, no es su último acceso». Al cabo de medio cuarto de hora vuelve en sí; está pálida... pero con la palidez de las amantes; algunas lágrimas han mojado sus bellos ojos... ¡Qué conmovedores son! Parecen implorar... Volvemos a estar libres... «¡Ay!, dice, qué desgraciada soy; estos espasmos violentos me dejan destrozada... no se puede adivinar su causa...». Mira el rubor que colorea sus mejillas; su pulso se anima; mi corazón palpita; me acerco más... Unos cojines desordenados me ofrecen un pretexto; me atrevo a adelantar mi mano para volver a colocarla, para sostenerla... Un movimiento me entrega su pecho... Es el de Polignac...^[42] Se apodera de mí la embriaguez; presiono su boca con mi boca amorosa; mi lengua le hace sentir estremecimientos voluptuosos; avanzo hacia el santuario; un dedo penetra en él... tiembla, ese temblor lo conmueve más... Ya está... Lo he reemplazado... ¡Dioses! ¡Dioses! ¡Qué goce!... «Oh salvador mío, dice ella, ¡ah!... ¡ah!... ¡Oh dicha!... Ya puedo morir... ¡Mi dulce Jesús!... ¡Ah, querido amigo!... Me muero...». Las sensaciones eran demasiado vivas, demasiado numerosas, demasiado nuevas... Mi alma no podía contenerlas, me desmayé muy en serio... Asustada, mi abadesa llamó sin duda a su confidente; volví en mí en sus brazos; los besos de mi encantadora abadesa me devolvieron a la vida; pero, al mismo tiempo, me pusieron de nuevo en un estado tan firme que, prudentemente, la Discreta juzgó que yo ya no necesitaba su presencia. La abadesa y yo nos repetimos más de una vez juramentos de amarnos siempre, y siempre la prueba de convicción les seguía de cerca.

Se me prodigaron los jugos, los reconstituyentes más activos. Pasé la jornada como la mañana, y la noche fue igual de feliz. Los días siguientes me prepararon entretenimientos innumerables: caza, pesca, mil y mil juegos... Tantos placeres me unían todavía más a mi abadesa; ella era voluptuosa, pero carecía de arte, de refinamiento; mis consejos la agradaban; mis lecciones la encendían; ella ganaba mucho así, y yo no perdía. Su hermoso cuerpo esbelto y flexible, sus miembros delicados se enlazaban, se plegaban sobre los míos, y sólo en mis brazos disfrutaba ella el reposo... De buena fe, le habría sido fiel; pero la humanidad se oponía. Otros jóvenes corazones suspiraban en secreto por mí: ¿debía dejar que se consumieran, que se marchitaran?... No, soy demasiado compasivo. Mi trato con la abadesa estaba

regulado; y le entregaba las noches y empleaba los días en otra parte. Dormitorios, celdas, todo estaba abierto para mí, y lo aproveché. Si no recuerdo mal, la primera a la que follé fue una discreta.

—¿Una discreta? Estás de broma.

—No, pardiez; era nuestra confidente; una mujer madura de quince a cincuenta y cinco años.^[43] Ocurrió así; ella estaba encargada de mi desayuno. Un día en que, arrebatado por la caza, no llegué a mi hora habitual, volví en el momento en que la buena madre franciscana ya no me esperaba... Entro sin ruido; ella estaba echada en un gran sillón, de espaldas a la puerta, con las faldas remangadas hasta el ombligo, los muslos separados, y se agitaba con todas sus fuerzas... Adivina...

—¡Vaya pregunta! ¡Un consolador!

—Exacto... Cierro la puerta con precaución; ella sólo tiene tiempo de bajarse las sayas, y deja el hierro en la herida... Colorada como un querubín, se levanta, da dos pasos, cierra los muslos, y yo, inspirado por el diablo, la cojo por debajo de los brazos con tanta rapidez que el priapo se le sale y cae en medio de la habitación. «¡Ay, madre de Dios!, ¿no estáis herida?... Maldita sea, digo, recogiendo el muñeco, éste sí que es un buen aborto... Y joder, hermana, no os asombréis, lo he visto todo; os habéis interrumpido por mi culpa, debo ayudaros a terminar». La planto en su cama y le hago dos veces el dulce asunto; era la misma cantidad de dientes que le quedaban... «Que Dios os lo pague», me dice ella enternecida. Me río y veo en el fondo de su boca un pequeño raigón; me acuerdo de la vieja historia;^[44] una noble emulación me inflama; además, la necesitaba: era maestra de novicias... Le arranqué el raigón; pero estaba endiabladamente agarrado... Creo que nunca en mi vida hice tanta fuerza.

Pasemos en silencio algunas aventuras normales; me tiré a sor San Juan Puertaconeja, a sor Madelón, a la madre San Buenaventura, *etcétera*. El dormitorio, el jardín, la despensa y la botica fueron sucesivamente mis teatros; pero hablemos de las novicias.

Eran cinco, y entre ellas destacaban por propios méritos sor Ágata, sor Rosa y sor Inés. Eran las niñas más bonitas del mundo. Las dos primeras, espabiladas comadres en ciernes, se amaban con locura y se acariciaban igual, a falta de algo mejor. Sor Inés estaba enamorada de mí, no decía nada y lloraba con mayor motivo. Un día de gran entretenimiento encuentro la forma de quedarme a solas con ella. «¿Qué os pasa, bella Inés?

—¡Ay!, no lo sé.

—Desde hace ocho días estáis totalmente cambiada; antes sólo se os veía reír, jugar; ahora estáis pensativa.

—¡Ay! —Suspiráis... ¡Inés! ¡Inés!, no confiáis en mí... Yo, que os quiero tanto. (Sus mejillas se colorean).

—¡Vos me amáis! ¡Oh, Dios mío, si así fuera!

—Inés, ¿sería eso ofenderos? ¡Ay!, no es culpa mía; sois tan adorable. (Le cojo la

mano).

—¡Oh, dejadme!... Virgen Santa... (Se levanta).

—Hermana mía, lo veo, me tenéis miedo; os resulto odioso... ¡Pues bien!, me retiro».

—Cómo, ¿te vas?...

—¡Mala bestia!... ¡Pobre niña!, ya es mía; me bastará con dar el golpe de gracia; en la primera ocasión, me la meto en el bolsillo.

La maestra de novicias me proporciona pocos días después una buena ocasión. (Ya sabéis que es amiga mía). Había que cantar un motete en el coro; el maestro de música no había venido; ella me confía a Inés para hacerla ensayar y sale cerrando la puerta. «¡Pues bien!, mi bella Inés, ¿seguís siendo tan cruel? (Ella baja los ojos...). ¡Qué desgraciado soy! ¡Me detestáis! ¡Oh!, el buen Dios lo sabe (y sus manos se elevan hacia el cielo), Inés, ¡cuántas lágrimas me habéis hecho derramar!

—Y yo... ¡Ay, cuánto he llorado! (Y sus lágrimas siguen corriendo).

—Si quisierais, ¡ay!, nos consolaríamos... Porque, sin eso, me moriré.

—¡Oh, Jesús mío! ¡Vos morir!... No, no, seré yo quien muera.

—¿Vos, Inés? Vos, a quien amo más que a mi vida. (La cojo, la atraigo sobre mis rodillas. ¡Mira, ay, mira su cuello pegado al mío, su cabeza inclinada sobre mi cara, sus bellos ojos azules llenos de lágrimas!). ¡Inés, mi único amor! ¡Ah, dime que me amas!

—¡Malvado!, ¿lo dudáis?». Su boca me acaricia; la inocente no ve ningún mal en los impulsos de su corazón... Ha llegado su hora, la cubro de besos: hago pasar a su seno el ardor que me devora; la embriago de caricias y de amor; aparto todos los velos: ¡cuántos tesoros se me entregan!... El pudor no gime... Ella ya no se controla... Rápido como el rayo, desgarró la nube... Y el grito que Inés deja escapar es la señal de mi victoria.

Vas a creer, tontamente, que ella hará aspavientos, melindres, que me tratará de monstruo, de seductor... ¡Eh!, deja eso a las virginidades rejuvenecidas de la buena sociedad... ¡Pobre niña!, me da las gracias por mis bondades... Es cierto que tuve muchísimo mérito, porque la plaza fue dura de penetrar.

Tras esta apertura espiritual, Inés adquirió una inteligencia infinita para su motete. Y a la vuelta de la maestra, cantó de forma maravillosa. Por suerte para mí, mi abadesa dormía sola debido a ciertas inspecciones; porque, pardiez, yo estaba en carne viva y sangraba; doce horas de reposo me cicatrizaron.

—¡Bonitos pasatiempos!

—Eh, dime, ¿por qué diablos refunfuñas?

—Refunfuño porque pierdes el tiempo y el dinero no llega.

—Es culpa mía, de acuerdo... Me encanta tu espíritu financiero; pero debía haberte dicho que la abadesa, tan generosa como bella, me colmaba de regalos... Así que cálmate para escuchar nuevas hazañas.

Sor Ágata y sor Rosa requieren mi homenaje; la mayor no ha cumplido los

dieciocho años. La primera, vivaracha, petulante, es un pequeño demonio; tiene el ingenio de un trago, réplicas graciosas, una habilidad increíble. Rosa es más dulce, más tierna, más alegre. Estas dos niñas están unidas por una estrecha simpatía, y más todavía por el temperamento; la abadesa, que las tiene por joyas suyas, me confió que se dejaban llevar excesivamente por él, y que ella misma las había acogido más de una vez en su cama, para calmar al menos sus deseos. Con ellas yo era libre; las enseñaba a bailar, y hacíamos mil locuras. «Pardiez, hermanas, les dije un día, deberíais enseñarme ese juego al que jugabais juntas ayer.

—¿Qué juego?, responde Ágata mientras Rosa se ruboriza.

—Palabra que si lo supiera no os lo preguntaría. —Bueno, Rosa, se refiere al *escondite*... (Y la muy bribona se echa a reír a carcajadas).

—*El escondite*... ¡Ah!, diablillos, me engaños; no había nada escondido; lo vi muy bien.

—¿Cómo, lo habéis visto?, dice Rosa... Ágata, estamos perdidas. (La pequeña llora y su compañera está desconcertada).

—¡Eh, corazón mío, no lloréis!... Rosa, sois una niña; palabra que no diré nada a nadie... (Esto las tranquiliza un poco: *en el claustro, como en todas partes, pecado oculto no es nada*).

—Pero ¿cómo lo habéis visto?, pregunta Ágata tímidamente.

—Os engañaba; no lo he visto, pero mi genio me lo ha dicho.

—¡Un genio!

—Un genio, repite Rosa.

—Sí, un genio que me visita todos los días... (Y mis locuelas se echan a reír a mandíbula batiente). ¡Pardiez!, pequeñas incrédulas, os lo enseñaré... pero a condición de que me enseñéis vuestro juego y de que escuchéis lo que él os diga.

—¿Cómo?, ¿habla?

—Por supuesto; pero por signos, y yo os los explicaré.

—¡Ah!, veamos.

—Veamos, dice Rosa.

—Despacio... ¡Diablo, qué de prisa vais!... Esperad, pues, a que lo llame... Mientras tanto, ¿podrías enseñarme vuestro juego?... (Rediós, yo tenía mis razones; mi genio nunca fue tan idiota; por más que lo estimulaba, el muy granuja no llegaba... Perdón, perdón, aquí viene). Escuchad: que la más incrédula pase a este rincón, y cuando lo haya visto, que lo agarre bien, por miedo a que se vaya, pues es un poco huraño... (Así se hizo, yo saco a *monseñor*; mi loca Ágata salta sobre él).

—¡Ah, Rosa, ven corriendo, ya lo tengo!... (Nos acercamos a la luz). ¡Oh, qué genio tan raro, vaya una forma la suya!; pero si no tiene nariz. (Rosa lo coge).

—¡Ah, qué caliente está!

—Es que ha venido muy deprisa. —¡Eh!, dice Ágata, pero si está pegado... (Y la granujilla tira de él como para arrancarlo).

—Rediós, señoritas, un momento; ¿no veis que es un caracol? Está en su concha.

—Es cierto, es cierto, dice Rosa, ahí está el rodete... (Agarra los que están al lado que, recogidos abajo, estaban duros como piedras... Ágata los toca con la mano y vuelve al personaje).

—¿Un caracol? Nunca he visto ninguno como éste.

—Es que es de la China.

—¿Saca los cuernos?

—No, en ese país no los tienen; pero ellos son quienes los llevan a los maridos... ¡Ah!, parece que tiene prisa. (Yo me moría de miedo de que el genio se emancipara en sus manos). ¿Y vuestro juego, señoritas?...

—¡Oh!, antes tiene que hablar.

—De acuerdo, entonces... Tendréis que admitir que soy muy complaciente... Pero os advierto que cada una de vosotras tendrá que dejarle hacer signos, sin decir una palabra, o si no, no habrá espíritu; porque si se enfada, no volverá... Vamos, Ágata, os toca; pero, sobre todo, ni una palabra... (La cojo, la echo sobre la cama).

—¡Ah!, dice ella, ya no veo el espíritu.

—Tranquilizaos; sólo se irá si no sois sensata». Le remango las faldas; supongo que sospechas el resto, y cuál era el lenguaje del espíritu. La pequeña fue valiente y no dijo ni una palabra... Pero, amigo mío, imagínate a Rosa dando vueltas a nuestro alrededor, examinando, poniéndose pálida, pataleando. «Ágata, ¿te habla?

—¡Ah!, sí... ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay, cómo habla! ¡Qué espíritu tan precioso!... ¡Dios mío! Ro... sa... no puedo más.

—¡Ágata! ¡Ágata!, ¿qué te dice?». Pardiez, estaba más interesada en hacer otra cosa que en responder... Palabra, la diablilla se agitaba con tal viveza y me apretaba con tal fuerza que yo iba a empezar de nuevo cuando de pronto Rosa, enfadada, me tira de la levita, y el espíritu sale todo sudoroso, todo caliente aún por la carnicería... Sólo me dio tiempo a echar a Ágata en un sillón, mientras monto a su compañera. Ésta era menos viva; pero fue creada para la voluptuosidad. Poseía, sobre todo, esa cualidad tan preciosa que ya había encontrado yo en algunas mujeres, y siempre con un nuevo arrobó: el santuario volvía a cerrarse después del sacrificio, y apretaba sin dar tiempo a desempalmar... Pero ved cuántas reflexiones le había dado el espíritu a Ágata; me hacía preguntas y más preguntas. Las dos amigas, inclinadas una sobre otra, se hallaban en medio de un éxtasis del que nada podía sacarlas. Por mi parte, gozaba su ingenua turbación y la compartía... No hablamos más del juego; ellas reconocían mi engaño sin guardarme rencor; y de vez en cuando el espíritu les dio nuevas lecciones.

Yo estaba en el colmo de la dicha, aunque un poco cansado; pero al diablo, que siempre está en vela, se le había metido en la cabeza hacerme salir de una madriguera tan buena. La costumbre lleva a la seguridad, la seguridad adormece; ya no se toman precauciones y uno mismo se convierte en el artesano de su desdicha; además, una manzana para tres diosas hizo que se pelearan; un hombre para veinte monjas... Supongo que había motivos suficientes para que se estrangulasen.

Vos, amigo mío, no conocéis las repúblicas femeninas, donde la abadesa es como el dux. La mayoría de las mujeres que las componen han sido enroladas contra su voluntad en la milicia celestial; las han hecho esposas de un ser inmaterial, y los encantos de la contemplación no destruyen en ellas la *corporalidad*. De ello resulta en la juventud una revolución de sus espíritus carnales, un conflicto de jurisdicción entre los sentidos y la razón, entre el Creador y la criatura, en el que a menudo la debilidad humana se ve obligada, como Pilatos, a *lavarse las manos*. Todo eso no hace más que engañar las pasiones, excitar los deseos, encenderlos más... De ahí los nervios, los espasmos, etc., etc. En la vejez son unas malas pécoras, coléricas, hurañas, gruñonas. De ahí también las inspiraciones, las apariciones y todas las locuras que unos han quemado en la hoguera y otros han canonizado... Pero éste grave asunto no es de mi incumbencia.

No se puede rezar siempre; hay que agraviar, coger al prójimo por los pies y por la cabeza: todo por su bien, y a mayor gloria de Dios. Los confesores son, sobre todo, claves importantes. Si son dos, el redil es compartido, y cada clan odia cordialmente a su adversario; y si sólo hay uno, celos, rivalidades, desmanes.

—¡Cómo!, ¿por un viejo monje?

—Sí, por un viejo monje; porque, con su figura de mono, sigue siendo la madera con que se hacen; se comen, se devoran, se envenenan por él... En fin, querido amigo, en esas moradas de paz y de inocencia, se gozan paradisiácamente las dulzuras del infierno.

¿Qué ocurriría si yo describiese los amores de los jardineros?... ¿Las maquinaciones para conseguir que entren los amantes? ¿Los horrores del despotismo que las viejas discretas ejercen sobre las pobres niñas que les han sido entregadas? ¿Qué sería si, contándote mil escenas dignas del Aretino, te asustase con la corrupción que esas señoritas van a absorber, hasta el momento en que las casan, en esos lugares consagrados a la virtud y prostituidos a los vicios?

¡Eh!, ¿y qué ocurriría también si describiese las escenas de desesperación que se producen en medio del secreto y del silencio? ¿Las intrigas, las traiciones, los complots, todo lo que necesariamente debe alumbrar la coacción, la servidumbre y la barbarie?... No, me acusarías de mal humor... Lo cierto es que tuve más de un motivo para sentirlo.

Ya se murmuraba, el consejo de las discretas se había reunido; se criticaba a la abadesa, que, tal vez demasiado autoritaria, quería que se respetaran sus gustos y sus placeres. Las reverendas madres, siempre al acecho, molestaban los míos. Toda la juventud, rigurosamente observada, ya no se atrevía a entregarse a mis complacencias; me di cuenta de que aquellas viejas zorras me miraban como el chivo expiatorio. El padre dirigía todo, pero en secreto desde que yo había amenazado a su reverencia con hacerlo moler a golpes por mis criados, y a tener que curarse durante seis meses en un seminario; se difundieron unas cartas anónimas, pecados leves entre curas. La abadesa hacía frente a la tormenta; yo me volvía más querido para ella por

su temor a perderme... ¡Ay!, el golpe ya estaba dado. Habían conseguido hacer llegar las quejas a *monseñor*: era idiota; llevaba un sombrero ancho, cabellos mustios como su cara, y ocultaba bajo un porte noble y beatífico un alma eclesiástica y traidora; su respuesta fue sorprendente: anunciaba su llegada para *poner orden en una casa en la que se había introducido el espíritu de Belial*... Yo quería esperar su llegada; mi querida abadesa me hizo comprender que la perdería, y me marché cargado de oro y de azúcar.

Hacía seis semanas que no había visto a mis criados; se las habían arreglado con las hermanas torneras, y su gordura me pareció edificante; volví mis miradas hacia los campanarios donde dejaba muchos ojos llenos de lágrimas... Se difuminaron en el aire, como mis lamentos.

Me limité a pasar por París para dejar todos los regalos con que me habían colmado, y volví a partir para Picardía, para terminar en provincias la época del buen tiempo. No esperéis, amigo mío, que vaya a alguna ciudad; no, las frecuenté en el pasado, y mi curiosidad está saciada; he encontrado en ellas los mismos vicios que en la capital, con la diferencia de que son más ridículas y menos amables. En provincias es un consejero elegido, si queréis, el que finge la seriedad de un canciller; exige los honores de cederle el paso en la calle. La mayor ambición consiste en formar parte de su círculo; él sonríe a las mujeres, desprecia a los hombres, se burla, resuelve, decide... Tiene pretensiones de importante, y no es más que un necio.

En ellas, el señor inspector de los graneros de sal, o algún señor de la intendencia, se da aires de pequeño recaudador de impuestos, trata a todo el mundo de *amigo mío*, alaba a su cocinero, gusta de la buena mesa, se ríe a carcajadas, magrea a sus vecinas, propala noticias que recibe de la Corte y promete protección a los lacayos de un ministro a los que llama secretarios.

Igual que en París, en ellas se ve a la mujer de un comerciante ponerse en diamantes sobre la cabeza cantidades casi tan grandes como las que su marido tiene en el comercio; exhibir un pie pintado de colorete, llevar plumas, sombreros, decir *piseons* por *pigéons* y pronunciar guturalmente la erre.

En ellas hay preciosas, devotas, mujeres con pretensiones, y todas putas, como en todas partes. En ellas se ve, en fin, todo lo que me he cansado de ver, y que no compensaría mi aburrimiento... Voy, pues, a lugares campestres a ver la naturaleza en sí misma, a desvalijar algún castillo, a dismantelar a alguna dama parroquial de grupa ancha y rolliza.

Un amigo mío a cuya casa llego goza de una gran posición; caza abundante, buenas rentas; su estirpe es antigua; destacó con honor en el ejército; su mujer ha sido hermosa; todavía lo parece... Pero esta pareja son Filemón y Baucis.^[45] No penséis que sea mojigata: no, le divierten las bromas; aceptará versos galantes porque sabe responder a ellos; una alegría delicada que conforma su carácter la convierte en el alma de las reuniones, en las que inspira sentimiento y respeto... Palabra de honor que ése es su retrato auténtico, y ya sabéis que soy poco dado al panegírico; es

demasiado modesta para leerme, pero al menos su marido le dará testimonio de que en Villers encontré lo que he buscado en vano en muchos lugares: la reunión del talento y de la virtud.

El grupo que se junta en el castillo no tarda en proporcionarme la ocasión de apartarme; di muchas vueltas, y, mientras corría, pensaba en jugar, a pesar mío, un papel en un escenario muy singular que, haciéndome creer en los celosos y temerlos, no hará otra cosa que llevarme cuanto antes a la morada de los maridos cómodos. Por la rareza de esa especie, quiero contarte esta aventura.

El señor y la señora d'Obricourt vivían muy bien juntos: ninguna sospecha turbaba el ánimo del marido. Sin embargo, la señora tenía un enredo, engañaba al señor, y, lo que es más, se burlaba de él con su amante. Una imprudencia destruyó la seguridad del esposo: todo el mundo había salido de cacería, y yo me había quedado solo en la casa con la señora. Pasa ella a su tocador para escribir; yo cojo un libro y la espero en el salón. De pronto, ella sale con una carta en la mano; su marido, que había vuelto sobre sus pasos, no sé por qué, entra en ese momento. «¡Ah!, señor, le dice ella, ¿qué os ocurre? Dais miedo de lo pálido que estáis...». Él vuelve la vista hacia el espejo. Para desgracia de la dama, aquel espejo me reflejaba de cuerpo entero, y el marido ve con toda claridad que ella me pasa una carta que yo escondo lo mejor que puedo... Los celos se le suben a la cabeza. Tenía la escopeta en la mano; me apunta directamente y me dice con aire furibundo: «La carta, o te mato.

—Estáis loco, le digo, y aunque tuviera alguna, sólo una imprudencia culpable podía dároslo; porque ese escrito no estaría destinado a vos, y deberíais evitar su lectura.

—Nada de consejos: la carta, o tres balas en el cuerpo...». Yo no había metido nada en el de la dama; no creí que debía esperar las represalias del marido... Me levanto, le presento la carta, y empujo a la mujer a su gabinete; porque ella cometía la imprudencia de no moverse.

La lectura hizo saber al marido más de lo que habría querido, y se reconoció de la manera más nítida caballero con cuernos. Era un hombre muy violento con una apariencia de lo más flemática. Tomó su decisión en el acto, y me pidió el secreto. Llegaron los cazadores; no se percataron de nada; dio a su mujer todos los apelativos cariñosos que solía prodigarle en la conversación... Yo no volvía en mí de asombro.

Sin embargo, nunca me han gustado las cóleras frías, y vais a ver si no tenía razón para temer. En todas partes donde el señor encontraba a la señora sola, sillas y sillones le servían de armas arrojadas. ¿Que se volvía a entrar en el salón?... «Corazón, amor mío, ángel mío...». Como su digna mitad no se adaptaba para nada a ese juego, como no era nada tonta y no carecía de ingenio, nos hizo ocultarnos una buena mañana en su dormitorio a tres mujeres amigas suyas y a mí como tercer hombre. Llegó el señor, la molió a palos... Salimos a sus gritos, y como las mujeres se apoyan entre sí, os dejo que penséis cómo terminó la escena... Inmediatamente la montan en una carroza y llevan a la señora a casa de la madre de su marido. Esta

madre, vieja jansenista, sentía una debilidad infinita por su nuera, y muy poco cariño por su señor hijo, que no tenía el honor de pensar como ella.

Como sabía todo esto, la diablilla había trazado su plan. «Mamá, le dice, vengo a arrojarme en vuestros brazos. Hace un año que sufro un martirio con mi marido; tengo que confesároslo; soy lo que se llama *jansenista*; él me maltrataba continuamente; por último se apoderó de una carta que yo escribía a un santo eclesiástico que me guía en mis buenos sentimientos. Como hablo a corazón abierto con mi director de conciencia, las quejas que yo denunciaba han irritado a mi marido; ha llevado su audacia hasta el punto de acusarme de una infidelidad criminal. Desde ese desgraciado día me muele a palos en privado y lleva su hipocresía hasta besarme en público. Estas tres damas son testigos de ello; y tres hombres de honor también lo son»: «Si vos no me salváis, estoy perdida, no me quedará otro remedio que dejarme llevar por la desesperación... (Sus lágrimas corren y riegan el relato, que las damas confirman).

—¡Ah!, el muy granuja, qué infame, responde la suegra... Hija mía, quedaos en mi casa, yo me hago cargo de vuestro asunto... y si ese desgraciado es lo bastante osado... basta...». Pero aquello no era todo. Había que rescatar la carta de manos del marido, era una prueba demasiado convincente. La joven persuade a su suegra para que ordene a su hijo enviársela por el mismo recadero que le lleva la orden, o si no será desheredado en veinticuatro horas... Él conocía a su madre; esperaba cuarenta mil libras de renta; tuvo que obedecer; pero acompañó el texto de unas críticas fulminantes... ¡Inútil precaución! La vieja creyó hacer la acción más bella del mundo entregándole todo a su nuera. (¿Cómo desconfiar de una jansenista?). Ésta intentó leer; se le impuso silencio. «Bueno, mi querida mamá, arrojemos todo esto al fuego.

—¡Cómo!, hija mía, ¿destruir esas tonterías?... Tenéis demasiados miramientos con ese calavera.

—Mamá, es vuestro hijo, es mi marido, y sigo queriéndole». D'Obricourt, furioso, invocó mi testimonio; yo dije que no sabía nada; que había tenido en mis manos una carta, pero que ignoraba su contenido... Esto no fue todo; se separaron, y la madre, que acaba de morir, asegura veinte mil libras de renta a su nuera, independientes de su señor esposo.

Cansado de disparar a las ancas de las liebres y de matar conejos, más harto aún del tono de los aldeanos, huí a las orillas del Somme. Allí, un antiguo castillo muy negro, muy triste, muy feo, atestigua que desde el año mil trescientos es el hogar de los búhos y las lechuzas del cantón. El viejo barón que lo habita no desdice en absoluto de tan buena compañía; su carácter es hurano, su figura horrible, su cuerpo gastado... En cuanto a inteligencia, su árbol genealógico le ha dispensado de tenerla. Gran lector de gacetas, gran *politiquero*, se hace *monseñorizar* por sus criados, por un cura, que, como él, por toda erudición sabe jugar una partida a los cientos, come poco, duerme menos, y es celoso como un tigre de una bonita persona a la que tres palabras de latín habían *baronizado*.

La baronesa, como dice la canción, *bien querría que la deshollinaran*. El barón, que no puede, dice que no quiere; y para esa buena obra llego yo allí. Quiero confesarte además, *a ti de mis secretos el gran depositario*,^[46] que me han dicho que el viejo bribón tenía oro, y mucho; y que la esperanza de palpar alguna porción me hace desafiar aburrimiento, repugnancias, tempestades.

El barón me recibe mal, y yo actúo como si él me pareciese bien. Su mujer finge dignidad, se hace la preciosa y un tanto insociable; pero el marido, que me observaba, no tardó en tratarme mejor. Yo le había llevado veinte recopilaciones de novelas breves; mientras las hojeaba, puedo describirte a la hermosa.

Una morena excitante, de tez sonrosada, bonitos ojos muy negros en los que chisporrotean las ganas de joder; la boca muy fresca, unos dientes que el pan de centeno conserva muy blancos, ni alta ni baja; la cintura recogida, de yegua bien servida en su cuartos delanteros; algo tetona; pero las tiene duras, blancas y bien formadas; grupa normanda; sin apenas tripa; la montura fácil; la pierna fina como una corza, y la encantadora pezuña. Todos estos atractivos no tienen veinte años; en consecuencia, son muy follables. Por lo demás, su vestuario es ridículo, su porte torpe, sus palabras grandilocuentes; pero sus miradas prometen compensación, y a solas demuestra que sólo es tonta por obligación.

En la cena hago recaer la conversación sobre las mujeres; el barón echa pestes contra ellas; yo subo la puja, abundo en sus opiniones, y él se siente tan transportado que quiere emborracharme por agradecimiento. Una mirada había puesto a la mujer al corriente (cuando se trata de engañar a un marido, ninguna es novicia); finge ofenderse mucho y se retira en los postres. Entonces el barón me cuenta sus tribulaciones, me informa de que se casó por debajo de su rango, deplora su debilidad, etc. Yo aplaudo; le prometo hacer entrar en razón a su mujer. (Era echar a rodar mi proyecto). Desde entonces me dejó plena y entera libertad; yo había anunciado mi marcha para el día siguiente; él me pide por favor que me quede una quincena, y me promete compañía. «Vamos, mi querido barón, la vuestra me basta; ¿a quién diablos nos traeréis? Gentilhombres del tres al cuarto o mojigatas. Vos sois, pardiez, el único hombre galante que he encontrado en estos cantones.

—En verdad, dice dirigiéndose al cura, éste hombre terminará reconciliándose con la juventud; a su edad nunca se tiene tanta razón».

Ese mismo día hago compañía a la baronesa en un paseo. Su marido no pudo acompañarnos debido a un catarro, y casi tuvo que enfadarse para obligarme a ir a prepararle los cuernos. Sin pérdida de tiempo, tras unas cuantas frases vagas, llego a mi declaración.

«Compadeceros, mi bella dama, no será ofenderos. Desde que estoy en vuestra casa, mi conducta ha debido haceros comprender que no he venido sin un designio. Ese designio es agradaros; os amo; deseo que me améis. Si os convengo, podemos liarnos. Vengaos del patán que os tiraniza; yo os ofrezco consuelos, ayuda, placeres; un corazón cuyos sentimientos serán puestos a prueba enérgicamente... Vuestra

respuesta, bella baronesa, decidirá mi destino. El estado en que gemís debe evitar un indecisión que nos perjudicaría a ambos. Si soy lo bastante desdichado para disgustaros, me marcharé...».

—Pero ¡qué diablos!, no se incita así a una mujer de calidad.

—De acuerdo: entonces cantaré el perfecto amor... ¿Serás eternamente incorregible?... Ella es menos idiota que tú; porque, tras algunos melindres preliminares, acepta la proposición; y sellamos el pacto con un beso. Luego toma sus disposiciones para venir a acostarse conmigo; cosa que, para ella, era mucho más fácil que recibirme en su dormitorio.

¿Has gozado alguna vez de los placeres del campo?... Son de una tontería garrafal. No tienen articulación ni movimiento. No saben ni colocar bien el coño... En cuanto a esas palabras consagradas al amor, *para esas bellezas son grandes términos de química*; pero, a cambio, cómo se corren... ¡Ah, rediós!, yo estaba pringoso por todas partes, y encima ni un maldito bidé. Echaba pestes... Perdonad, es que el cura lo había prohibido. «Pero, señora, si ese granuja tuviera la misma cantidad en la boca, ¿creéis que no se la lavaría?»

—¡Ah!, dice ella, eso expone a la tentación. (Sí que era oportuno el escrúpulo)». Eh, rediez, sigue lavando, y si encuentro al enemigo le saltaré la tapa de los sesos.

Vuelvo a tomarla entre mis garras; en una hora la hice sudar a mares. A horcajadas, a la carretilla, a la americana, a la holandesa... ¡Pardiez!, te aseguro que vio muchos paisajes. ¡Feliz temperamento! Dos horas más tarde, ya trepaba ella por mi cuerpo completamente sola. Al fin nos separamos con promesa de volvernos a ver por la noche, sin perjuicio del día, y convinimos nuestros respectivos papeles.

El barón se sentía totalmente a salvo, mi tono con su mujer supo mantenerle en esa seguridad; ella gozó los momentos más dulces, y me dio mucho más oro del que yo debía esperar de una mujer de provincias.

—Pero ¿cómo podía ella tenerlo?

—¿Cómo? Muy sencillo. Los maridos de campo no escatiman nada con sus mujeres. Éste, por otra parte, aunque celoso y brutal, estaba enamorado; por eso la señora, igual que él, tenía la llave de la caja fuerte. La pequeña taimada abrió tres o cuatro saquitos de oro, para que él no pudiera darse cuenta de la menor mengua, y me entregó doscientos luses que tuve a bien aceptar para los gastos del viaje. Cuando terminó mi plazo, me retiré en muy buenas relaciones con el barón, al que dejé cornudo y contento, y mejor todavía con su mujer, que derramó muchas lágrimas; pero la orden del destino me arrancaba de sus brazos, y partí.

Mi última excursión campestre fue a Salency, donde me encontré el día mismo de la fiesta de la Rosière;^[47] la emocionante sencillez de ese espectáculo hecho para el candor y la inocencia lleva hasta el alma de nosotros los libertinos un enternecimiento irresistible... ¡Sublime efecto de las sensatas reflexiones, de las saludables revoluciones que me inspiró!... En cuanto vi a la que acababa de conseguir la rosa me entraron ganas de deshojarla. Aquella campesina tenía dieciséis años, era ingenua,

sensible y bonita. Con ella conocí el fruto del amor; ella me amaba por mí mismo (porque yo no habría querido comprar sus favores), y por primera vez quizá saboreaba un placer tan dulce... ¡Hacía tanto tiempo que yo no había hecho nada por mi corazón!

—¡Ah!, ¿ya estás a orillas del Lignon?

—Temes pinturas pastoriles y que te haga bostezar con un corazón empalagoso... ¡Verdugo!, ¿no puedo entonces descansar un momento en brazos de la inocencia?... ¡Qué bonita es la niña! Su tez bronceada, pero ardiendo cuando me acerco a ella, sus ojos, que la obligo a levantar hacia mí, ¡son tan conmovedores!... Su boca sin artificio recibe y devuelve el beso con ese ardor ingenuo que yo sé hacer más ardoroso todavía. Ella sólo tiene la elocuencia de la naturaleza; pero ¡qué viva es cuando no está corrompida!... Hablamos poco, hacemos más... Pon tu mano en este corpiño. ¿Qué?, ¿has encontrado muchos pechos semejantes? ¡Qué separados están, qué blancos, firmes y elásticos son! ¿Quieres que te descubra su cuerpo de alabastro? No está lisiado por ballenas o cinturas a la inglesa... ¡He aquí las verdaderas proporciones de la Venus de Médicis! ¡Qué graciosos son estos contornos, tan suaves a la vista! ¡Qué frescura de tez!... ¿Te empalmas? ¡Qué goce!... Su primer grito fue: «¡Ay, qué daño me hace!...»; el segundo: «¡Ay!, qué placer...». Y el lindo culito se agita: ventaja inapreciable de la educación aldeana, no está ni agotada ni nerviosa. Sus vigorosos riñones crujen bajo mi peso; pronto me devuelve sacudida por sacudida; no echa los bofes tontamente para desmayarse; pero cuando se corre, cada una de sus fibras está conmocionada, su espasmo mismo está animado. Sus caricias van adquiriendo más energía: se atreve a apoyar sobre mi lengua una lengua más ágil... Todos los lugares son para nosotros el santuario del amor, la llanura a la puesta del sol, el bosque a mediodía, la pradera por la mañana; sin enmascararse con un fingido pudor, deja hablar a sus deseos; sabe que son inocentes, y yo comparto su placer al satisfacerlos.

»Nanette mía, le decía yo un día, la ambición de la rosa era desde luego muy fuerte en ti para hacerte temer el amor y sus caricias.

—Bueno, me responde, si fui honrada es porque no pensaba en ello; estaba tranquila; todos nuestros chicos no me emocionaban lo más mínimo.

—Pero, Nanette, ¿y tu corazón?

—¡Ah!, habéis sido vos el que le ha enseñado a hablar. (La beso).

—¿Me has sacrificado entonces tu honra?

—Pues sí, ¿acaso no valéis vos más que una rosa?... Y, además, no la habré perdido por eso.

—¿Cómo?, ¿cómo, pequeña taimada?

—Bah, bah, cuando una es algo guapa, y está entre notables, no se fijan tanto en eso. (¡Cómo!, ¿qué me dices? ¿Vale más el areópago campesino que el de Atenas?)... Mirad, mi prima Nicole... ¡Oh, cómo amaba a Michaut!... Los dos ardían como brasas; iban como nosotras al bosque, ¡y mi prima me decía que él le daba tanto

placer!... (La muy granuja se ruboriza).

—¿Y qué más?

—Pues que el año pasado le dieron la rosa; sólo hay que esconderse bien. Cuando nadie sabe nada, nadie puede acusaros. —Pero tú, ¿tú lo sabías?

—¡Oh, sí, pero quiero demasiado a mi prima; y además me había prometido contármelo todo cuando yo consiguiera la rosa...!».

¡Venid todos los entusiastas! ¡Ahí tenéis esas instituciones de virtudes! ¡Esos conservadores de virginidades! ¡Buen san Medardo! Pobre ingenuo, cuando vuestra reverencia propuso esta rosa, chocheaba, si no, que me lleve el diablo.

—¡Cómo!, ¿simples campesinas ya saben engañar a los quince años?...

—¡Sexo encantador!, eres el mismo en todas partes; y si la serpiente no hubiera tentado a Eva, ella misma le hubiera propuesto el dulce asunto.

¡Cuántos odios en esas moradas campestres en las que debería habitar la paz! ¡Cómo!, las madres instruyen a sus hijas en la delación, en la maledicencia, en la calumnia. ¡Bonito aprendizaje de virtudes! Para que una chica acuse a otra, antes tiene que saber que está mal dejarse joder por los chicos... ¡Y la inocencia! ¿Alguien cree que una mujer olvida cuando se hace mayor a uno que le hizo perder la rosa, quizás injustamente? ¿No abrazarán los padres la querrela de sus hijos? ¿Los jueces? ... Ya habéis visto lo imparciales que son; además, ¿quién os dirá que, al día siguiente de su triunfo, la ganadora de la rosa, para evitar el orgullo, no se humille bajo un robusto campesino?... Nanette y yo ¿seremos un fenómeno raro? ¡Bonita institución la que frena a las chicas hasta los dieciséis o los dieciocho años!... ¡Cómo si sólo se jodiera a esa edad!... Por mi parte, y que no se ofendan los aficionados ni los necios imitadores que pululan por todas partes a diario, seduciré en Salency a tantas aldeanas como en otras partes.

Hubo que abandonar aquella bonita morada; volví a Villers, y poco después a París... Pardiez, el aire que se respira ahí tiene una influencia saludable. En la puerta recuperé toda mi maldad.

¡Qué diablos! En el campo uno se oxida; allí se habla de costumbres, de virtud, de honestidad, de honor. Hay, incluso, mujeres estimables; esa gente me habría echado a perder... ¡Ah, viva el gran teatro! ¡Me siento lleno de alegría! ¡Cuántas víctimas voy a hacer todavía! ¡Cuánto oro voy a amasar! ¡Cuánta leche va a correr!... Pero ¿quiénes serán mis víctimas?... Pardiez, quiero hacer un acto de justicia: debo saquear a nuestras hermanas de la Ópera... Bien dicho: tendré placer y dinero... Y luego vendrán las represalias; es buena guerra: saqueemos a quien nos roba, y jodamos a quien nos jode.

Lleno de ese generoso ardor, vuelo a la Ópera; tres meses provocan muchos cambios, y necesitaba ponerme al día; trepo al mercado de caballos... Todas las ninfas me rodean, me besan, me desgarran, me asfixian; respondo a derecha, a izquierda; toco culos, tetas. «¿De dónde diablos vienes? ¿De la luna?

—No, de Mercurio.

—Decían que habías muerto, que te habían devorado los lobos, que te habían castrado o convertido, lo que viene a ser lo mismo.

—En lo de convertido, lo admito... (Me aparto un poco para abordar a una encantadora bailarina). Buenos días, Mimí.

—No, estoy enfadada.

—Venga, hagamos las paces; quiero darte mi virginidad.

—No, amo al que me mantiene.

—¡Eh, joder!, ¿te burlas de mí? Entiendo que cuides las apariencias, pero ¿me tomas por un principiante?

—Soy fiel.

—¿Quién diablos te habla de infidelidad?... Ah, eso, mañana nos acostamos juntos. (Ella ríe).

—Pero ¿si él se entera?

—¿Es que te has vuelto tonta de remate?

—Es viejo y celoso.

—Dos razones para engañarle.

—Es un gran señor. —Pardiez, seguro que por eso será más necio... Escucha, si no aceptas, me voy con Rosita». La razón era decisiva; acepta; yo fui a cenar a casa de un financiero que reunía a veinte hombres de gran apellido y malas compañías, y a quince fulanas todavía peores.

—¡Maldito animal!, ¿cómo, has vuelto a caer?... Es un horror, ¡me habías prometido tantas veces que ibas a renunciar a esas criaturas!

—Bueno, mantengo mi palabra; sólo me acerco a ellas con malas intenciones. ¿No es eso renunciar a ellas? Quiero ganar dinero y exprimir a la sanguijuela.

—Pero el oficio es deshonesto.

—Habéis de saber, señor granuja, que no hay oficio malo cuando alimenta a su amo; y que grandes apellidos de Francia no han sacado su ilustración o su fortuna más que del culo de una puta... ¡Eh!, ¿no nos deben todo esas fulanas? ¿Quién las educa en el gran arte de la pillería, de la perfidia, de las maldades, sino nosotros, los cortesanos? Pervertimos a una joven; la atraemos con todo, la fascinación del placer, la coquetería, la vanidad; la arrancamos de casa de sus padres; al padre se le ocurre que eso está mal; es un granuja al que habría que encerrar en Bicêtre. Pero no, una sabia institución sabe arrancar a esas tiernas plantas de la tiranía paterna; se la hace ingresar en la *Academia de música*; entonces puede levantar libremente una cabeza desvergonzada, hacer que el vicio y la infamia progresen bajo los colores del lujo y las libras de la opulencia. Su corazón es puro todavía. ¡Qué goces nos ofrece! Corromperlo es uno de nuestros juegos más dulces; provisto de todos los talentos del hombre amable, hay que utilizarlos. ¿Qué maldito partido vas a sacar en una cena de una remilgada a la que se le ocurre tener pudor? Que todos los refinamientos de la depravación vengán a invadir su joven alma; que sea borracha, crapulosa; que las palabras más sucias sazonen las acciones más desmesuradas... Ése sí que es un tema.

Se aplaude a la alumna; todo el mundo la persigue, se la quitan, se la arrancan unos a otros, y se pone al maestro por las nubes.

Pero eso no es más que la corteza; la efervescencia de los sentidos y de los licores traidores puede dar lugar a muchas otras; y si ella sólo tuviera esa ventaja, no sería distinguida. Mi educación fallida no merecería elogios. Quiero, pues, corroer todos los gérmenes de virtud que aún podrían brotar, destruir los principios de la sensibilidad; aumentar, a ser posible, la vileza de la sangre de la que ha salido; que se vuelve árabe, corsaria, despiadada; que su corazón sea más ávido todavía que sus manos; que, insensible al amor, pero henchida de caprichos, del goce sólo conozca los deseos desenfrenados, los placeres brutales; que todos sus gustos lleven la impronta de su carácter; que el mortal más indigno sea siempre el preferido. Nunca sabrá lo que es la gratitud; sirena peligrosa, sólo encantará para devorar; pero también quiero que el disimulo profundo, propio de su sexo, exaltado por mis cuidados, sea el velo de tantas perfecciones; que a los encantos de un rostro decepcionante una la apariencia más atractiva; que sus talentos agranden las heridas que sus ojos hayan hecho. Quiero hundir en su alma toda la perversidad de la mía; quiero que sepa abusar, incluso en esos momentos en que uno está indefenso; quiero, en fin, convertirla en una dama de Corte por el fondo, aconsejándole únicamente más decencia en público. Entonces podrá volar con sus propias alas, arrancar a los hijos de familia del cariño de sus padres, de los abrazos de sus madres desconsoladas; inspirarles fechorías, pero con suficiente astucia para no participar nunca en ellas; estará en condiciones de reducir a la indigencia a ese negociante a quien su comercio, su probidad y sus riquezas habían vuelto estimable; a ese esposo que le sacrificaba la sustancia más pura de su mujer, de sus hijos; provocará ruinas, lutos, tal vez suplicios... Y nosotros nos reiremos juntos; nos repartiremos los despojos insultando a las víctimas cogidas en nuestras redes... Pero ya he tenido la bondad de rendirte demasiadas cuentas...

Creía que me acostaría con Mimí, una fiesta trastocó la nuestra; era de mujeres (porque la muy buscona daba a dos bandas). Para compensarme un poco, me hizo testigo de la celebración de los misterios de la gran diosa.

Imaginad un salón bien decorado, bien iluminado, con las puertas cerradas; treinta mujeres (entre las que podría citar apellidos de lo más granado), jóvenes o viejas, se ponen desnudas como la mano. La primera ojeada fue deliciosa. ¡Cuántos tesoros se ofrecieron a mis ojos! Una gorda, rolliza, ofrece a mis ávidas miradas un pecho deslumbrante; otra, en blanda actitud, cubierta por sus rubios cabellos, se parece a la Venus del Tiziano. Una tercera, esbelta y ligera, parece una ninfa en su deliciosa blusa... Pero ¿qué me ocurrió cuando se dio la señal?... Cada una se une a otra: el primer tiempo del ejercicio es una masturbación general (joder, también yo me masturbaba, y rediós, no iba a ser la última vez), de pronto la escena se calienta; la voluptuosidad se reproduce bajo mil formas diferentes; se dejan oír el ruido de los besos, el murmullo de los suspiros, los sonidos entrecortados... Ya gimen los sofás;

corren tiernas lágrimas, el temblor las domina; se desvanecen, nadan en torrentes de sensaciones.

¡Qué cuadro! ¿Cómo pintarte a treinta mujeres corriéndose?... Estuve a punto de echar abajo la ventana que me ocultaba y saltar a la sala... De repente renacen... ¿Qué veo?... ¿Son sátiros?... No, no, ya sé: reconozco a mi querida Pollaencoño, por su chafarote. Otras tres dotadas como ella se precipitan sobre nuestras jóvenes retoños; pasan a todo el serrallo por sus armas. «Carne fofa, joder, señoras mías, carne fofa, les grité; que el diablo me lleve si esos ingenios no son blandos...». Nadie me oyó, más que la pobre viuda *Muñeca*, que vino enseguida en mi ayuda.

Acabada la ronda, empieza la orgía; no tardan en correr olas de vino de Champaña. La ebriedad interviene, y mis tríbades se vuelven verdaderas bacantes. Mira a esas dos echadas una sobre otra en sentido inverso y chupándose las dos; mira ese grupo plegado en mil posturas diferentes; más lejos, Pollaencoño ocupa ella sola a seis de sus compañeras; está echada en un sofá calado; tiene metida la lengua en el c... de la primera, que, suspendida encima de su cabeza, inunda su cara de leche, y se agacha para sobarle los pechos; sus manos masturban a derecha e izquierda; una cuarta, a caballo sobre ella, es enfilada por su chafarote; una quinta, de rodillas, con la cabeza entre las piernas, la chupa con todas sus fuerzas; por último, la sexta le hunde en el culo un pequeño consolador que descarga por medio de un resorte... De repente, los gritos, las imprecaciones y el furor se elevan del seno de sus placeres; sus rasgos se alteran; ya no pueden controlarse; se golpean unas a otras; sus senos están magullados, lívidos, palpitantes; sus cabellos cubren el suelo... Pues bien, sus fuerzas no responden a su furia; caen agotadas sobre las alfombras que manchan de sangre, de vino y de alimentos... Enloquecido, horrorizado, huyo de ese burdel infernal jurando no volver a poner en él los pies en mi vida.

Obligado a acostarme solo tras esa repugnante escena, los sueños vuelven a trazármela... Palabra, únicamente era un horror más; a fin de cuentas, las actrices eran mujeres de Corte, ¿de qué diablos podía asombrarme? Tomé pues la decisión de echarme a reír cuando me desperté, y de hacer unas cuantas gárgaras calientes por caridad cristiana. Por la noche fui a casa de Mimí: llego a las 11, como hombre que debía ser esperado; la encuentro acostada; me desnudo; veo en ella cierto azoramiento, que mis caricias disipan, y esta Lais,^[48] franca al menos, y cumpliendo su oficio de buena gana, me procura un goce muy vivo, muy agradable y muy variado. ¿Sabes lo que es el fruto nuevo? ¡Diablos!, hace un año que estoy a régimen. Apenas si tuve tiempo de correr mis doce postas; y, palabra de jodedor, ella no tuvo necesidad de emplearse a fondo; el convento me había vuelto más vigoroso. De vez en cuando me interrumpían unos estremecimientos contra las paredes de la alcoba. «Joder, tu gato se ha quedado encerrado.

—Pues no.

—Pardiez, te dijo que sí; le oigo rascar.

—Bueno, pues que se quede ahí.

—De acuerdo». En verdad, no tuvimos tiempo de aburrirnos. Hacia las ocho me levanté para dejar dormir a mi adorable amiga; estaba yo en su tocador, y no tardo en oír que se ríen a carcajadas. Acudo corriendo y encuentro al caballero de ***, el apuesto, el guapo de la Corte, como san Roque, con una simple camisa y aire lamentable, helado y aburrido. «¡Ah, amigo mío!, me dice abrazándome, estoy muerto.

—¿Cómo?

—Tengo un frío de mil diablos; mira, todavía estoy temblando; durante esta noche infernal he medido cien veces la altura de las ventanas... Mimí me cita ayer; estaba acostado con ella hacía una media hora cuando oímos ruido... “¡Ah!, me dice, es mi protector; estoy perdida, por Dios, caballero, ¡huye!”. Salgo de prisa de la cama, recojo mis ropas y me meto en un pequeño armario al pie de la alcoba. (Joder, éste es mi gato, escuchemos). Los cumplidos galantes empezaban a resultar largos, ¿cómo salir? Estaba desnudo, sin armas; ella me había dicho que era viejo, pero ¿sus criados?... Misericordia, le oigo acostarse... Por lo menos, cuando se quede dormido... ¡Nada!, creo que el macaco se había tragado diez libras de *diabolino*; la jodió doce veces...

—Venga, hombre, no es posible... eso es lo máximo que yo podría hacer.

—Doce veces, te digo, joder, seguro que las conté bien. Y encima el viejo canalla gritaba *al gato*, y quería venir a inspeccionar el armario: juzga mi situación. Unas veces apoyado en un pie, otras en el otro, temblando; y un maldito tabique que retransmitía todos mis movimientos... Por fin, se va; salgo, y la señorita se burla de mí desternillándose de risa.

—Palabra que hace bien, le digo yo echándome a reír; pero, mira, caballero, cuando se tiene miedo no se ve bien, lo que me dices es un cuento, y apuesto a que has soñado toda esa historia». Se enfada, jura, echa espumarajos por la boca y me cuenta mil detalles. «Creo, incluso, añade, que la ha jodido por el culo. —¡Oh!, en ese punto, alto ahí, caballero, no soy bujarrón.

—Pero ¿quién está hablando de ti?

—Tú.

—¿Yo?

—Por supuesto, estás contando mi historia.

—Por todos los diablos, por...». Pero no acabó, porque su alma era demasiado generosa. A Mimí se le había olvidado mi cita, y el miedo o el diablo de la malicia la habían hecho llevar la aventura hasta el final.

Nuestra relación seguía su curso; pero yo necesitaba otra cosa además de golpes de riñón. La pequeña estaba muy bien dotada de diamantes, de carruajes, de plata; mil escudos al mes sin contar los regalos. Ella estaba en *gran pensión*; y, además, los imprevistos y el trabajo de las manos; porque esa mujer huye de la ociosidad por miedo a las tentaciones. Un año con otro, si eso dura, puede llegar a los cincuenta mil francos... ¡Y yo no tendré nada!... La sociedad sería leonina. *Primo*, ¿para que sirven

esos diamantes? Ya no están de moda. ¿Pedírselos para venderlos?... No, eso no es nuevo. Hay un conde de moda que tiene esa jugarreta sobre su conciencia... ¿Embolsármelos y negar la deuda?... Un marqués al que podría nombrar me acusaría de copiarle... Hoy día cuesta muchísimo esfuerzo ser un canalla original. Las gentes de calidad han agotado los modelos. Seamos pues *hombre honrado*. Hagámosle que mantenga casa; que parezca dar todas las cenas; mientras yo invito y hago todos los honores, ella pagará, los diamantes, la plata, todo se acabará en la operación; y cuando ella ya no tenga nada... ¡Oh, pardiez!, soy demasiado escrupuloso para vivir a su costa.

Una vez decidido el plan, en marcha: la Corte y la ciudad frecuentan la *petite maison*^[49] que se vuelve *nuestra*: sólo se habla de nuestras cenas. A ellas acuden las mujeres más bonitas; ¡cuántas parejas grotescamente emparejadas! Allí, un comendador de Malta que no ha traído de sus caravanas más que los vicios y las languideces de Asia; que une la depravación más exagerada, el escándalo de un religioso a la inmoralidad de un militar, al libertinaje de la Corte. Tiene sesenta años pasados y sólo le gustan los niños; hasta el vello mismo de un monte gordezuelo que empieza a florecer le molesta. ¿Qué pretende? ¿Forzar obstáculos imaginarios?... Débil atleta; los látigos atormentan en vano sus nalgas descarnadas, sólo consigue llorar tristemente en la puerta del santuario que su temblorosa mano ha fatigado.

Ved a su lado a ese abate... ¡Cómo!, ¿os sonrojáis por él? Tiene el interior de un canalla, el exterior de un bribón; pero es rastrero como un criado; tiene la verga de un mulo; será mitrado; en cuanto a apaleado, lo ha sido veinte veces en su vida. Ved las bubas que cubren su frente, su nariz salpicada de rubíes... “¡Frutos de la guerra!”, exclama besando a Martín, que sabe bien que ratón que sólo tiene un agujero está perdido.

Bueno, bueno, Turcaret^[50] se enternece... ¡Eh, joder!, un instante, aguardad a que se apaguen las bugías... El mamarracho iba a montar sobre Quincy; acaba de agarrarle.

—¡Quita allá!

—¡Qué diablo!, siempre tienes miedo. Escucha... Es todo el producto de una confiscación de tabaco de España.

»Supongo, me dice milord B^{***}, que está a mi lado, Mme. Rosita prestar su tripa a mí por cien guineas.

—Milord, habláis de oro; pero, rediós, tened cuidado, temo que esté rellena».

¡Ah!, por cien mil *devils*,^[51] déjame que me ría... Un provinciano que declara a Colomba su profundísimo respeto; ella mantiene su seriedad maravillosamente... Pero la muy golfa pone ojos de moribunda... Joder, estoy seguro, porque mientras tanto d'Orbigny está masturbándola.

«Escucha, Hortensia, dice el conde que va a Roma (está algo borracho para el viaje), me has pegado unas purgaciones; es lo normal... No, no me quejo, es el postre del oficio; pero, joder, se las has pegado a mis lacayos; y los muy bribones me

plantean reclamaciones, y eso me arruina». Ella finge estar desolada, lo desmiente; él estaba a su lado; palabra que le quita un pañuelo caliente^[52] que llevaba las libreas de la primavera... ¡Puaf!, nosotros echamos a correr, y ellos se reconcilian.

Mimí dio bailes; se jugó; abundaron los caballeros de industria; se arruinaron jóvenes y viejos niños. Mimí no fue feliz; finalmente, en dos meses nos comimos joyas, vajilla, diamantes, plata, muebles, hasta los caballos, aunque estaban muy flacos.

En esto, un maestro carnicero pidió mantenerla; este vividor estaba acostumbrado a los animales con cuernos; no quise perjudicar a mi encantadora amiga y me retiré para unirme a Violeta.

Ya conoces a esa guapa pequeña, está hecha como un ángel, amasada por la mano de las Gracias, la más bella tez, la más fina piel, el pecho exquisito. A todas esas perfecciones une el talento de engañar a un protector mejor que nadie; una labia elegante, un aire infantil... Para que os fiéis.

Esta zorra se había dejado *casar* el verano pasado; yo le hice comprender que, dado que su Leandro^[53] no tenía por toda fortuna más que *césped* (aún estaba en agraz), el producto no valía un céntimo. Se separaron de mala manera, como suele ocurrir; se hizo con ella un financiero, la vistió, la amuebló. En cuanto al apósito, él no entendía nada. Qué diablos, alguien tenía que encargarse, y ese alguien fui yo. El señor era asmático y gotoso; tenía los dedos ganchudos y con *nódulos*; es la etiqueta; en cuanto al resto, señor magnífico, feo como un diablo, pero que echaba oro por la boca. Cada visita anunciaba un regalo. Palabra, en poco tiempo nos volvimos opulentos. Mi diosa quería una carroza: yo no compartí su opinión (habría tenido que quedarme yo sin ella); pero no nos negábamos ninguna de las pequeñas comodidades del lujo, todo a expensas del feo. Yo era un fiel comensal de la casa. Por temor a accidentes, acordé con Violeta que me presentaría como hermano suyo, según la costumbre. Y un día en que nuestro Creso había cenado en su casa, entro yo de frac, chaleco y calzón blanco, bien arreglado y con un aire desconcertado como un lacayo que busca empleo.

—«¡Ah!, hola, amigo mío.

—Yo tengo el honor de serlo vuestro, M.

—¿En qué trabajas? (Creí que el tipo iba a preguntarme en qué casa había llevado la librea).

—Señor, soy tapicero, para serviros.

—¿Sabes leer y escribir?

—¡Oh, señor, fui tres años a la escuela, y no es por alabarme pero...!

—Tengo atenciones con tu hermana; sé prudente, y las tendré contigo... (Me pone dos luses en la mano). Mi reina es realmente guapa; tiene tus ojos... No parece muy espabilado.

—¡Oh!, eso sí que no, dice ella, es tan ingenuo que me saca de quicio.

—¿Tienes una querida?... (Mira cómo muevo la pierna mientras doy vueltas entre mis manos al sombrero y me sonrojo).

—Señor, sois muy amable; me gustaría mucho la hija de nuestro amo; pero hay un viejo mono en el que ella se fija mucho porque tiene escudos.

—Es entonces muy viejo...

—¡Ah!, señor, casi tanto como vos.

—¡Eh!, dice refunfuñando, tu hermano no es más que un imbécil...

—Está bien, está bien, adiós...». Me retiro y, joder, al cabo de tres días mi nombre estaba escrito en el libro de vida de las mujeres.

Violeta, sin embargo, estaba furiosa, su caballero la aburría horriblemente; yo trataba de compensarla por las noches; porque el señor nunca dormía fuera de casa debido a su casta esposa, por otra parte buena diablo, pero que de vez en cuando le daba una tunda. Dos maneras de joder divertían sobre todo a mi princesa, y, como soy su inventor, quiero detallártelas.

Tras los dos primeros polvos, porque hay que estar muy en forma, colocad a vuestra bella de lado; acostadla sobre vos en diagonal, muy poco inclinada; vos debéis pasar vuestro brazo izquierdo por el hueco que su posición ha de crear necesariamente, y la mano replegada irá a frotarle la teta izquierda; tiene que ser follada a horcajadas, a lo perro, es evidente; pero su cabeza inclinada sobre la vuestra os permitirá tener la lengua en su boca, mientras la mano derecha se apoyará sobre el clítoris... Imagínate todo esto arrancando al mismo tiempo; el movimiento paralelo de las dos bisagras; el de las dos muñecas, la lengua que se mueve, los dientes que muerden... Las mujeres más frías se calientan enseguida: está comprobado; juzga por una joven salamandra... sin vanidad puedo decir que pocas putas son manejadas como Violeta, que hace honor a mi invención...

¡Y no pasaré a la posteridad!... ¡Ingratos mortales!, otorgáis a unos charlatanes que os aburren premios, laureles inmortales... Y a mí, ¿nada? Un insulso fabricante de panegíricos, un enojoso disertador se sienta en un sillón... ¡Ah, pardiez!, si no es más que eso, lo dejo entre sus brazos para arrojarme a los de Violeta... Pero, para vergüenza de Francia, no hay ningún premio para los que joden mejor. ¡Partidarios de la población! ¡Cómodos folladores economistas! ¿Es un jodido cálculo de muertos o de nacimientos lo que dará niños al Estado? Todos vuestros abates, aburridos razonadores, y que carecen de cojones, tienen pensiones, mientras que yo uso mi p... sin fruto y sin honor. He visto la guerra del pan en mi triste patria;^[54] he visto (¡cosa increíble!) seis mil soldados reduciendo a cincuenta campesinos armados con sacos de harina. ¿Quién había amotinado a toda esa gente? ¿Quién había hecho descender *de las montañas del Norte a estos nuevos sicambros*^[55]?... Vuestros libros, vuestros jodidos libros. ¡Eh!, demonios, si en vez de un maestro de escuela hubieran puesto en cada pueblo un juez experto en materia de joder, los campesinos trepados en sus animales no habrían pensado en venir a comerse los panecillos de la capital...

Antiguamente Apolo tocaba la lira con una p... ¡Ay!, ya no se le levanta, ¡la ha reemplazado su mano!... ¡Eh!, ¿qué me importan a mí cien volúmenes de sandeces académicas, magníficamente encuadernadas en piel, como sus autores, enterrados en un polvo frío y soporífero? Mi libro es un c...; lo hojeo de mil maneras, y el resultado de mis problemas es tan alegre como glorioso... Propongo, pues, una academia, yo que sólo respiro por la gloria de mi patria. Cada recipiendario debe ser inventor de una postura por lo menos; fundo diez plazas eclesiásticas a favor de un guapo cardenal y de prelados entendidos; el bajo clero y los monjes serán recibidos como asociados libertinos; cada año habrá un premio otorgado a la forma más bella de joder, y una medalla de oro para el que la haya puesto mejor en práctica; los jueces serán una duquesa, una intendente, una bailarina de la Ópera, las tres putas, como es habitual y conveniente. No habrán de faltar los modelos... Entonces se verá florecer el priapismo, que vale tanto como el deísmo. Al secretario no se le ocurrirá ser impotente, y se le harán cuentos físicos en lugar de cuentos morales...^[56] Pero, joder, volvamos a nuestros corderos;^[57] hay analogía: siempre se trata de un animal con vellón.

Violeta tiene los más hermosos cabellos del mundo, y la manía de hacérselos follar.

—¿Follar en el pelo?

—Sí, mi querido granuja; ¿os sorprende?... Incluso en las axilas, en los ojos, en las orejas... En cuanto a las tetas, por más que lo intenta, su pecho es demasiado duro y está demasiado separado; eso le va bien a Amada. Pero la perla es la siguiente. La pequeña mesalina se extendía cuan larga era, con las piernas bien abiertas; y yo, poniendo los pies donde debía tener la cabeza, la jodía en la boca, luego con la cabeza entre los muslos, la chupaba a más no poder; pardiez, te reirías si pudieras ser testigo de esa escena; ese doble movimiento de cabeza y de culo no tiene precio.

Mientras tanto, el señor Duret pagaba los gastos, y yo seguía comiendo a placer. Nuestras reuniones de libertinaje, en las que él no participaba, me divertían bastante. Una buena mañana voy a invitar a comer a una bonita bribona amiga nuestra. Los criados nunca están donde deben, y yo penetro hasta el dormitorio sin obstáculo. Un ruido muy significativo me hace saber que estaban jodiendo. Ya me retiraba cuando oigo: «Basta... basta... ¡Ah, reverendo!... Basta... ¡Ah!, joder... Granuja de monje... ¡Ah!, vas a matarme.

—Por el cordón de san Francisco,^[58] responde el hipócrita, quiero completar mi docena». Joder, éste es de los nuestros; cojo una escudilla llena de tostada con azúcar. Me planto de centinela, en espera de que haya terminado de cantar su letanía; entonces, abriendo la cortina: «Hombre de Dios, le digo muy humildemente, ¿no querríais este julepe? Me parecéis acalorado por el sermón». ¡Qué p...!, amigo mío, ¡qué p...! ¡Ah!, pardiez, la del turco no era gran cosa en comparación... ¿Quién era el tonto, sino el padre Ambrosio, provincial de su orden? Se había encargado de una misión, y nunca un hisopo semejante exorcizó al señor Satán... «Escucha, mira,

reverendo, le digo, soy un buen diablo, seamos amigos, tranquilízate y echemos un trago». El padre Ambrosio acepta la proposición, se repone de su desorden; Alejandrina llama, y ante nosotros aparece el almuerzo... «Joder, dice el monje todavía en celo, ahí tienes, querido amigo, ahí tienes el efecto de nuestras malditas ropas. Bajo este hábito que aborrezco ocultamos unas p... de hierro y unos corazones de gallina, por temor a los horribles suplicios que nos aguardan.

—¡Cómo!, ¿suplicios por haber jodido a una mujer guapa?

—¡Eh!, por joder no, sino por la tontería de dejarnos pillar cuando lo hacemos. Casi somos los más honestos entre los capuchinos; siempre los curas de grandes mangas fueron honrados por las mujeres, quizá menos por los maridos; aunque, rediós, prestábamos grandes servicios a los matrimonios. Mientras el pecadillo es secreto, no tenemos nada que temer; pero cuando se sabe, nos secuestran.

—¡Cómo!, ¿castigáis a vuestra gente?

—Palabra que es mejor así, los aislamos *in pace*. Yo mismo, rediós, que soy un buen diablo, he sepultado en una mazmorra a un joven padre que se había dejado pillar en casa de la Dumas. Sólo vivimos de limosnas. Por tanto, la hipocresía no es saludable y necesaria. Mil granujas idiotizados, y otras tantas viejas putas que quieren amar a Dios porque el mundo ya no las soporta, mantienen nuestra ociosidad. Mil fraudes, mil jugarretas nos ayudan a estafarles el oro que, decorando los altares de la superstición, alimenta a los secuaces de los vicios; porque, joder, bien mirado, empezando por mí, no valemos nada.

—Sin embargo, padre, estáis muy adelantado para la edad que tenéis.

—Eso es cierto; pero escuchad por qué: entré con quince años en el claustro, unos fanáticos me habían calentado la cabeza; yo veía al diablo en persona pisándome los talones; tenía miedo a sus cuernos... (Después he puesto tantos que me he familiarizado con los ornamentos de ese país). En nombre de la santa obediencia, me enularon; yo era alto y bien formado, me convertí en el puto de moda de la comunidad; mi p... no tardó en alcanzar el grado de eminencia en que la veis. Los inspectores ambulantes de la sagrada jerarquía se encargaban de reclutar jóvenes para el colegio de Roma; nuestro padre general se moría de consunción, le habían recetado el c... para reponerse... Jodida vianda (con perdón de la señora) para un italiano; pero había agotado Italia entera; yo era bello *a parte ante et a parte post* (esto quiere decir de culo y de cabeza). Nuestro padre guardián me presentó (el pobre granuja murió de pena ante ese sacrificio). El visitador me tomó las medidas, y fui aceptado. Llevado ante su reverencia *eminente*, me hizo enseñarle el culo; es la marca de honor, y yo entré en funciones. Rediós, era un orgulloso *que apestaba*, gordo como un moyo; pero yo la tenía enorme; me convertí en su menino; él fue nombrado gran inquisidor de Toledo; yo le seguí. ¡Ah, joder!, ¡qué buena vida! Ahí es donde se me permitió conocer los c... ¡Qué buen país España! Hay muchas flores que coger; muy a menudo son blancas, pero un monje no debe ser tan delicado. No os detallaré todo de lo que fui testigo; ¡a cuántas muchachas encerramos como judías y jodimos como

cristianas! Nuestros calzones les servían de *sambenitos*, y la absolución se daba a golpe de p... Lo que me molesta es que hicieron quemar a una docena a las que se les ocurrió hacerse las estrechas, o que querían hablar... ¡Oh, qué gran cosa es la discreción!... El padre Nicole murió de la muerte de los santos, de sífilis; presté algunos servicios al cardenal de Porto Carrero; me hicieron vicario y luego provincial; la vida de puto me aburría; París abunda en maravillas; además, como había ascendido de grado, ya no tenía nada que temer; por lo tanto seguí mi inclinación; he jodido, jodo y joderé; ésa es mi historia y mi conclusión».

Lo celebramos... «Pero, padre, las beatas os pagan.

—Claro, joder; yo mismo, que os hablo, consigo unas cien pistolas al mes sin contar los imprevistos; yo dirijo c... y conciencias. —¿Cómo, con la confesión?...

—¡Tonterías!, ahí es donde se instruye a una joven, donde se tranquiliza a una señora escrupulosa, y, tras salir de la iglesia, se le impone como penitencia un sabor anticipado por el burdel. (El maldito granuja e hipócrita me hacía estremecerme a pesar de mi maldad).

—Pero, padre, entonces ¿entre vosotros no se cree en nada? (Yo ya lo sabía, y aparentemente no creo más que ellos; pero quería profundizar en la monstruosidad de esa gente).

—¡Eh, amigo mío!, sois un idiota rematado para ser hombre de mundo. ¿Quién diablos puede creer en las monerías que inventa? Me cago en Scoto^[59] igual que en san Agustín. Intrigar mucho, beber mucho, joder mucho... Y la galera boga. La devoción nos da dinero; parloteamos de ella; entretenemos a las viejas, nos tiramos a las jóvenes.

—Pardiez, padre, qué bien pensado está eso; son máximas muy evangélicas; pero olvidáis un punto importante, la instrucción y la intendencia de las familias.

—Joder, ahí es donde brillamos; el pueblo beato, gente imbécil, aunque traidora, se vuelca con nosotros, ya os lo he dicho; al principio, nuestras armas son la persuasión, la dulzura, las inspiraciones del Altísimo; nos insinuamos como serpientes; elevamos sobre la base de la humildad el triunfo del orgullo. Complacientes al principio, pronto déspotas, nuestras opiniones se vuelven decisiones; nuestras decisiones, oráculos a los que no está permitido resistirse; ¿no hemos fabricado los rayos del Padre eterno para castigar a los refractarios? Así se cautivan las conciencias, dando miedo con Belcebú (menos malvado que nosotros, sin embargo), somos los dueños de los secretos, de los bienes de una familia. Si en una casa hay una joven bonita, quiero joderla; ella no quiere, pero su sentencia está dictada: un convento la hará gemir su exceso de virtud... Quieren casar a su hermana; su pretendiente le agrada; pero me desagrada a mí, porque me desprecia, o a veces sólo porque quiero hacer el mal por el mal: es algo que divierte al corazón de un monje; difundo rumores sordos; que no cree en el espinazo de san Pantaleón, ni en los calzones de san Buenaventura; es un impío, está excluido; entra en razón, y paga; se vuelve tan ortodoxo como santo Domingo. El hijo único es un joven que anima

grandes esperanzas; tiene inteligencia, altura de miras, talentos; su padre, duro como todos los devotos (aunque no son los únicos), le deja sin dinero, le pone en la imposibilidad de mantenerse; busca medios, ¿qué sé yo? La fogosidad de la edad le impulsa a cometer algunas tonterías. Yo aconsejo un puño de hierro; él lo sabe, me detesta: bueno, eso le viene bien a mis intereses. Mientras finjo disculparle, lo vuelvo más culpable; hago que lo deshereden, que lo encierren, que perezca, todo esto a mayor gloria de Dios, y el bárbaro idiota al que llevo del ronzal cree haber ganado el cielo al que ha hecho temblar tanto como a la naturaleza... Una mujer adorable y bonita es esposa de un viejo granuja; la esperanza de saciar una venganza ya criminal, un odio detestable por su motivo y sus efectos, su lubricidad impotente o cualquier otro fin igual de loable lo han empujado a asociarla a su débil y achacosa decrepitud. Los días de esa beldad transcurren en medio de las lágrimas; sus noches, entre privaciones y sollozos: y demasiado afortunada todavía si no se ve obligada a recibir unas caricias repugnantes que, ultrajando sus atractivos, sublevan su corazón; si no se ve obligada a soportar un suplicio real tanto en cuerpo como en espíritu, puesto que nunca abraza más que una sombra... ¡Ah!, bonita posición para mi hipócrita, desvergonzado, libertino, audaz... Mi plan está decidido; ella se rendirá a mis deseos, la inmolaré a mi pasión, o está perdida, quedará infamada, deshonorada. Gustos inocentes, placeres permitidos, decoro necesario, pensamientos, palabras, acciones incluso indiferentes, gestos, miradas, alegría o tristeza: todo será envenenado; si no es mi cómplice, será mi víctima. Vivirá mancillada a sus propios ojos, o perecerá en medio del dolor y cubierta por el oprobio público... Pero, joder, echemos un trago. Amigo, *in vino veritas*... Rediós, no reveléis el secreto de la Iglesia, os arrepentiríais.

—¿Quién, yo, padre? ¿Y cómo, por favor? Yo no dependo de vosotros.

—¿Que no dependéis de nosotros? Joder, eso vamos a verlo... Suponed por un instante que hayáis sido bastante estúpido o bastante insensato para insultarnos. Estáis jodido, amigo mío.

—¡Alto ahí, maldito monje!, exclama Alejandrina, jodes como un ángel, pero tu corazón es atroz, me horrorizas; me marchó, no quiero seguir oyéndote.

—Maldita mocosa, dice el padre Ambrosio, no sabe agradecer la mano que le da de comer; vete, vete, ya no estoy empalmado... (Nosotros seguimos).

»¿Crees que te atacaremos a diestro y siniestro? ¡Pobre idiota!, huirías, nos desenmascararías. No, nosotros empezamos por informarnos sobre todas las gentes distinguidas que conoces; elegimos a las más débiles, cuya blanca virtud, sometida a los prejuicios, crea monstruos expresamente para combatirlos. Hacen tu elogio. Es una lástima que tantas cualidades sean echadas a perder por tal o cual defecto (siempre será dirigido según las manías del oyente benévolo); así se siembra poco a poco la frialdad; se te sigue paso a paso; no se deja escapar ninguna ocasión.

—Pero yo no os daré el menor motivo.

—Es lo único que haces. Se te calumniará... ¿Quieres obtener un empleo, crear un establecimiento? Cartas anónimas, inventadas por el diablo que las regaló al

primer cenobita, volarán por todas partes. Nuestros partidarios las repartirán, las proclamarán en secreto comentándolas, los envidiosos las adoptarán ávidamente, y las acreditarán; tus enemigos (todo hombre los tiene y los de mérito más que los otros) irán más lejos.

—Pero quizá yo me defienda.

—Sin duda, creo incluso que convencerás a cien personas que te conocen particularmente, pero la voz pública siempre estará contra ti, y no te bastarán ni treinta años de vida para borrar la impresión que te habrá perdido... Mira, seguimos al pie de la letra la máxima que nos legó nuestro amigo Maquiavelo... *Calumnia siempre; por lo menos queda la cicatriz*, y el método es infalible.

—Palabra, padre, que estoy encantado, extasiado; no os creía tan hábil.

—Bueno, bueno, me replica el fariseo, no son más que nuestros medios... Y si te desvelase los resortes de esa política que durante tanto tiempo nos ha hecho gobernar la tierra como reyes de reyes, y hacer desaparecer a nuestro gusto a los soberanos del trono o de la morada de los vivos... —¡Ah!, padre, por favor, enseñadme esas cosas tan bellas. Pardiez, ¿quién sabe? Quizá me haga franciscano.

—Joder, podrías hacer cosas peores. Pero escucha...

»No ignoras que hubo un tiempo en que la crasa ignorancia envolvió el mundo; el fanatismo y la superstición reinaron como adeptos en los siglos felices... Edad por siempre memorable y afortunada en que el hábito mandaba sobre la diadema, en que los Bernardo, los Francisco, los Domingo, poderosos por su voz, sus pulmones y su maldad, sabían conmovier, ¡exaltar la bilis de la imbecil cristiandad! Profetas audaces y embusteros amontonaron millones de cruzados en las arenas de Egipto y de Palestina; y Europa, que a la primera de sus señales se movió contra Asia, corrió a buscar allí amplias tumbas, mientras que los crédulos habitantes, convertidos en nuestros vasallos, dejaban en nuestras manos suficientes despojos para levantar la verdadera Jerusalén; la Jerusalén eterna y poderosa, donde debían pulular todos los vicios de la ociosidad, todos los crímenes de la ambición y de la codicia.

»Entonces todo monje era santo; y todo hombre un poco ilustrado por encima de su siglo, excomulgado. La libertad ya no existe; nosotros perseguimos su sombra hasta el fondo del alma, hasta el seno del pensamiento... ¡Felices tiempos! ¡Por desgracia, cambiaron!... Apareció la *filosofía*; no ese incordio *verboso* que todavía se arrastra reptando por el polvo de la escuela; sino esa luz viva y fatal que ha disipado los vapores del fanatismo y roto los sonajeros de la superstición; como los pájaros nocturnos, fuimos deslumbrados por el resplandor del día. Nos derribó; corrimos a ocultarnos en esos asilos que el vulgo aún respetaba; hasta allí nos siguió el rayo vengador; pusieron al descubierto nuestras tramas; levantaron el velo sobre nuestros resortes; escudriñaron nuestra política; desenmascararon nuestras costumbres y nuestros vicios. El universo conjurado se reunió para abatirnos; estábamos perdidos... Su desprecio nos salvó, nuestra metrópoli nos sostuvo.

»Hay un poder cuyo excesivo orgullo y unas pretensiones sin límites engañan,

aunque su autoridad sea precaria y ficticia. Tan artificiosa como obstinada y política, su fuerza reside en su debilidad. La ignorancia le dio el ser; la astucia y la vileza lo hicieron crecer; las disensiones de los príncipes y los intereses anárquicos, de los que supo aprovecharse, lo volvieron formidable; la perseverancia y la altanería lo mantuvieron; sus excesos lo han debilitado; el artificio y la maleabilidad lo sostienen; su jefe, durante mucho tiempo moderador autoritario de una poderosa aristocracia, sólo a nosotros debe su crédito. Milicia entusiasta, ardiente, inmortal y siempre renaciente, perdidos para la cosa pública; aislados, de espíritu y de corazón, del resto de los seres humanos, nuestro único interés es nuestro engrandecimiento, que hace la gloria de ese vicario fantástico. Sobre nosotros funda su imperio. Por eso somos sus hijos, tan queridos como adictos. Fraudes piadosos, espectáculos indecentes, farsas culpables eran reverenciadas en el pasado; ¡pero su reino ha pasado! ¡Pues bien!, nuestra andadura se ha vuelto más secreta y más segura. Teníamos que vengarnos; desde el fondo de nuestros asilos aventamos la discordia, fomentamos aquellas guerras civiles que inundaron de sangre la Europa desgarrada; nuestros libelos, nuestros sermones sediciosos, las seducciones del confesionario nos bastaron para afilar los puñales; y, gracias a mis esfuerzos, quedó universalmente reconocido *que está permitido, que es santo matar a un hereje*, es decir, a nuestro enemigo; así mata el padre a su hijo, y así arranca el hijo a su padre la vida que había recibido de él; los crímenes produjeron mártires; devastamos comarcas fértiles, vertimos sin peligro oleadas de sangre. Ningún mortal designado por nuestra venganza pudo librarse de nuestros golpes. Aquí, los hijos de santo Domingo hicieron perecer al último de los Valois;^[60] allá, los de Ignacio inmolan a Enrique,^[61] a quien los filósofos todavía se atreven a llorar; las hogueras, el hierro y los venenos nos sirven sucesivamente, las víctimas se amontonan, los verdugos y los asesinos están extenuados; las prisiones rebosan de inocentes, y nosotros de sangre, de oro y de voluptuosidad... Pero no estamos saciados. El espíritu de comercio que ha venido a unirse al de dominación nos prodiga en vano los tesoros del nuevo mundo devastado por nuestra falsedad tanto como éste; nuestra avidez se excita con ellos, y nuestras costumbres no se dulcifican; en apariencia reina la calma; pero sólo es fingimiento; sentimos que nuestras riquezas sobreviven a nuestro crédito; los ambiciosos promotores del despotismo, que, sin embargo odiaban a los reyes, son aniquilados; tenemos que permanecer en el silencio, pero no en la inacción. Nuestros complots se relacionan, nuestras tramas se urden, nuestros enemigos nos atacan con las armas del ridículo; se engañan sobre su pretendida superioridad; nos reservamos muchos otros recursos, minamos sin ruido; tú eres joven, por eso verás el fruto de nuestros trabajos. Una revolución, tal vez lejana, pero segura, amenaza de nuevo al mundo; pisotaremos a esos hombres soberbios que se atreven a despreciarnos; mandaremos de nuevo... Ojalá volvamos a sumergir a los humanos en la barbarie, aniquilar las ciencias, arrancar hasta el germen funesto de esa filosofía pérfida que nos anega a humillaciones; levantar, por fin, sobre tantas ruinas, el nuevo edificio de nuestra

grandeza. Entonces un cetro de hierro regirá el universo, sometido a nuestros caprichos, consagrado a nuestros placeres. Dispondremos como sultanes de las madres, de las mujeres, de las hijas de nuestros esclavos; y conseguiremos que esas almas envilecidas terminen mirando como un bien su deshonor... Adelante, esos días de gloria y de felicidad avanzan con más rapidez de lo que creen nuestros imprudentes enemigos. No se atreven a intentar el único medio de hacerlo retroceder, el de destruir nuestra santa milicia y la poderosa jerarquía bajo cuyas banderas servimos, el de arrancarnos sobre todo esas inmensas riquezas que, para nosotros, vuelven todo posible. No, no tememos nada de este siglo venal, pagamos protectores que se convertirán en nuestros esclavos, y nos devolverán centuplicado lo que nos hayan costado.

—Carajo, padre, ¡eso sí que es sublime! ¡Qué amplitud de miras! ¡Qué capacidad de maldad! ¡Qué misterios de iniquidades!... (Me detengo, porque el padre Ambrosio se daba cuenta de que había hablado demasiado y fruncía el ceño; para desarrugárselo, atrapo a Alejandrina, que bailaba en el centro de la habitación). Padre, ¿queréis conocer el verdadero tipo del destino de los imperios, el instrumento de las revoluciones, la brújula del universo?... Aquí lo tenéis, dije, poniendo en evidencia el c... rollizo de la hermosa; ahí es donde vienen a terminar las intrigas del sacerdocio, la altivez del sultán, el fasto del mongol, los caprichos del déspota, los furores del tirano, las delicias ambiciosas del conquistador, las riquezas de los dos hemisferios...». Joder, echo a correr en mitad de la frase, porque el padre Ambrosio me arrebató a Alejandrina y la arroja sobre su cama para terminar también.

Vuelvo con Violeta, donde me esperaba un disgusto; una orden había expulsado al señor Duret de la recaudación de impuestos. No teníamos nada, salvo deudas (nosotros, es decir ella); le aconsejé que vendiera sus muebles para pagar, y yo me retiré para no entorpecer la mudanza.

Siempre me ha gustado la música; esa misma noche conocí a la Guyarre. Esta furcia es fea, y toca como una cocinera; pero su voz es bella, y, cuando no canta en falsete, agrada; además, jode como una loca. Mi reputación abrevió el ceremonial; acordé seis polvos diarios; ella despidió a su aguador, al que había derrengado, dejó descansar a sus lacayos y a su peluquero, y quedamos de acuerdo en hacer bolsa común (por supuesto, yo no metería nada). Daba conciertos, recibía a compañeros que la timaban detestándola, a músicos de bastante mala compañía y a gente de calidad, aficionados que no tenían siquiera el mérito de ser buenos.

Estaba charlando después de una cena con un célebre virtuoso y delicioso compositor (Cambini): hablábamos de la revolución de la música en Francia; le escuchaba con avidez y me instruía; de pronto, uno de aquellos señores nos aborda. «¡Cómo! ¡Hablan ustedes de composición! Pardiez, sin jactarme, yo entiendo mucho de eso.

—No lo dudo, le digo mirando de reojo al artista, y me encantaría que nos dieseis al señor y a mí algunas lecciones.

—Encantado, encantado; yo nunca me niego a hacerlo.

—Pongamos por ejemplo que el señor quiere componer una ópera y me pide el poema.

—Su música ya está hecha, ¿verdad?

—No, cómo podría haberla hecho.

—Peor entonces; la música nunca sale bien cuando se escribe para el texto; eso supone un obstáculo para el músico y le impide describir; su imaginación se enfría.

—Pero, señor, me parece...

—Pues os parece mal. Una orquesta, pardiez, una orquesta, eso es todo lo que se necesita; seguid a Moline;^[62] eso sí que es hacer una ópera; las palabras nunca concuerdan con la música, pero eso no perjudica los efectos... Yo soy partidario de los efectos; ¿verdad que tengo razón, Cambini?

—Señor marqués, sin embargo, cuando se quiere expresar un sentimiento, por ejemplo el amor...

—Sí, se necesita el cromatismo, muchas falsas quintas; eso se realiza con el acorde perfecto; de ahí se pasa al tono relativo por la tercera menor; subrayadme una séptima disminuida. Si el modo es menor, subid al mayor; sembradme bemoles; acordes de tercia, dominante, sexta y las dobles octavas... Pardiez, todo eso se modula en un santiamén... ¿Has puesto furor en tu ópera?

—Mucho, señor marqués. —¡Ah!, pardiez, ahora verás; compás de cuatro tiempos marcado con firmeza; para el recitativo *ad limitum* con acompañamiento obligado; luego, un coro en fuga con dos temas muy distintos uno del otro, porque eso señala la disputa, el conflicto de jurisdicción, sobre todo que griten como energúmenos (quizá sea necesario que se oiga un coro); luego, un gran silencio; imponente, ¿verdad?... Tres compases muy suaves para subrayar el contraste, ¿me entiendes bien? No habría ningún problema en incluir timbales; después el héroe se enfada en *allegro* con cuatro bemoles en la clave; tiene que hacer un sostenido de diez compases para calmarle el pecho; mientras tanto, la orquesta se agita de una manera endiablada; luego tu héroe hace trinos para descansar; quiere que se le oiga... Eh, no, demonio, que la orquesta lo aplaste, y si ese diablo de Legros^[63] consigue hacerse oír, que pongan truenos... ¡Ah!, lo que te recomiendo es un bajo muy ruidoso; que todo eso se mueva...

—¿Y mis aires de danza, señor marqués?

—¡Oh!, para eso necesitamos algo noble, un gran fragmento de flauta con variaciones para comodidad de Salentin,^[64] y luego un calderón con trinos; tiene que ser largo para hacer patalear un poco a Gardel...^[65] ¿No sabes cómo salir de ahí?

—Palabra que no.

—Un tamboril; rediez, un tamboril, no hay nada como eso para que se vayan contentos... Pues eso, buenas noches...

—¡Ah!, cerebro del diablo, maldito envenenador, *coglione, coglione...*^[66]

—Vamos, vamos, más despacio, Cambini, le digo... Bien, amigo mío, ahí tenéis a

alguien que os juzga sin permitir os apelación...». Nos reunimos con los invitados a quienes el marqués ya había hecho confidencia de sus bondades con nosotros, solicitando voces para la primera representación en caso de que se siguieran sus consejos.

Así pasé mi vida, en medio de talentos y de personajes ridículos; pero mi fulana me aburría; jura como un carretero; carece de cualquier tipo de recurso; sólo sabe joder; y encima lo hace de forma brutal. Un último incidente hizo que la dejase. Una noche, al salir del teatro, entro en su casa; ella iba a cenar fuera y yo también. ¿Se puede salir sin lustrarse las botas? Me siento en una silla; ella se coloca encima de mí y la follo. En el momento cumbre del placer, y fingiendo perder la cabeza, la muy furcia no la pierde. Mi reloj era magnífico, y ella lo codiciaba; le pareció bonito escamotearlo; lo saca muy despacio y se lo guarda en el bolsillo. Tan sensible como ella, me doy cuenta, y consigo quitarle el suyo, que era de gran valor; nos despedimos. Al día siguiente, grandes inquietudes de su parte, a las que respondo con bromas... Para terminar: «Sois una granuja descarada, le digo, os devuelvo vuestro reloj; quedaos con el mío, lo habéis profanado; mi única venganza será propalar esta odiosa anécdota; es nuevo y os honraré...». Empezó a insultarme a gritos; yo le hice la reverencia y me marché.

Así pues, debo dar preferencia a una mujer... Vamos, Dorville, tú serás mi sultana. Palabra que vale la pena. Una cintura de ninfa llena de gracias; el más bello encarnado anima su tez de rubia; sus grandes ojos azules no piden otra cosa que morir para resucitar... Al menos con ésta uno vuelve a reconocerse; mi cocinera me había asqueado. Empezamos por acostarnos juntos, y mi noche fue elocuente y decisiva. Me convertí en amo de la casa. Tenía a mis órdenes un intendente, al que había que guardar consideración porque era quien pagaba los gastos; taimado como soy, le dejaba el campo libre.

Esta nueva aventura me gustaba mucho; nos embriagaban sucesivamente todos los refinamientos de la voluptuosidad. Una mañana la encuentro en su cuarto de baño; salía como Venus Anadiómena,^[67] adornada por su sola belleza; aún tenía una pierna en la bañera, y apoyaba la otra en un sillón; sus hermosos cabellos flotaban sobre sus hombros; su mano acariciaba un pecho de alabastro; ella contemplaba todos sus encantos con una dulce sonrisa, mientras yo, desde el marco de la puerta que había entreabierto, observador empalmado, gozaba de aquel delicioso espectáculo y el fuego corría por mis venas. Un ligero ruido que hago me ofrece un nuevo cuadro: se agacha muy avergonzada; el rubor la colorea; trata de hacer un velo de su larga cabellera... Un perrillo de aguas sentado en el sillón se lanza justo donde era necesario, entre sus muslos, levanta la cabeza, oculta el santuario, ladra con todas sus fuerzas, y reemplaza con su pequeño hocico otra hendidura... Entro riendo a carcajadas; mi bella no tardó en consolarse, ¿adivináis cómo?

Os imaginaréis que yo debía ser feliz... ¡Pues bien!, no lo era. En ese hermoso cuerpo, templo de las Gracias, Dorville encierra el alma de una arpía extraña,

caprichosa; no tiene constancia más que en el mal y la perfidia; interesada, avara incluso; sólo atrae amantes para devorarlos. «Estoy cabreada», me decía ella un día, refiriéndose a un desgraciado al que había despojado, perdido, arruinado, «estoy cabreada por haberle dejado los ojos para llorar...». Dorville envenena todo, su lengua pérfida desnaturaliza las cosas más simples; su espíritu artero, fecundo en intrigas, oculta el más profundo disimulo bajo el velo de la espontaneidad más ingenua; perversa, como todos los débiles, los crímenes no le costarían nada si no temiera el suplicio.

—Eh, ¿por qué vivir con semejante monstruo?

—No la conocía; es seductora; creía que me amaba... Y por ello fui cruelmente castigado.

El conde de *** era amigo mío; acudía a menudo a casa de Dorville, su presencia no me molestaba; no le creía enamorado; estaba tranquilo; pero pronto creí descubrir que se sentía cohibido; venía con más frecuencia, pero su alegría desaparecía. Poco a poco se mostró sombrío y taciturno; abrumó:

Alejandro Magno como modelo. El trabajo del pintor griego se perdió, y conocemos su descripción gracias a Plinio (*Historia Natural*). Desde el Renacimiento, la diosa del amor surgiendo de las aguas se convirtió en uno de los temas pictóricos más trabajados: Botticelli, Tiziano, Ingres, Cabanel, etc. nuestras reuniones con el tedio, a mí me producía pena. Yo me esforzaba por distraerle; acogía mis ofrecimientos con esa cortesía incómoda que presagia el enfriamiento y la ruptura entre amigos. Dorville es hábil, insinuante, le confié mi dolor, le rogué que sonsacase a mi amigo el secreto de sus desdichas; dio la impresión de que ella entraba en mis planes... La muy pérfida... Algunos días después me preocupó su profunda tristeza; la sorprendí más de una vez derramando unas lágrimas que pretendía ocultar. Inquieto, alarmado, presioné, supliqué; por fin, en esos momentos en que, entregados completamente uno a otro, no se niega nada, renové mis esfuerzos; entonces con esa emoción, con ese acento que sólo la verdad debería conocer... «¡Oh, amigo mío, me dice, querido amante! Voy a afligir tu corazón; pero exijo tu palabra; esa palabra sagrada de que contendrás un furor demasiado justo. (Le prometo lo que me pide). Creías que el conde era tu amigo, no es más que un traidor».

—¿Un traidor, él?

—Sí, un traidor muy cobarde, que ha querido hacerme su cómplice. Me ha confesado su indigno amor. Yo he tratado de volverle al camino del honor, de la amistad; he empleado la dulzura, los ruegos, las lágrimas... Pero en nombre de la amistad, su arrebató ha sido extremado. «Reniego de él, ha exclamado, reniego de él. Mi rival es mi enemigo...». ¿Debo añadir los insultos que ha lanzado contra ti? No, no; mi corazón todavía sangra por ellos; tú querrás vengarte; tu vida correrá peligro... «Pero ¡Dios!, cuántas perfidias temo...». ¡La muy bárbara! Y las lágrimas inundan su rostro; baña con ellas el mío; sus caricias llevan a mis venas todos los ardores de la voluptuosidad, todos los venenos de los celos; el orgullo desarrolla un amor que nunca había creído sentir... ¡Perder yo tantos encantos!... Indigno amigo, has de perecer, tu sangre lavará mi ofensa... Dorville finge aplacar mi furor sólo para atizarlo más; pero me había atado con juramentos; la rabia se concentra y crece en mi seno.

Volvió el conde; nos enfadamos; me burlé de él; Dorville, actuando de mediadora,

impedía toda explicación; la situación era demasiado violenta para que durase. El conde me insultó, salimos; la furia nos impulsaba a los dos, yo le alcancé con una estocada mortal que lo tendió a mis pies... ¡Ay!, el horrible velo que nos cubría cae al punto; el conde suelta la espada: me precipito sobre mi desgraciado amigo para detener su sangre... «Se acabó, me dice, me muero... Lo tengo merecido... Amigo, yo quería quitarte la vida... Dorville me lo había pedido.

—¡Dorville, oh cielo!

—Mi pasión era irreprimible... Ella había puesto ese precio a mi felicidad... Adiós, perdóname... Bien castigado quedo... Al menos muero siendo tu amigo...». Se esfuerza por abrazarme, expira... ¡Oh tierra, engúlleme!... Me alejo de aquel lugar de horror; desesperado, furioso, vagabundo presa de las furias que me desgarran. No sé qué rumbo tomar; mis pasos se detienen maquinalmente ante la casa de la infame; subo y aún sostengo el acero humeante de la sangre de mi amigo... «Soy yo, soy yo el que le ha matado, exclamé aullando de dolor; mira, monstruo, sacia tu rabia; ya no existe; tú querías que él derramase mi sangre; me has pedido su vida, le pediste la mía; ven, tómala, sáciate de muerte». La sangre fría, la serenidad, reinan en su rostro; la alegría se trasluce en él; todavía osa tenderme los brazos, felicitarme por mi victoria... «¡Horrible arpía!, tiembla, esta mano que tú has vuelto criminal podría castigarte...». Un gesto furioso acompaña estas palabras; ella se precipita a mis rodillas, su seno palpita y la palidez la cubre. Arrojo la espada lejos de mí, toda su audacia renace... «Bueno, dice ella, yo lo planeé todo, es cierto, le detestaba, alimenté su amor para perderlo; le animé contra ti; sabía que tú no corrías gran peligro; hace mucho me ofendió prefiriendo a una rival... Estoy vengada...». Yo apenas la oía. Una vez recuperada la calma, me desmayé, y volví en mí en mi cama, rodeado por mis criados.

Durante mucho tiempo no conseguí consolarme; absorto en mi dolor, rehuía el contacto de los humanos. La imagen de mi amigo sucumbiendo bajo mis estocadas me perseguía sin cesar; rechazaba cualquier distracción; moría lentamente; llamaba a la tumba.

En la misma casa, pero en un ala del edificio separada de la mía, vivía muy retirada la esposa de un coronel; hasta entonces, yo le había rendido cuatro veces al año las simples formalidades de la cortesía. Mi vida demasiado disipada y el estilo al que me había entregado no me habían permitido prestarle mucha atención. Mi ayuda de cámara, enterado de lo ocurrido y desesperado por mi situación, pensó que sólo aquella joven señora podía sacarme de ella. Mi cambio de conducta y de carácter había dado lugar a toda suerte de comentarios en la casa; él supo hacerse presionar para que revelara la causa; algunas frases soltadas a la doncella excitaron la curiosidad de la marquesa. Mi hombre le detalló mi funesta aventura, y se conmovió; todas las mañanas sus criados venían por orden suya a informarse sobre mi salud. La apatía en que me hallaba sumido no me permitió sentir que debía agradecerse; un día nos encontramos al salir, ella me hizo reproches por mi temperamento huraño con

cierto aire de interés; yo le manifesté mi diligencia en reparar mi falta, y quedamos de acuerdo. Mi visita fue breve, pero el primer paso ya era mucho; continué; la vi más a menudo; pronto no me moví de su casa. La marquesa era dulce y complaciente; no le desagradaban detalles cien veces repetidos; se enternecía y lloraba conmigo; mi dolor se volvió menos amargo; el sentimiento de lo que debía a aquella amable amiga convirtió mi agradecimiento en dulce costumbre...

—¡Eh!... cuidado con el amor.

—¡Ay!, amigo mío, tienes razón. Una relación íntima, una confianza sin límites entre una encantadora mujer de veintidós años y un joven llevan infaliblemente a él. Además, cuánto predispone el dolor al cariño.

—En fin, ahí tienes el amor perfecto. ¡Bonita caída, amigo mío, bonita caída!

—No, no haré el papel del lánguido Filinto.^[68] La marquesa no es una de esas mujeres que se deleitan con lo maravilloso; alegre sin querer parecerlo, realmente buena y sensible, todo lo seductora que se puede ser y de humor equilibrado, aquella mujer adorable no era sin embargo feliz. Su marido, como muchos de nuestros militares, descuida un tesoro que posee para correr tras adefesios. No cree en la virtud, que no es digno de conocer, y sin embargo es celoso hasta la brutalidad; quién no sabe que ése es el medio más seguro para que su destino se cumpla; era digno del suyo, pero ¡qué poco merecía Eufrosia su infortunio!

¡Qué diferencia, amigo mío, entre las caricias ingenuas de una mujer adorable y cándida, y los arrumacos de nuestras bribonas! Éstas pueden embriagar nuestros sentidos; pero, una vez disipado su ardor, uno se queda de nuevo consigo mismo; el asco, el hastío envenenan incluso los placeres pasados; se necesita un aguijón para volver a saborearlos.

La marquesa une a todo el esplendor de la juventud una estatura imponente; parecería colosal si estuviera menos proporcionada. Cinco pies y cuatro pulgadas,^[69] descalza; el cuerpo más hermoso del mundo; un pecho arrebatador; los brazos rollizos, igual que las manos; una fisonomía que sin ser la belleza encierra mil gracias que no posee una bella; una irregularidad atractiva; cabellos gruesos como el brazo, que le caen hasta los pies; ése es su retrato.

Nadie mejor que Eufrosia sabe manejar las situaciones ridículas, de no ser por la bondad de su corazón sería cáustica; pero teme hacer sufrir, incluso a los que la habrían ofendido, si el respeto que inspira le permitiera esa audacia. Su ingenio me sorprendía más cada día. Su modestia le hacía encontrar extrañas las muestras de mi admiración... «Pero, amigo mío, me dijo veinte veces, resultarás ridículo; me alabas sin cesar, te quedas extasiado ante las cosas más simples... Todo el mundo diría lo mismo».

Pero su alma... ¡Cómo pintarte esa alma completamente amante que sólo tiene existencia para los sentimientos nobles y tiernos! Gracias a ellos sale ella de esa calma inalterable y dulce que la caracteriza en sociedad; de ahí saca ese calor que la vuelve tan conmovedora, tan abnegada, tan sublime en amor. Eufrosia es tan

voluptuosa como tierna; pero siempre es decente; es pura, es casta: y por eso, indudablemente, nunca conocí goce semejante.

No esperéis verme esbozar su cuadro. Que el velo del misterio cubra para siempre nuestros placeres... Pero ¡cuántos combates hube de sostener contra su virtud! Cuántas veces hube de repetirle que sólo el crimen era vergonzoso, y que el amor, un amor como el suyo, no podía ser criminal... ¿Lo confesaré? Su deber fue mucho tiempo más fuerte que yo. Sintió el peligro; tuvo el noble valor de escribir a su marido; de pedirle su atención y su presencia. Él despreció a aquella mujer respetable; rechazó sus ruegos; una indiferencia repugnante, un desprecio insultante fueron el premio a los esfuerzos que ella hacía sobre sí misma para arrancarse al cariño... Persuadí, triunfé; Eufrosia ya no volvió a ruborizarse ante mí; la paz reinó en su corazón: ¡eh!, ¿qué hombre de hierro se atreverá a condenarla? Transcurrieron seis meses en medio de las mayores delicias. Aislados del resto de la naturaleza, nos bastábamos a nosotros mismos. Nuestros ardores sin cesar renacientes siempre tenían el encanto de la novedad. Una confianza mutua y sin límites completaba nuestra dicha.

¡Ay!, ¿puede durar mucho tiempo? Miseros juguetes del destino, ¿qué poseemos que sea estable? Y por unas pocas gotas de bien mezcladas a un océano de males, ¿hay que amar la vida?... La marquesa llevaba en su seno una prenda de nuestro amor. Pronto su estado dejó de ser incierto. Yo estaba en el colmo de la alegría sin atreverme a testimoniárselo: alegría insensata tal vez; pero tan dulce que ni siquiera pensaba en combatirla. Eufrosia, más lúcida por sus presentimientos, se sentía devorada por inquietudes que su dulzura y su amor apenas disimulaban. De vuelta a París, su marido había descubierto fácilmente nuestras relaciones, y el muy cobarde las había divulgado. Nos prodigaba toda suerte de injurias; veinte veces Eufrosia detuvo mi brazo dispuesto a vengarla, supo encadenarme con juramentos; pero su felicidad se vio alterada para siempre. Sin cesar la sorprendía bañada en lágrimas, a las que mezclaba las mías... «Eufrosia, le dije un día, ¡ay!, soy la causa de tus dolores, y no puedo aliviarlos; ¿ya no se entienden nuestros corazones? ¡Ah!, ¿podrías odiarme alguna vez?

—¡Odiarte! ¡Ah!, nunca te he querido tanto. Este infortunado niño que alimento en mi seno nacerá bajo crueles auspicios, sin duda; pero ha estrechado, si eso es posible, los lazos que me unían a ti. Vamos, amigo mío, no soy injusta; y si he hecho sacrificios por ti, no creas que me arrepiento; te los haré mucho más dolorosos... Querido amante, tal vez me queda muy poco que ofrecerte... Al menos que este niño te recuerde a su madre.

—Cruel, ¿qué quieres darme a entender?... ¿Ése es entonces tu amor?...

—¡Ah, si me quisieras, no pagarías mi cariño a ese precio!... Muere, muere, pusilánime amante, pero antes de expirar gozarás el bárbaro placer de haber inmolado a tu amante. Vas a privar a tu hijo de tus abrazos y los míos; quedará expuesto a todos los golpes del destino, desconocido en la tierra, rodeado tal vez de enemigos, vivirá

para el dolor; y eres tú, tan tierna, tan compasiva, la que, al darle a la luz, lo condenas a largos infortunios que nunca endulzará nuestro cariño...». Eufrosia me interrumpe con sus sollozos, pero el torrente de lágrimas que derrama en mis brazos parece aliviar su corazón... «¡Oh, Eufrosia mía!, le digo entonces, ¡deja, deja esos funestos pensamientos!... Recobra tu valor, consérvate para el amor; ¿no me has dicho mil veces que sólo vivías por mí?...». Me prometió estar más tranquila. Creo que sí, que se tranquilizó.

Pocos días después, órdenes de la Corte me obligaron a dirigirme a Bretaña. Mi viaje debía ser breve; pero Eufrosia avanzaba en su embarazo. ¡Cuántas inquietudes iba a darle, y cuánto lo sentía yo!... Nos agitaban unos presentimientos horribles. Nuestra despedida fue cruel; largo tiempo abrazados uno a otro, nos parecía que era por última vez. Eufrosia se desmayó; me arrancaron de su lado, había que partir.

Ya me felicitaba yo por un pronto regreso; mis asuntos estaban a punto de acabar; recibo esta carta de un amigo: «¿Qué haces, desdichado? Cumples unos deberes estériles y descuidas los más sagrados. Corre, no pierdas un instante, ven a servir al amor». Vuelo con el alma sobrecogida de espanto; llego... ¡Horrible espectáculo!... En casa de Eufrosia todo está en duelo... ¡Cielo! ¡Oh, Cielo! ¡Ella ha muerto!... Quiero verla, quiero abrazarla una vez más, quiero morir con mi amante... Avanzo pese al esfuerzo de los que me retienen; me hablan: no les oigo. Ebrio de desesperación, iba a entrar... «Detente, joven temerario, me dice un venerable viejo que sale de la habitación de Eufrosia: respeta este lugar habitado por el dolor». Su acento severo, pero conmovedor, penetra en mi corazón; me precipito a sus rodillas sin saber quién es, le abrazo... «Quienquiera que seáis, apiadaos de mí, dejadme volver a ver a mi amante; sólo invoco esta gracia... ¡Ah!, ¿por qué no puedo conseguir una muerte más dulce a su lado?

—Levántate, me dice llorando... Joven insensato, precipitas a la tumba mi dolorosa vejez. ¿Qué te hice? Hasta ahora nada ha mancillado mis blancos cabellos; entregas mis últimos días a la vergüenza, a la desesperación. Tu funesto amor ya me cuesta un hijo y una hija; uno era mi sostén, y la otra mi felicidad.

—¡Vos, su padre!... ¡Oh dioses!... Infortunado anciano, tomad mi vida; no renegaré de mi amor, y ojalá, vengándoos, podáis reunirme con mi amada.

—Lo he perdido todo; podría acusarte de todos mis males; pero no tengo el corazón de un bárbaro, y no puedo ni quiero odiarte... (Mis gritos, mis gemidos, son mi única respuesta). ¿Cómo? ¿Soy yo quien tengo que consolarte? Calmaos, joven demasiado desdichado; Eufrosia...

—Bien, padre mío... espero a vuestras rodillas mi sentencia...

—Eufrosia aún respira.

—Respira... ¡Oh dioses!, dejadme... Corramos... (me detengo con la sangre fría y el extravío de la desesperación); pero no, está muerta; aún me dais esperanzas para saborear más tiempo vuestra venganza». Tras estas palabras, mis fuerzas me abandonan; caigo sobre un sillón; un estupor mortal se apodera de mí; tengo los ojos

abiertos y no veo nada...

El padre de Eufrosia se digna cogerme de la mano... «No os engaño en absoluto; pero vuestro destino y el mío no son por ello menos crueles. Creed lo que os digo, y enteraos de las desgracias que causáis. Ocho días después de vuestra partida, el marqués de *** vino a ver a mi hija. Su hermano estaba con ella; Eufrosia acababa de confiarle su estado y su amor. El marqués, furioso, montó en cólera contra su esposa en los términos más ultrajantes. En vano trató de calmarlo mi hijo. El marqués amenazó a Eufrosia; quería golpearla. Mi desdichado hijo se interpone en defensa de su hermana; su cuñado, fuera de sí, saca su espada y le fuerza a defenderse. La rabia lo cegaba; se precipita sobre el acero de su adversario; mi hijo, desesperado, vuela en su ayuda; el marqués ocultaba una pistola con la que mata a mi hijo... A la vista de aquel combate funesto, Eufrosia había caído desmayada; los dolores de un parto prematuro la devolvieron a la vida y a todo el horror de su destino; trajo al mundo un niño que ya ha muerto; hasta ahora desesperábamos de salvar a la madre; hoy parece estar algo mejor, pero ¿cómo escapará a su dolor?». Yo había devorado este terrible relato, permanecía inmóvil; pero ¡dioses!, ¡cuántas serpientes desgarraban mi corazón!... «Bueno, exclamé con amargura; ella vive..., vive; pero es para detestarme... Pero no, Eufrosia no puede odiarme... ¡Padre mío!, ah, permitid que os dé este nombre: os ofrecía mi vida, que será consagrada a vos; ¡permitidme reparar cuanto esté en mi mano vuestras horribles pérdidas! ¡Que yo me convierta en vuestro hijo! ¡Oh, cuán dulces me parecerán los deberes!... Pero, padre mío, dejadme salvar a vuestra hija; Eufrosia vivirá para amaros...». El buen anciano se enternece; un rayo de esperanza penetra en su alma, llora sobre mí, se digna estrecharme contra su pecho... ¡Ay!, los dos nos engañábamos; Eufrosia volvió a la vida; pero una melancolía profunda la había envenenado para siempre; se negó a verme, y corrió a sepultarse en un convento. Lo intenté todo para vencer sus resoluciones; su padre secundó mis esfuerzos; todo fue inútil, tomó el velo y pronunció sus votos.

Mi imaginación estaba encendida, mi cabeza exaltada, mi corazón inundado de tristeza. Tomé una resolución violenta, y, sin comunicar a nadie mi proyecto, monté a caballo y corrí a buscar la Trapa para sepultar allí el resto de mis días.

El cielo parecía conjurado contra mí. Una tormenta espantosa me obliga a detenerme en Verneuil; estaba empapado, no tenía nada para cambiarme; me dirijo a un albergue para secarme, y, rendido de fatiga, pronto me decido a pasar allí la noche. Sólo en mi cuarto, lo veo todo lo más negro posible: la historia del abate de Rancé^[70] me llevaba al cuarto cielo.^[71] Yo no veía nada tan hermoso como esos largos cementerios cuyos sombríos horrores apenas perforaban algunas lámparas sepulcrales; oía esa campana fúnebre que parece llamar a la muerte; la veía avanzar con pasos lentos; Comminge^[72] y Eufrosia estaban delante de mis ojos; yo tomaba el penoso trabajo de mi imaginación delirante por el heroísmo de la virtud; iba por fin a hundirme en esas moradas fúnebres donde gimen tantas desgraciadas víctimas de los prejuicios o de las pasiones... Yo así lo quería, la Providencia no lo quiso.

Absorto en mis sombrías reflexiones, no me había fijado en una joven muy guapa del albergue, que desde hacía un cuarto de hora permanecía a mi lado... Por fin me doy cuenta: salgo de mi ensoñación, pero para caer en otra; le acerco un sillón, creyéndola, palabra, no sé quién, la obligo a sentarse; ella no duda de mi locura; por fin, a fuerza de preguntarme qué quería yo para cenar, me hace recobrar mis sentidos; yo me río, ella estalla en carcajadas.

Le digo lo que quiero; Madelón desciende, y vuelve para hacer mi cama. La bondad divina velaba sobre mí: esta clase de chicas llevan los refajos muy cortos. Al inclinarse, Madelón me dejaba ver una pierna rolliza y el arranque de un muslo blanquísimo... «¡Ay!, me dije a mí mismo, voy a enterrarme; que esta pobre chica aproveche al menos lo que me queda; ensartémosla; es el último polvo que voy a echar en mi vida». Entonces, con una seriedad sin igual, la agarro por las dos piernas, la remango y se la meto antes de que ella tenga tiempo de ver cómo; se hizo un poco la arisca; pero ¿dónde está la chica que no se ponga en marcha al tercer empujón? Sólo que, para mostrarme su despecho, se movía como un diablo. Por hábito, yo quería volver a empezar; ella me hizo admitir que era imposible, que estaban esperándola; pero acordamos que vendría a dormir conmigo, y me liberé en su favor de algunos luises que, según mi proyecto, iban a resultar inútiles, porque mi plan seguía siendo firme.

Pasamos la noche juntos; yo me entregaba como si fuera la última vez; pero admirad la obra del buen Dios: cuanto más iba yo a aquel endiablado agujero, más se calmaba mi cabeza, y tanto más se debilitaban mis resoluciones, por lo que resolví, so pretexto de fatiga, esperar una noche más para decidirme; no tuve que hacer ese esfuerzo. Mi berlina de posta llegó hacia la hora de la comida; dos hombres que venían en ella me hicieron pedir permiso para compartir la mía; lo concedí; pero ¡cuál no fue mi asombro! Eran dos de mis amigos íntimos que me seguían los talones. «¡Ah! ¡Ah!, señor enloquecido, me dice Saint-Flour, nos habéis dejado plantado; ¡qué diablos, si pareces el caballero de la triste figura!». Quise mostrar aplomo, me enviaron a paseo, se burlaron de mí, me demostraron que carecía de sentido común; lo creí; monté en el coche con ellos: llegamos a París.

Durante un tiempo sentí algo de vergüenza; además, que el diablo me lleve si sabía adónde ir, ni qué relaciones formar. Pero estaba endeudado; mis acreedores, honrados israelitas, venían a ofrecerme su cara patibularia. Tomé una resolución magnánima; decidí ponerme la soga al cuello: casarme.

—¡Ah!, vas a sentar la cabeza.

—Sí, sentar la cabeza; pardiez, eso es morir antes de tiempo.

Conocía a una vieja intrigante, decana de las marquesas emparejadoras de sacramento; fui a contarle mi caso haciéndole la observación de que tenía prisa. «De acuerdo, me dijo ella, ¿la queréis guapa?

—Palabra que me da igual; es para hacerla mi mujer; apenas me cuidaré de ella, y sólo la tomo para los curiosos.

—¿Tiene que ser rica?

—¡Oh!, lo más posible.

—¿Inteligente?

—Pues sí, claro.

—Tengo lo que necesitáis. ¿Conocéis a la señora de l'Hermitage?

—No.

—Os presentaré; es amiga mía; su hija tiene dieciocho años; ella es muy rica y de un carácter excelente». (¡Ah, joder, qué fea es esa zorra!). Mi amable dueña parte inmediatamente para iniciar las conversaciones, preparar el asunto y alabarme; por la noche me escribe unas líneas y dos días después nos dirigimos a casa de mi futura suegra.

La señora de l'Hermitage tiene un salón intelectual; todos nuestros semidioses, todos nuestros apolos modernos, acuden a él en busca de cenas que pagan con pamplinas. Ya en la antecámara respiré un olor a rancio que se apoderó de mi olfato; la vieja me había advertido que había mucho que admirar. Entro en un salón inmenso y cuadrado; encuentro allí a la dueña de la casa con aire de hada, cuerpo de esqueleto y porte de emperatriz. Me aburre con largos cumplidos; respondo a ellos con abundantes reverencias; busco con la vista a la futura... ¡Ah!, joder, tendrá que ser más tarde. Diablos, antes debe juzgarme su querida madre; ¿y permite el decoro que una joven se exponga a las miradas del primer recién llegado?... La dueña y la madre sacaron a relucir las grandes palabras y las viejas historias. Mientras tanto, yo examinaba de arriba abajo el salón; tapices con antiguos árboles cubrían sus paredes. Casandra y Políxena estaban representados en ellos igual que el rey Príamo,^[73] numerosos troyanos y pérfidos griegos, cada uno con un rollo que salía de su boca para facilitar la conversación. Del techo colgaba una inmensa lámpara de siete brazos de bronce dorado que se había utilizado en los festines de Nabucodonosor;^[74] en los cuatro rincones, trípodes de vieja laca rematados por urnas a la antigua, y pirámides truncadas, hallados en los fosos de Nínive la Soberbia.^[75] Mesas de mármol de Paros, apoyadas en pilares de granito, cargadas de bustos griegos y latinos y de un gran medallero. La chimenea, elevada a ocho pies largos de altura y rematada por un espejo de metal, rodeada por un inmenso marco de filigrana; era, creo yo, el de la bella Helena. Los sillones parecían modelados por los de la reina de Saba, cubiertos de tapicería, duramente rellenos para evitar la molicie; pero magníficamente dorados... Éste fue, querido amigo, el mobiliario que asombró mis ojos. Por lo demás, todo descubría a mis expertas miradas un fondo de riqueza que cosquilleaba mi alma; y ya proyectaba cambiar todas aquellas sandeces por las bellas invenciones de nuestro lujo moderno. Me extasié en cada objeto; di mi opinión como entendido aplaudiendo; fueron bien recibidos mis elogios, y mi dueña y yo nos retiramos.

Al salir, ella me dijo que mi rostro, mi aspecto sensato y reposado (porque, pardiez, no se me había escapado ni una sonrisa), y sobre todo mi excesiva cortesía, habían predisuesto en mi favor, que probablemente sería invitado a cenar el jueves,

que era el gran día; y que entonces vería a la señorita Euterpe... Joder, bonito nombre; temo muchísimo que mi encantadora sea también alguna antigualla.

Fui invitado; la cena respondió al mobiliario, y vi a mi Euterpe... ¡Ah!, rediós, vaya beldad que es la futura; está echa a golpes de podadera; que el diablo me lleve si no ha sido modelada a partir de algún mono; también su señora y querida madre dice que es el vivo retrato del señor de l'Hermitage. Rechoncha en su corto cuerpo, con una tez de un amarillo verdoso, ojillos hundidos, metidos en medio de dos mejillas hinchadas; cabellos en mitad de la frente, una boca enorme y amueblada con clavos de especias; un cuello negro; y, además..., ¡basta!, una gasa envidiosa velaba un no sé qué que parecía endiablado. ¡Eh!, pardiez, ¿no cubría ella también las dos piernas más feas que nunca sirvienta alguna haya lavado? Por lo demás, la señorita Euterpe hacía complacida unos remilgos y unas muecas que aún la afeaban más... Fue peor cuando habló. ¡Ah, Cathos^[76] no es nada comparada con ella!... «¡Día de Dios!, casarme con eso, me dije para mis adentros. ¡Qué duro!».

—Entonces, ¿no te casarás con ella?

—¡Eh, amigo mío!, cuarenta mil libras de renta de entrada y otras tantas de reintegro, no son de despreciar; tiene los bellos ojos de un joyero, y yo sólo tengo una buena p..., que ella apenas probará. Mis acreedores me pisan los talones; es preciso inmolarse...

Después de la cena, la señorita Euterpe fue a plantarse junto a su querida madre; yo fui a cantar hipos amorosos que fueron recibidos con humanidad y condescendencia: en resumen, al cabo de quince días nos casaron, favoreciéndome con veinte mil libras de renta por contrato. Heme aquí, pues, euterpiado. La madre dio a su amada hija su bendición y el beso de paz; mi casta esposa fue a meterse entre las sábanas; con los talones pegados al culo, como se hace por modestia. Una parte de los convidados a la boda estaba en las habitaciones vecinas; los jóvenes sobre todo, para quienes es una oportunidad, me cumplieron sobre mi futura felicidad, me desearon buena suerte y se emboscaron. Yo me planté al lado de mi encantadora mujercita, que derramaba gruesas lágrimas. «Señora, le digo, el matrimonio en que nos hemos comprometido es un estado *penoso*, una vía *estrecha* que, sin embargo, lleva a la felicidad; no hay rosas sin espinas; y soy yo, vuestro esposo, quien debe arrancarlas. El Creador nos ha reunido para que nuestras dos mitades no formen más que un todo. A fin de consolidar mejor su obra, ha hecho presente al hombre, jefe de su esposa, una clavija... Palpadla (llevo la mano a ese punto, y la máscara retira su pata como si tuviera mucho miedo). Ahora bien, ese instrumento debe encontrar su agujero; ese agujero está en vos; permitidme que lo busque y que lo tapone...». Entonces, con brazo vigoroso cojo a mi cristiana, ella cierra los muslos; le meto entre ellos una rodilla como una cuña; ella me da puñetazos a modo de resistencia; por fin, finge encontrarse mal; estira las piernas, levanta el culo; yo llamo a la puerta... ¡Ah, joder! ¡Ah, rediós! ¡Muerte de mi vida!

—¿Qué pasaba?

—¡Cómo, verdugo! ¡Dos pies de cuernos!... Me ahogo... Ella está abierta, incluso por las dos partes; ¡ah, perra!, ¡ah, carroña! ¡Y defendías la brecha!... ¡Jodida zorra!... La golpeo; ella me araña, grita, yo lanzo juramentos mientras continuo golpeando; llega la madre; echando espumarajos de rabia, salto al pie de la cama, y escapo. Mis amigos, puestos en fila, me preguntan con maligna inquietud si me encuentro mal, si quiero un vaso de agua... ¡Lo único que quiero es que el diablo me lleve lejos!... Un momento después vuelve mi suegra, y en un tono de senador: «Yerno mío, sé lo que ocurre.

—Rediós, también yo lo sé, y de sobra.

—No, no pasa nada; el primer día de mi boda me ocurrió lo mismo.

—¡Ah, jodida familia!

—Tranquilizaos, es una niña que no sabe que lo es, ya se acostumbrará; id a meteros en la cama a su lado y tratadla con dulzura. (La rabia que me ahogaba me había impedido interrumpirla; pero ante aquella dulce invitación, exclamé):

—¿Yo, volver a la cama? Que el bribón que la empezó la termine... ¡Ah, joder!, es una antigüedad o un caballo, de lo ancha que es. (La señora de l'Hermitage frunce el ceño).

—Ya comprendo, yerno mío, lo que ocurre; es que no podéis.

—¡Cómo que no puedo, jodida señora! ¡Eh, rediós, la tarea no es difícil, podría pasar por ahí una carroza!...». La vieja hada se enfadó; estuve a punto de tirarla por la ventana, y me fui para no volver nunca a aquel maldito lugar.

¡Oh rabia! ¡Oh desesperación! ¡Yo, el terror de los maridos! ¡Yo, la perla de los jodedores! Aquí estoy cubierto con el penacho de moda... ¡Cucú, cucú, en ciernes!... ¡Cucú por delante y por detrás, y por culpa de un adefesio, de una maritornes!... ¿Adónde huir? ¿Dónde esconderme? Los epigramas me asesinarán.

No es eso todo. Al día siguiente un hombre vestido de negro pide hablar conmigo. En medio de muchas reverencias me entrega un papelito... «Señor, os equivocáis.

—No, señor, me dice el normando.

—Pero ¿quién manda esto?

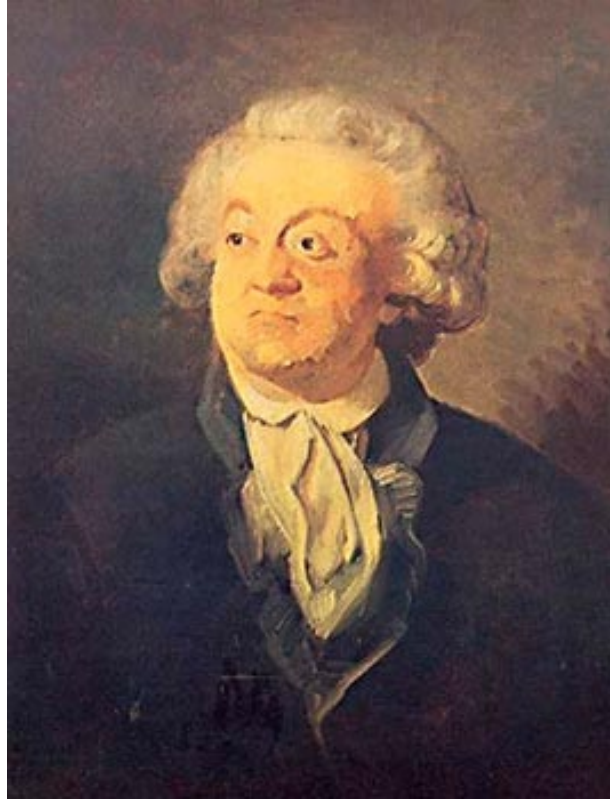
—La alta y poderosa señorita Euterpe de l'Hermitage, vuestra legítima esposa.

—¡Cómo, granuja!, joder, si no te largas ahora mismo...». Ya se había largado, y aún sigue corriendo... Pues bien, la muy zorra me conminaba a tratarla maritalmente, en caso contrario se me anunciaba bondadosamente que se pediría la separación. Corro a ver a mi procurador; consulto; pleiteamos durante tres meses; me ridiculizan públicamente; por fin me veo obligado a renunciar a diez mil libras de renta de las veinte pactadas y se me declara padre de un individuo (algún macaco sin duda) del que aquella zorra estaba embarazada; y, además, no era el primero.

Furioso, desesperado, parto para el extranjero y abandono para siempre esta maldita tierra donde podría encontrar tantos objetos odiosos.

¡Destino! ¡Jodido destino lleno de rigor! ¿Quién, yo, he de sufrir tus caprichos, tus rarezas? ¿Éste es el fruto de mis bellas resoluciones? ¡Todos mis proyectos

conducían al adorno de Moisés! ¡Huid, dejad el campo libre a los sueños atrabiliarios! Sueños profundos de mi imaginación biliosa... No, no, señoras mías, no tendréis mi miembro en vuestros malditos muslos; nunca un c... marital me enviará vapores corníferos. A la mierda la *Conversión*; en mi humor vengativo, joderé a la naturaleza entera; inmolaré en mi priapo hasta las doncelleces (si es que existen): por mí, legiones de cornudos poblarán los palacios, los campos y las ciudades; usurparé incluso los derechos de nuestra buena santa madre Iglesia. No habrá jodedora de prelados ni montura de cura que yo no ensarte en todos los sentidos (para que sigan con la costumbre), hasta que, rindiendo en los brazos paternales del señor Satán mi alma soltera, me vaya a joder a la casa de los muertos.



GABRIEL HONORÉ RIQUETTI, conde de Mirabeau (1749-1791), político revolucionario, escritor, diplomático y periodista. Por su juventud libertina, su padre lo hizo encerrar en distintas prisiones de Estado; condenado a muerte por raptó y seducción de una joven, fue confinado en el torreón de Vincennes de 1777 a 1780, donde escribiría, además de textos de carácter político, dos obras que siguen la corriente «voluptuosa» del siglo XVIII: *Erotika Biblion* y *El libertino de calidad*. Además, escribió unas *Cartas a Sophie*, obra maestra de la literatura erótica y denuncia del despotismo de la época.

[1] Los estudios sobre equivalencia de la libra en el siglo XVIII, siempre variables en función del distinto método seguido, la hacen oscilar, para 1786, fecha en la que empiezan a aclararse las finanzas francesas, entre 8 y 11,5 euros (2007), por lo que la deuda del conde de Mirabeau ascendería en ese momento a una cantidad de entre 1 200 000 y 1 725 000 euros. <<

[2] No fue la primera vez que este magistrado (1721-1794) que, como jefe de la censura real, había apoyado la publicación de la *Enciclopedia*, recurrió a métodos expeditivos, y poco acordes con la legalidad que él mismo representaba, para resolver problemas: cuando el parlamento ordenó la requisa de los papeles de Diderot, Malesherbes avisó al filósofo en secreto de la orden y le ofreció su casa para esconderlos. Como magistrado, defendió a Luis XVI durante su arrestado; detenido durante el Terror, murió en la guillotina junto con toda su familia. <<

[3] La crítica no admite, por falta de pruebas, la autoría de Mirabeau sobre dos títulos más, *Hic y Hec* o *El arte de variar los placeres del amor* y *La educación de Laura* (1786), así como de dos cuentos en verso *Le chien après les moines* y *Le degré des âges du plaisir*. <<

[4] La metáfora que Chateaubriand utilizó para resumir la desentronización de los restos de Mirabeau («del Panteón a la alcantarilla») se haría realidad con el cadáver del príncipe de Talleyrand (1754-1838), el estadista que dominó los destinos de Francia y de Europa durante cincuenta años bajo todo tipo de gobierno: desde la Revolución a la Monarquía de Julio pasando por el Imperio napoleónico: una vez embalsamado su cuerpo y después «de haberlo transformado en momia en un ataúd de raso blanco, [los médicos] se retiraron dejando sobre la mesa el cerebro, aquel cerebro que había pensado tantas cosas, inspirado a tantos hombres, construido tantos edificios, conducido dos revoluciones, engañado a veinte reyes, contenido el mundo. Idos ya los médicos, entró un criado, vio lo que se habían dejado: “¡Vaya! Se les ha olvidado esto”. ¿Qué hacer con ello? El criado se acordó de que había una alcantarilla en la calle, fue allí y tiró aquel cerebro en aquella alcantarilla». (Victor Hugo, *Choses vues*). <<

[5] Para algunos de sus personajes, Mirabeau inventa nombres de significado obsceno, que traduzco por equivalencia. <<

[6] *Prune de Monsieur*, ciruela de color morado. Se le dio ese nombre por Monsieur, título que llevaba el duque d'Orléans, hermano del rey Luis XIV, que se atracaba de ese tipo de ciruelas hasta la indigestión. El *verde inglés* es un color verde oscuro suave; en Francia se le dio ese nombre por ser frecuente en automóviles ingleses. <<

[7] Dios que personificaba la riqueza en la mitología griega. <<

[8] Con la cursiva en determinadas palabras o frases, Mirabeau subraya un préstamo (versos de Corneille, de Racine, etc.), o trata de introducir una derivación o un guiño obscenos; por ejemplo, las que empiezan, como en este caso, por *con* (*coño* en francés). <<

[9] Personaje de la comedia italiana, que aparece por primera vez en Francia en *L'Écolier de Salamanque* (1654), obra Paul Scarron (1610-1660) en la que el francés refundía *Obligados y ofendidos*, pieza del español Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648). Vestido de negro, con botas altas, gola y estoque, Crispín podía encarnar tanto a un amo bribón como a un criado taimado y codicioso. <<

[10] Juego de naipes parecido al bacarrá, muy de moda en la segunda mitad del siglo XVIII, así llamado porque en las antiguas barajas se representaba la figura de un faraón. El juego lo dirige un banquero que lleva la banca y gana lo que los jugadores pierden. <<

[11] 1,77 m. El valor del pie, determinado en 1799 tras su abolición definitiva en Francia como medida, era de 32,5 cm aproximadamente; la pulgada era la duodécima parte del pie. Ambas medidas tuvieron diferentes valores según las épocas, los países e incluso las regiones. <<

[12] Étienne Bourdet (1722-1789) fue la gran figura del desarrollo de la profesión dental en Francia durante el siglo XVIII; se especializó en el diagnóstico y tratamiento de la dolencia periodontal. <<

[13] Juego de naipes en que se gana reuniendo tres cartas iguales, como tres reyes, tres ases, etc. <<

[14] Dios semítico de la fertilidad; su culto parece haberse iniciado en el siglo XII a. C. entre los amorreos, para después difundirse entre asirios y babilonios. <<

[15] Ciudad de Chipre, considerada como lugar de nacimiento de Afrodita (Venus), diosa del amor para la mitología griega; ya en el siglo XII a. C. le habían dedicado un templo en esa ciudad. Para el imaginario francés del sigloXVIII, Pafos era símbolo del hedonismo. <<

[16] Uno de los nombres de Afrodita, a la que se dedicó un templo en la isla griega de ese nombre perteneciente a las Islas Jónicas; el arte rococó francés (Watteau en especial) la convirtió en lugar de libertinaje. <<

[17] Racine, *Phèdre*, V, VI. <<

[18] La Corte; así se la denominaba a menudo durante el reinado de Luis XIV. <<

[19] Alusión a los Sonetos *lujuriosos* del Aretino, que describe posturas eróticas, ilustrado por el grabador italiano Marcantonio Raimondi (1475-1534). <<

[20] Mirabeau reproduce en cursiva, dos réplicas célebres de *Le Cid* (III, IV) de Corneille. <<

[21] Rey franco de la dinastía merovingia (h. 602/5-638/9), que heredó el trono en el 629. La cultura popular francesa lo conoce por la canción *Le bon roi Dagobert*, que data de la Revolución Francesa, y que lo pinta distraído y miope, poniéndose los pantalones del revés, tropezando con las alfombras y cayéndose; históricamente, esa canción satirizaba a Luis XVI y a su esposa María Antonieta. <<

[22] La cursiva apunta a la «flores» que aparecen en la primera fase de la erupción cutánea producida por la sífilis, en francés *roséole syphilitique*. <<

[23] Zapato de talón alto y color rojo, llevado en la corte en el siglo XVIII, considerado como una marca de nobleza. <<

[24] *La Gouvernante*, comedia lacrimosa y moralizante en cinco actos de Nivelle de La Chaussée (1692-1754), estrenada en 1747. <<

[25] Primera ópera de Piccinni (véase más adelante la nota 27), en tres actos, estrenada en 1778, con libreto de Marmontel; se basaba en la ópera del mismo título de Quinault (1635-1688), musicada por Lully, que, inspirada en el *Orlando furioso* del Ariosto, se había estrenado en 1685. <<

[26] Marie-Madeleine Guimard (1743-1816), bailarina de la sociedad libertina, una de las más conocidas de la segunda mitad del siglo XVIII. Al teatro de sociedad de su residencia de Pantin, que construyó para ella el príncipe de Soubisse, en las afueras de París, acudía la mejor sociedad, príncipes de sangre, aristócratas, cardenales, obispos, artistas y sabios, para asistir a representaciones cada vez más licenciosas, cuya prohibición frenaron sus altas amistades. A Mirabeau se atribuye una sátira en verso contra ella, *Le Chien après les moines*. Favoreció la carrera de artistas jóvenes, como Fragonard, que, además de dejar un célebre retrato de la bailarina, decoraría su palacete particular, ya desaparecido, llamado «Templo de Terpsícore», en la Chaussée d'Antin, en 1772, cuando la Guimard regresó a París. <<

[27] Vestris era el apellido de una famosa familia de bailarines florentinos instalada en Francia en el siglo XVIII, que pervivió durante el XIX, hasta Auguste Vestris (1760-1842). Aquí se alude a su padre, Gaëtan Vestris (1729-1808), el primero que abandonó la máscara en sus *ballets*. Apodado el Bello Vestris, y calificado como uno de los «inspectores generales» del libertinaje parisino, recorrió triunfalmente las escenas de Europa. <<

[28] Jean Dauberval (1742-1806), bailarín y coreógrafo francés, uno de los amantes de la Guimard. Su obra más conocida es el *ballet La fille mal gardée*, estrenado en 1789.

<<

[29] Quizás se trate de Maximilien Gardel (1741-1787), bailarín y coreógrafo francés, compañero de escena de Vestris, de Dauberval, etc., y maestro de *ballet* de la Ópera de París. O, más probablemente, de su hermano Pierre (1758-1840), que estudió con Maximilien, a quien sucedió al frente del *ballet* de la Ópera en 1787. <<

[30] Fueron dos los hermanos Carraccio, Aníbal y Agustín, pintores boloñeses del siglo XVI, a quienes se deben los frescos del palacio Farnesio en Roma, uno de los puntos de referencia de la Ilustración y la pintura libertina. <<

[31] Christoph Willibald Gluck (1714-1787) y Niccolò Piccinni (1728-1800) encabezaron las musicales y literarias del siglo XVIII; se enfrentaban dos estilos de ópera, la italiana del último, que subrayaba sobre todo los efectos vocales, defendida por los enciclopedistas; y la franco-alemana del primero, partidario de una mayor verosimilitud en la trama y los diálogos. El inmediato triunfo de los gluckistas sobre los piccinnistas ha sido refrendado por la historia de la música. Tras una *Iphigénie en Tauride* de Gluck, Piccinni compuso otra con el mismo título: la comparación supuso un éxito momentáneo para los gluckistas. Mirabeau terció por esa misma época en la disputa, conocida como Querrela de los bufones, con un tratado sobre la música titulado *Le lecteur y mettra le titre* (*El lector le pondrá el título*, 1777). <<

[32] *Le Deserteur*; probable referencia a la ópera cómica de ese título, en tres actos, musicada por Pierre-Alexandre Monsigny que, con libreto de Michel-Jean Sedaine, se estrenó en 1769. Por primera vez se mezclaban en ese género teatral de la ópera cómica, la tragedia y el vodevil. Su éxito permitió su supervivencia en el repertorio de la Opéra-Comique hasta principios del siglo XX. <<

[33] Étienne-Joseph Floquet (1748-1785), compositor francés, autor de óperas-*ballet* para la escena, además de obras religiosas. Entre sus títulos: *Hellé*, *Le triomphe de Alcide* (tragedias líricas), *Azolan, ou Le serment indiscret* (óperaballet), *L'Union de l'amour et les arts* (*ballet heroico*), etc. <<

[34] Hoja de beneficios, en la que en el siglo XVII se anotaban los beneficios eclesiásticos destinados a financiar un oficio eclesiástico; figuraban también en ella los beneficios vacantes o pendientes de provisión. <<

[35] Alusión clara a Jean-Charles-Pierre Lenoir (1732-1807), que asumió la dirección general de policía en 1776; desde ese puesto, reformó los servicios públicos de París, tanto de salubridad como de seguridad, en aras de un control social que sentó las bases de la moderna policía francesa. Vigiló de cerca la impresión de los «malos libros», censurando sobre todo a los Ilustrados. En 1785, sospechoso de estar implicado en el caso del collar de la reina, atacado por numerosos panfletos, y cansado de los ataques de sus enemigos, dimitió de su cargo. <<

[36] Según la mitología griega, hermana de Procne, esposa de Tereo, rey de Tracia; éste, encargado de recoger a Filomela de la casa paterna, la violó y le cortó la lengua para que no pudiera denunciarle. Con el bordado de una tela, Filomela hizo saber a su hermana lo ocurrido; Progne, para vengarse, mató a su propio hijo Itis y se lo sirvió guisado a su esposo. Loco de dolor por la muerte de Itis, Tereo persiguió a las dos hermanas; los dioses, apiadados, transformaron a Procne en golondrina y a Filomela en rruiseñor (según la versión que Ovidio da en sus *Metamorfosis*). <<

[37] Hija de Urano y de Gea, según la mitología griega, era por su nacimiento una de las titánides. Tradicionalmente está asociada a la Luna y a Ártemis, con la que a veces se la confunde. Ostentó el control del oráculo de Delfos, que transmitió a su hermano Apolo. <<

[38] Monja de edad que ayuda a la superiora con su consejo y asistencia. <<

[39] Monja encargada de la tesorería y de los archivos. <<

[40] En el poema «Le carne débusqué», un carmelita se enfrenta como amoroso atleta al franciscano Taperdru, con una monja como premio para el vencedor: «Tapedru, contento, por estoque y tamaño triunfa a cada instante». *Les Goguettes du bon vieux temps, ou recueil chosi de chansons joyeuses* (de los siglosXV a XVIII), 1810. <<

[41] Grito de las Bacantes en honor del dios Dionisos. <<

[42] Gabrielle de Polastron, duquesa de Polignac (1749-1793), favorita y confidente de la reina María Antonieta, fue una de las figuras más detestadas por la Revolución Francesa, cuyos libelos la calificaron, lo mismo que a la reina, de mesalina sexual. Elegante y sofisticada, obtuvo de sus relaciones reales y de sus intrigas, ingentes beneficios para su familia. <<

[43] Texto de todas las ediciones; probable error por «de cincuenta a cincuenta y cinco años». <<

[44] La que se cuenta anteriormente en el párrafo: «Recorro con las manos y los pies...», pág. 41. <<

[45] Pareja de viejos y pobres campesinos que, según la mitología griega, fueron los únicos habitantes de Tiana que albergaron a Zeus y Hermes, que viajaban disfrazados de mendigos. Como castigo contra los habitantes de Tiana, Zeus provocó una inundación que destruyó la ciudad, salvo a Filemón y Baucis, a quienes ordenó subir a lo alto del monte. Su cabaña fue convertida posteriormente en templo, del que ambos fueron sacerdotes, unidos para siempre y convertidos en roble y tilo que se inclinaban uno hacia otro. <<

[46] Verso de *Le Menteur* (IV, I, 1130), de Corneille. <<

[47] Nombre dado a la muchacha que, en ciertas localidades francesas, obtenía de manera solemne un premio de virtud, simbolizado por una corona de rosas y una recompensa. La tradición se ha perpetuado todos los 8 de junio, aunque en la actualidad también se da a varones; además se ha suprimido la virginidad como condición indispensable para ser elegidos. Se atribuye la institución la fiesta de la *rosière* a san Medardo, obispo francés de Noyon (456545); la primera *rosière* habría sido su propia hermana, santa Medrina. <<

[48] Nombre de varias hetairas famosas de la antigua Grecia; es sinónimo de mujer desenfrenada y libertina. <<

[49] En calles apartadas de París o en los alrededores de la capital, la *petite maison* cumplió una función de vital importancia para la galantería y la vida de sociedad. Casas con decoración y mobiliario magníficos, lugares de encuentros galantes, que grandes señores y financieros pagaban y convertían en su «otra casa». De moda a lo largo del XVIII, sirvieron para amores discretos y para grandes orgías: el duque de Richelieu, por ejemplo, daba en una que poseía en la calle de Cliché cenas «adánicas» en las que era de rigor la desnudez total de los invitados. El mejor exponente literario de esta «institución» social figura en *La Petite Maison*, de Jean-François de Bastide, recogido en mi edición de *Cuentos y relatos libertinos*, Ediciones Siruela, 2008. <<

[50] Nombre del protagonista de *Turcaret o el financiero*, comedia de Lesage estrenada en 1709. Encarna la dureza de corazón, burlada por la Baronesa, de la que el financiero se enamora; esa joven viuda se aprovechará de su dinero mientras se entrega a un caballero al que ama. Todos los personajes de la pieza representan el vicio, la bajeza, la usura y el libertinaje, sin que ninguno de ellos sea moralmente aceptable. <<

[51] «Diablos», en inglés. <<

[52] *Chaufoir*: lienzo que se ponía a calentar para aliviar a un enfermo o a una parturienta. Es clara la alusión («las libreas de la primavera») a una enfermedad venérea. <<

[53] Nombre t3pico del gal3n enamorado desde la *commedia dell'arte*. <<

[54] Hecho histórico, conocido como guerra de las harinas, concretado en una ola de revueltas ocurridas en abril-mayo de 1775 en el norte, este y oeste de Francia; el alza de precios del grano y las malas cosechas encarecieron el pan, que la liberación del comercio de granos de Turgot ya había convertido en producto de lujo. La represión, llevada a cabo por 25 000 soldados, no se hizo esperar, y cinco meses después las revueltas quedaron sofocadas. <<

[55] El pueblo sicambro, de origen germánico o céltico, habitó en la Germania septentrional en el siglo I a. C.; se enfrentó valientemente a Julio César y las legiones romanas; fueron casi exterminados por Tiberio en el año 8, que deportó a unos 40 000 supervivientes a la Galia belga. <<

[56] Alusión a los *Cuentos morales* de Marmontel (1723-1799), recogidos en volumen en 1763; los relatos empleaban una anécdota para explicar una moralidad. <<

[57] «Volvamos a nuestro tema». Mirabeau hace un juego con la expresión *revenir à nos moutons*, que figura en la *Farsa de maese Pathelin*, del siglo XV y autor anónimo. <<

[58] Alude Mirabeau a un capítulo de *Teresa filósofa* (1748), novela de JeanBaptiste Boyer d'Argens (1703-1771): «El padre Dirrag anuncia a Éradice que le hará gozar un torrente de delicias por medio de un trozo del cordón de san Francisco»: «¡Cuál no sería mi sorpresa al ver al padre Dirrag desabotonarse los pantalones y dar libre curso a un dardo inflamado semejante a esa serpiente fatal que me había ganado los reproches de mi antiguo director de conciencia! Aquel monstruo había adquirido la longitud, el grosor y la firmeza predichas por el capuchino, y me hacía estremecerme». (*Teresa filósofa*, ed. M. Armiño, pág. 36 y ss., Valdemar, 1999). <<

[59] John Duns Scoto (1266-1308), teólogo franciscano escocés, cuyo pensamiento, arraigado en la tradición agustiniana, fue influido por la abstracción de Aristóteles en puntos como la iluminación y la capacidad del entendimiento para captar directa e intuitivamente lo individual. <<

[60] Enrique III (1551-1589), rey de Francia de 1574 a 1579, periodo en el que se produjeron cuatro guerras de religión, movidas por partidos políticos de distinto signo, pero sobre todo por la Liga católica, que consiguió hacerle asesinar por la mano del monje dominico Jacques Clément (1567-1589). Murió sin descendencia, por lo que la corona pasó a la casa de Borbón, representada por Enrique IV. <<

[61] Enrique IV (1553-1610), rey de Navarra (desde 1572) y de Francia (desde 1589), asesinado por Ravillac, un católico fanático al servicio, quizá, de los círculos favorables a España); Ravillac había intentado ingresar en la orden de los jesuitas, pero fue rechazado debido a sus visiones. Enrique IV anuló su matrimonio con Margarita de Valois, hermana de Enrique III, y se casó con María de Médicis; su acceso al trono se produjo en medio de las guerras de religión que asolaron Francia; Enrique, que cambió varias veces de religión, para ser consagrado rey hubo de reconvertirse a la religión católica y firmar el Edicto de Nantes, que ponía fin, mediante la tolerancia de los protestantes, a esas guerras. <<

[62] Pierre-Louis Moline (1740?-1820), prolífico poeta dramático y libretista de ópera; durante la Revolución, escribió la pieza teatral patriótica más famosa del período, *La reunión del seis de agosto* (1794); hoy sólo se le recuerda por la adaptación del libreto de la versión revisada de *Orfeo y Eurídice* (1774) de Gluck. <<

[63] Joseph Legros (1739-1793), cantante y compositor francés, que trabajó especialmente con Gluck; considerado el mejor contralto de su generación, tras interpretar las tragedias líricas de Rameau, se adaptó al nuevo estilo italianizante de Gluck, encarnando a los protagonistas de *Ifigenia en Áulide*, *Orfeo y Eurídice*, *Armida*, *Alceste*, etc. <<

[64] Personaje del que no se han encontrado rastros históricos. <<

[65] Véase nota 25, pág. 54. <<

[66] Término italiano; «cojones». <<

[67] «Venus saliendo del mar», representación de la diosa Afrodita que el pintor Apeles hizo famosa; al parecer, el pintor utilizó a una concubina. <<

[68] Personaje de *El misántropo* de Molière, que concilia sensatez y galantería frente al carácter huraño de Alceste. <<

[69] 1,73 m aproximadamente. <<

[70] El abate de Rancé, de vida mundana, se retiró a un convento trapense en Normandía, a los 37 años, tras la muerte de la mujer amada, para entregarse al apostolado y restaurar la obediencia estricta de la regla de su monasterio. Chateaubriand (1768-1858) escribió su hagiografía, *Vie de Rancé* (1848). <<

[71] Según el Apocalipsis de Pablo (17), el apóstol, al no encontrar nada en el tercer cielo, pasó al cuarto, que según la tradición se localiza en el Paraíso: «Era todo de oro y lo rodeaban doce murallas, y dentro había doce torres [...] de gran belleza». Lo recorrían, además, cuatro ríos: de miel (el Fisón), de leche (el Éufrates), de aceite (el Geón) y de vino (el Tigris). <<

[72] Alusión a las *Mémoires du comte de Comminge*, novela-memorias publicada sin nombre de autor en 1735; su éxito fue inmediato y enseguida fue considerada como una obra maestra. El conde protagonista se retira a una ermita tras la muerte de su amada. Su autora fue Mme. de Tencin (1682-1749). <<

[73] Casandra, Políxena y Príamo son personajes de la mitología griega que intervienen en la guerra de Troya. <<

[74] Gobernante de Babilonia (c. 630-562 a. C.) que intentó convertir la capital de su reino en una de las maravillas del mundo. Entre los grandes monumentos que se le adjudican figuran los Jardines colgantes de Babilonia, considerados la séptima maravilla del Mundo Antiguo. <<

[75] Ciudad asiria, construida hacia el año 1800 a. C., cerca de la actual Mosul (Irak), quizá la más esplendorosa del Mundo Antiguo, hasta que en el año 612 a. C. fue arrasada por una coalición de babilonios y medos, acabando así con el poder asirio en la zona. <<

[76] Cathos es una de las dos grotescas jóvenes protagonistas de *Las preciosas ridículas*, pieza teatral de Molière. <<